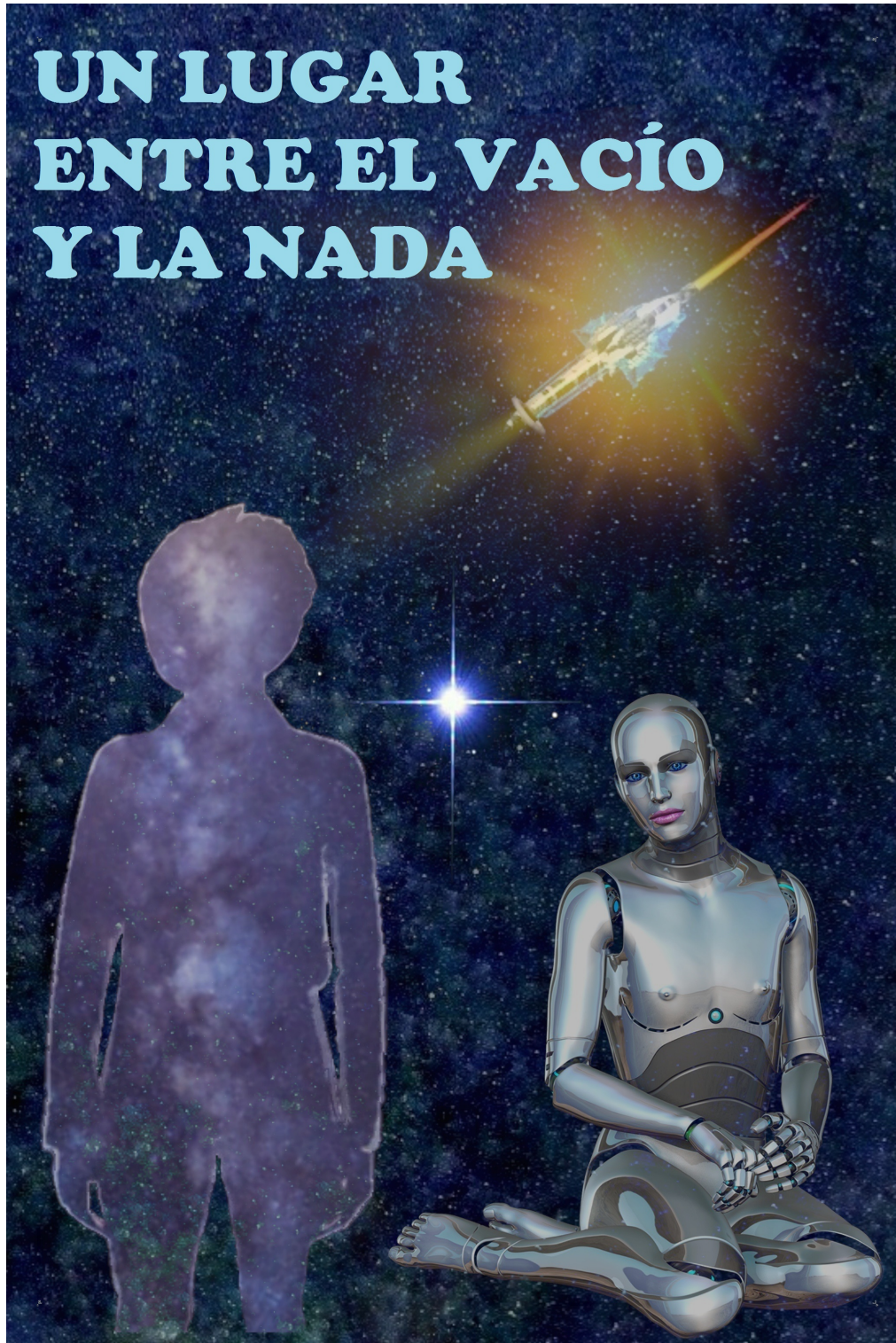


Un lugar entre el Vacío y la Nada

Luis Roche Peña



Capítulo 1

Un lugar entre el Vacío y la Nada

© Luis Roche Peña© 2021

1

Piratas Espaciales

Delia estaba recostada en uno de los sofás de la amplia cámara de visitas con los pies apoyados en un cojín y con un libro digital en el regazo, mientras echaba tragos de un botellín de skral, una bebida con un poco de THC. Lo suficiente como para relajarla, pero no lo bastante como para drogarla. El skral había sido legalizado poco antes, ya que traficaban con ella de todas formas.

Frente al sofá había un ojo de buey que permitía contemplar el paisaje exterior. En ese momento el paisaje era una maravillosa vista de la nebulosa Hélice desde unos modestos doscientos años-luz.

La nebulosa estaba a unos 675 años-luz de la Tierra, pero Delia había recorrido ya la mayor parte de su trayecto en poco más de dos meses, a tramos en el hiperespacio, a tramos a velocidad de crucero, a tramos mediante saltos de curvatura.

La nebulosa Hélice tenía una brillante estrella central, una enana blanca en sus últimos milenios de vida, cuyos gases formaban los anillos de colores a su alrededor.

A aquella distancia, y sin el entorpecimiento de la atmósfera terrestre, el espectáculo era maravilloso, pero ella ya se había hartado de verlo. El libro "*Principios de la navegación interestelar*" le parecía mucho más interesante en ese momento.

Frente al sofá, aparentemente inactiva, se encontraba una ginoide, un droide con aspecto de mujer metálica, con un elegante diseño de silicona a modo de traje que realzaba sus curvas y suavizaba un tanto lo metálico de su apariencia corporal, mientras que su rostro de silicona podía adoptar diversos gestos. Sus ojos podían iluminarse.

La ginoide medía un metro cuarenta, así que era más baja que su dueña, que medía un metro setenta. La había llamado Azu y su Inteligencia

Artificial estaba cuidadosamente programada por su propietaria.

Súbitamente, los ojos de la ginoide se iluminaron, y enfocaron a Delia.

–Jefa, la nave me dice que algo no funciona correctamente.

Delia sacó sus pies del sofá y dejó el botellín y el libro sobre la mesilla.

–Exactamente qué no funciona –preguntó rudamente.

–No sabe decirlo.

–¿La nave no sabe qué le duele? Eso sí que es chusco.

Se levantó y llegó hasta el puente de mando, donde la consola central tenía su ojo iluminado.

–¿Qué sucede, Eli? (Eli era el nombre del mercante)

–No sabría decirlo, jefa.

–La alerta habrá saltado por algo, digo yo –repuso ella.

–Cierto, pero resulta difícil determinarlo. Afecta a varios sistemas, pero no detecto avería en la nave.

–Umm...

Delia utilizó el teclado manual, y revisó en la pantalla de la consola los parámetros de navegación.

Efectivamente, algo arrojaba errores mínimos pero constantes sobre las lecturas estimadas y las reales.

–Azu, ¿podría tratarse de un efecto de la nebulosa? –preguntó mirando a su ginoide.

Durante escasos segundos su droide buceó en los millones de datos presentes en las memorias digitales suya y del mercante, así como en algún banco de datos que llegaba hasta ellos vía satélite.

–Si así fuera, sería desconocido. Ni la gravitación ni la radiación deberían

afectarnos a esta distancia.

–Umm... ¿Exoplanetas? ¿Una estructura artificial?

–No, que sepamos. No por aquí.

Repentinamente, la alarma de Eli se disparó, y la luz roja comenzó a titilar superpuesta a la iluminación ordinaria.

–Eli, ¿qué rayos..?

–¡Piratas! –exclamaron la voz de la nave y de Azu al mismo tiempo.

Delia soltó una imprecación bastante malsonante y se apresuró a oprimir el conmutador del arsenal.

En el corredor un gran armario liberó a un robot de combate.

–Imagen del enemigo –solicitó sentándose en el puente de mando.

Una gran pantalla holográfica surgió de la consola frente a ella, mostrando un punto luminoso, que fue ampliado hasta convertirse en una estructura metálica de aspecto siniestro.

–Llamada de socorro a la Federación –ordenó, sabiendo que su nave ya la habría emitido.

–Por descontado, jefa.

Piratas que utilizaban algún sistema electrónico para tratar de apoderarse de ellos. Eso había causado el malestar del mercante. Por fortuna no lo habían conseguido.

Su mercante era viejo, pero estaba a la última en tecnología. A Delia le apasionaba. No solo había hecho instalar lo último en propulsión, sino también en instrumentos de investigación del Cosmos Profundo.

–¿Podemos huir por el hiperespacio? –pregunto al ordenador.

En ese mismo instante, un haz destructor fue evitado por milímetros debido a la agilidad de su nave, incluso antes de que ella lo viese.

–Temo que sería peligroso –respondió a su anterior pregunta.

–Ya veo.

Un haz podría alcanzarles en plena maniobra, y eso sería fatal. Tenían que verlos venir.

–Voy a soltar al robot, si te parece, jefa –dijo Eli.

–Me parece.

El robot de combate salió eyectado desde la cámara de proyectiles. El siguiente haz destructor fue interceptado por uno similar que disparó su robot desde la panza de la nave.

Delia operó los cañones y, tras disparar un par de ráfagas, se sujetó el arnés de seguridad de su asiento.

Los destellos y los disparos se sucedieron en el absoluto silencio del espacio profundo. El vacío era una ventaja, pues no existían las ondas expansivas que hubieran bamboleado su nave en la atmósfera de cualquier planeta habitable.

El robot decidió situarse ante ellos y, de pronto, un campo ionizado les ocultó, impidiendo que los piratas pudieran localizarles digitalmente.

–Esta es la mía –se escuchó decir a Eli, y la nave cambió su posición. Mientras el campo ionizado les ocultase a los instrumentos, los piratas solo tenían su última posición. .

–¿Qué oportunidades tenemos si no le dejamos atrás? –preguntó Delia.

–Un 30%, quizá un 25%. Esos piratas tienen buenos cañones. Su nave es grande.

–Vale, nos vamos. Sería estúpido morir por nada. Dile adiós a tu amigo de hojalata –ordenó la piloto, no sin pesar, pues un robot de combate es un artilugio sofisticado y caro.

–Te envía un saludo. Por suerte no es inteligente. No como nosotras –dijo Eli, con una risa de timbre electrónico.

La nave inició la maniobra de inmersión en el hiperespacio que les llevaría en un salto hacia unos cuantos años-luz lejos de allí, imposible de rastrear a sus perseguidores.

–Sujétate –dijo Eli en broma, pues el salto no era perceptible, no tenía inercia, ni aceleración.

Lo que sí percibieron fue el cambio de apariencia del entorno. Tras un destello de luminosidad, las dimensiones pasaron ante ellas en forma de color y ondas. Siempre era un espectáculo hermoso.

No sería un gran salto, pero sí lo suficiente como para evadirse de la persecución de los piratas.

Ellos no podían saber que no llevaban carga alguna en ese momento y Delia sabía lo que le podía pasar a una mujer viajando sola por el espacio profundo.

–Nos hemos desviado un poco menos de un mes-luz de una ruta alternativa –notificó Eli con tono burocrático.

–Eres una gran nave, gracias –respondió ella.

Luego maldijo en silencio por haber perdido su robot de combate.

"Anexo 4º de la Ley de Integración Galáctica

Art 2º: Se desprende del Principio de Libertad de Comercio que todo ser pensante integrado en la Federación Galáctica podrá comerciar dentro de la Ley en toda la Zona bajo su autoridad, con los únicos límites contemplados en la Ley de Seguridad y Paz.

Art 3º: Todo ser pensante integrado en la Federación Galáctica está sometido a la autoridad de la misma dentro de los límites contemplados en la Declaración de Derechos Inalienables y en la Ley de Seguridad y Paz."

En la práctica, ello significaba que podía navegar en su nave, que debía obedecer cuando se cruzara con tropas de la Federación y que también debía dar cuenta de las ganancias obtenidas.

Aunque, en un vasto territorio como el que controlaba la Federación, con autoridades locales de toda especie pensante, con sus leyes locales y sus intereses propios, la autoridad central de la Federación pasaba a un plano un tanto simbólico. El control digital podía ser fácilmente evitado por alguien un poco hábil debido a las inconmensurables distancias.

Delia Zair, piloto y propietaria de un viejo mercante reformado, matrícula FGX-315, tenía treinta años y ojos color caramelo. Medía un metro

setenta y un centímetros y su figura atlética estaba en ese momento vestida con camiseta y pantalón corto, como era su costumbre durante recorridos de cruce entre destinos.

Le gustaba volar hacia la Centrópoli galáctica de cuando en cuando, y respirar el ambiente de lujo y prosperidad de aquel sector en cuanto había reunido suficiente riqueza como para moverse en tan selecto lugar. En ocasiones incluso podía comerciar allí, si es que había tenido suerte y había conseguido mercancía apropiada.

En Centrópoli se encontraba la sede del Consejo Central Galáctico, formado por representantes de todos los Consejos de Sector, formados, a su vez, por representantes elegidos en cada capital de Especie. Había poder allí. Poder y medios técnicos sin igual. Una cosa es que exista una tecnología y otra muy distinta, poder disfrutarla. Y la élite de la Galaxia sin duda podía disfrutar de lo mejor.

–Planeta Zamuz en los sensores, jefa –notificó Azu, el droide propiedad de Delia.

Se acercó a la consola de la sala de estar y enfocó los telescopios ópticos. La imagen mostraba un punto azulado y pequeño, todavía. Utilizó los aumentos digitales y pudo contemplar un disco surcado por nubes, con azules océanos y ocreos continentes. En torno al disco pudo distinguir unas cuantas estructuras artificiales a distintas distancias orbitando a su alrededor.

Zamuz, sede de una civilización extraña y misteriosa de seres herméticos y silenciosos.

Fue a su habitáculo y se preparó.

Buscó información en el ordenador de a bordo.

"Atmósfera respirable. Se permite portar armas", avisó. Aquello la tranquilizó un tanto. Nunca salía sin su discreto cetro de defensa, así que se lo ajustó al ceñidor bajo la chaqueta de vuelo, que llevaba sobre su traje isotérmico plateado de dos piezas.

El cetro podía poner fuera de combate temporalmente a cualquier ser de menos de tres toneladas de peso, incluso a distancia. Era una pequeña maravilla tecnológica de unos veinte centímetros en forma de cilindro ovalado.

La maniobra de aproximación duró una hora escasa. Se situó en órbita estacionaria y emitió el código universal de solicitud de aprovisionamiento. No tardó en recibir respuesta en idioma estándar, que el comunicador tradujo automáticamente:

–Nave FGX-315, desplácese a órbita 4.5, estacione y espere instrucciones.

–Haz lo que dicen –ordenó a su mercante.

–Recibido, jefa.

Se situaron en el nivel requerido, a media altura entre dos de las estructuras artificiales que orbitaban el planeta. Descubrió que allí la gravedad estaba muy bien compensada por aquellas ciudades flotantes y constituía un estacionamiento adecuado. Pudo ver otras naves en otros niveles distintos, aparentemente bien aparcadas. Aquello denotaba una tecnología bastante sofisticada.

No pasaron tres minutos hasta que recibió nuevas instrucciones:

–Su nave permanecerá custodiada en su situación actual. Tiene permiso para desembarcar.

–Recibido, Zamuz –respondió y luego miró a su ginoide–. Prepara la chalupa, Azu. Y quédate dentro, te vienes.

–Sí, jefa.

El perímetro de su traje de silicona se iluminó con una luz azul de satisfacción a juego con la de sus ojos y se apresuró a cumplir la orden.

Delia revisó los parámetros del mercante. Todo parecía en orden. Finalmente sacó una navaja táctica de un compartimento y la introdujo en un bolsillo y colocó el mando remoto de la nave en su ceñidor. Luego, suspirando, salió del puente de mando.

Sentía seguridad llevando su atuendo, de color cobrizo y con un par de anchas líneas naranja a lo largo de los brazos. Tenía un aspecto

acolchado, porque la protegería de golpes y cambios de temperatura.

Estaba formado por dos piezas, que se sujetaban entre ellas en la cintura, pero podían separarse para, por ejemplo, quitarse el pantalón por motivos obvios. Esa parte inferior tenía un par de compartimentos que en ese instante estaban vacíos, así que no rompían la línea de su silueta. Las mangas también tenían unos compartimentos. En uno de ellos había guardado la navaja táctica.

También llevaba allí pequeños instrumentos, como un compás espacial de navegación y una herramienta multiusos.

Casi nunca había tenido que utilizarlos, pero le daban una sensación de control y seguridad, lo cual era importante para una chica de treinta años viajando sola por el Universo en compañía de una ginoide fabricada con ciertas formas sexys.

Eli, su nave, medía unos cien metros de largo y poco menos de cuarenta de ancho por veinte de alto. Tenía una forma alargada y ondulada hacia la cola que le hacía parecerse a un animal marino.

Su vientre era un tanto abombado. Por aquí y por allí se veía antenas parabólicas protegidas en nichos semiesféricos cóncavos, y también las aberturas para los cañones en sus costados. En la panza tenía uno de gran potencia.

La zona de carga estaba en el centro, tras el puente de mando y el habitáculo y cámaras de esparcimiento, de las que había dos, a una la llamaba la sala de visitas, o sala de estar, que es donde Delia hacía vida, además de en su habitáculo personal.

La otra habitualmente no la usaba. Tanto la zona de tripulación como la de motores tenían escotillas presurizables con rampa.

En la panza de la zona de carga había un hangar con una compuerta presurizable que podía abrirse al vacío del espacio y también una escotilla para conectar túneles de abordaje. En el hangar estaba la chalupa y un deslizador. La bodega, propiamente dicha, ocupaba el 90% de la zona central, aislada del hangar pero comunicada por sendas compuertas presurizables.

La zona posterior del mercante estaba dedicada al sistema de propulsión, y Delia había procurado que fuese el más sofisticado que pudo pagar.

El sistema tenía una parte en la zona delantera, antes del puente y la cabina de mando en forma de anillo toroidal transversal al eje de la nave, y los conductos que la conectaban con los motores propiamente dichos la surcaban toda ella como alargadas venas o nervios que le daban un

aspecto acanalado, como de anfibio de las profundidades.

Un anfibio extraño con un toroide en su cabeza y cola en forma de reactores dimensionales de plasma.

Era un mercante antiguo, pero estaba totalmente reformado y puesto al día.

Delia caminó por el corredor, entró en su habitáculo, cogió su pequeña bolsa de exploración, que siempre contenía lo necesario para internarse en un ambiente desconocido, y se la puso en bandolera. Luego dejó atrás las salas de estar y atravesó la compuerta que daba a la zona de carga y el hangar. Estaba presurizado. La luz verde en todo el perímetro de la compuerta lo indicaba. Si no fuera así no podría abrirse, salvo por una orden directa de la jefa de la nave que requería de un código.

En un extremo del hangar estaba la chalupa de desembarco, una pequeña nave de unos cinco metros de diámetro y forma de disco, movida por un sistema mixto de plasma y reacción de hidrógeno.

Azu ya la esperaba dentro, tal y como le había ordenado. Delia se acomodó en su asiento de piloto y se ajustó el arnés.

–Bien, copiloto Azu, llévanos al planeta.

–Será un placer, jefa.

La atmósfera del hangar fue reabsorbida con un suave murmullo por las bombas de extracción, que consiguieron un vacío aceptable. Entonces se abrió la compuerta de carga en la panza y la copiloto dirigió el disco plateado hacia el espacio.

Se deslizaron suavemente entre las estructuras que orbitaban Zamuz y tomaron una trayectoria curvada hacia el cosmopuerto que Delia solicitó en la hoja de ruta al iniciar su viaje. Era cercano a su destino: una misteriosa población de la que se decían cosas casi increíbles. Allí esperaba encontrar un tesoro digno de Centrópolis.

El cosmódromo tenía unas dimensiones exageradas. Las pistas eran inmensas, lo mismo que las edificaciones pertenecientes al complejo y

dejaban ver el horizonte, que comenzaba a tomar los colores del ocaso, con un predominio de color cobalto claro, mezclado con rosa intenso. La enana blanca que era el sol del sistema tal vez estaba vieja, pero seguía teniendo un disco de luz nítido y refulgente. Por todas partes había naves que iban y venían.

–Nave FGX-315, diríjase a la pista 418 –indicó una voz en su cabina. do.

–Recibido. No sé dónde está esa pista –repuso Delia, ligeramente aturdida por la enormidad del lugar.

Casi instantáneamente, un plano de las pistas apareció en la consola de la chalupa, y Azu confirmó:

–Tengo las coordenadas; descuida, jefa.

–Bien.

El disco volador se deslizó suavemente hasta un extremo del cosmopuerto donde un gran número de pistas cortas recibían naves de parecido calado que la suya. Azu situó la chalupa sobre la marcada con el número designado (en ideografía estándar) y se posaron sin apenas notar el contacto con el terreno.

–Muy bien pilotado, Azu.

–Gracias jefa.

Apreciar las cualidades positivas de un androide o ginoide reforzaba su Inteligencia Artificial, y Azu le había confesado alguna vez que sentía algo semejante al placer cuando Delia lo hacía, así que la trataba con cortesía y consideración. Bueno, casi siempre. En realidad Delia tenía un carácter difícil en las situaciones tensas.

Dejar el mercante en órbita al cuidado de aquella gente le había ocasionado un pequeño estrés, pero abandonar allí su único medio de regresar, en terreno desconocido, le costó un esfuerzo mucho mayor.

Para tranquilizarse palpó su cetro sujeto a la cintura, disimulado por la chaqueta de vuelo, y suspiró profundamente. En realidad –pensó–, su chalupa estaría custodiada por androides devigilancia.

–Vamos allá, Azu.

–Te sigo.

La escalerilla del platillo descendió y ambas bajaron por ella.

Delia se protegió los ojos de la intensa luz del crepúsculo, que ahora caía sobre ellas sin los filtros de las naves. Las pistas llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

–Sería buena idea utilizar el deslizador –comentó. En realidad era una orden.

–Sí.

La panza del platillo se abrió y un pequeño deslizador flotó mansamente hasta ellas. Luego, la chalupa se cerró nuevamente.

Era una plataforma ovalada en la que cabían holgadamente tres personas y unos compartimentos de carga. Una delgada barandilla protegería a sus ocupantes, dispuesta en todo su perímetro para que la sujetasen. Una tenue luz plasmática la mantenía sin tocar el terreno.

Cuando subieron, se alzó medio metro más y se apresuró a llevarlas hasta el exterior del cosmódromo.

Una vez allí, Delia pronunció con voz gutural el nombre de la misteriosa población a la que deseaba llegar:

–Aj-Lut. Llévanos allí.

Por toda respuesta, el deslizador emitió un suave zumbido y una luz azul parpadeó en su columna de control. Luego giró hacia una de las vías rápidas y se elevó un metro más, para salir a toda velocidad.

Fuera del cosmopuerto la vegetación era exuberante y de variedades que no les eran familiares.

A ambos lados y por encima, vehículos mucho más grandes que el suyo las adelantaban volando sin prestarles atención. Afortunadamente los carriles estaban muy bien señalizados y todos los aparatos parecían disponer de dirección automática.

Al menos gran parte del camino.

Llegaron a un desvío donde la mayor parte de los carriles quedaron a su izquierda, y su deslizador se encaminó por él en solitario. Pronto los indicadores desaparecieron. Estaban llegando a la ladera de una montaña.

–Está anocheciendo –indicó Azu, pero no era necesario. La luz de la enana blanca estaba desapareciendo bajo la vegetación extraña que les rodeaba.

–Lo he tenido en cuenta. Llegaremos pronto –dijo Delia.

Sin embargo, oscureció del todo mientras circulaban. Los faros del deslizador se estrellaban contra la vegetación, así que solo podían percibir el camino que tenían delante. Por fortuna, el navegador del aparato parecía conocer la ruta a seguir.

Delia no estaba preparada para lo que surgió al doblar una curva: El terreno se allanó súbitamente, permitiéndoles ver un valle bajo su nivel, que ocupaba miles de kilómetros. Todo él estaba cubierto de luces amarillentas y anaranjadas, que dejaban entrever unas edificaciones de poca altura, pero extendidas por todo el valle. En algunos lugares parecía haber plazas, y monumentos.

Delia silbó con admiración.

–Es bello, ¿verdad? –comentó Azu.

–Pues sí. Lo es.

–Ahora falta que tengan pensiones en esta tierra. Yo puedo pernoctar en el exterior, guardando el deslizador. Pero tú necesitas un refugio. El banco de datos indica que la temperatura nocturna media actual puede llegar a los tres grados bajo cero. Aquí dicen que eso es calor.

–Vaya. Bueno, las he pasado peores. Hay una manta isotérmica en el cajetín del deslizador, y mi traje es aislante.

–No creo que sea prudente. No conocemos el terreno.

–¿Quieres volver? –preguntó preocupada Delia.

Azu la miró con sorpresa. Su programación no le permitía tener deseos personales.

Entonces, del comunicador salió una voz grave y cálida que parecía masculina:

–*Izkún Aselak* –dijo.

Delia miró a su ginoide confusa, pero Azu parecía conocer el idioma, pues respondió:

–Ashalek Siskún. Aeren sen iskíz?

–*Kwia. Awomi den.*

Azu miró a su jefa y sus ojos brillaron en azul.

–Bueno, ¿qué? –solicitó esta.

–Nos guían a donde podemos dormir.

–Vaya. Eso es genial. No sabía que conocieras el idioma.

–Y no lo conocía. Lo han descargado en mi banco de datos hace un momento.

–A veces ser artificial tiene sus ventajas –comentó Delia alegremente.

–Sí, jefa. En realidad, si has nacido así, creo que casi siempre. Te he visto sufrir mucho por situaciones que a mí me dejan indiferente.

Delia apretó los labios, pero no dijo nada.

El deslizador debía saber el camino, y las condujo directamente hasta llegar frente a una pequeña construcción que, como las demás, parecía contar con todos los adelantos tecnológicos, pero tenía un aspecto un tanto rústico. Delia trató de definir el motivo de esa sensación, pero no tuvo tiempo.

La puerta se abrió y un ser delgado y con una larga melena canosa alzó su mano en señal de paz.

Parecía una persona, pero había algo en él que le diferenciaba. Quizá porque las proporciones de sus rasgos eran diferentes, con ojos más

grandes y separados, y una nariz apenas visible en una cabeza levemente triangular hacia la barbilla. Su boca parecía no tener labios y, sin embargo, expresaba una gran dulzura. Y era un poco más alto que Delia.

Vestía una larga túnica ceñida por un cinturón, y los bordes del cuello y mangas estaban bordados en hilo dorado.

–Izkún Aselak –dijo, y era la misma voz que ya habían escuchado antes.

–Ashalek Siskún –respondió Azu.

–Ashalek Siskún –repitió Delia a media voz y sintiéndose ridícula.

–Veo que prefieres hablar en lingua estándar –dijo luego el ser, y la piloto enrojeció–. No importa, no te incomodes. Has recorrido un largo camino para llegar a nosotros. Intentaremos complacerte. Primero cenaremos y os ofreceré alojamiento. Creo que os hace falta –añadió.

–Se lo agradecemos. Se nos ha echado la noche encima –dijo Delia.

–Hemos sido imprudentes –intervino Azu.

El ser sonrió.

–Eso creo. Podéis dejar ahí mismo vuestro transporte. Nadie lo tocará. Pasad a mi hogar.

Entonces comprendió el motivo de su sensación: las paredes de la edificación parecían de algún tipo de troncos vegetales, con tonos violáceos e iridisados. Pero estaban dotadas de sofisticados aparatos desconocidos para ella. Y había visto muchos.

Una luminosidad de baja intensidad otorgaba una atmósfera cálida y relajante.

Había una gran mesa en el centro, y en una esquina alcanzó a ver algo familiar: una cocina digital. Su fogón circular ascendió cuando el ser les señaló los asientos de la mesa, y una suave sintonía que en toda la Galaxia civilizada se asociaba a una buena comida surgió del aparato.

–Justo a tiempo –comentó afable el ser.

–Soy Delia, y esta es mi ginoide Azu –se presentó.

–Sí. Yo soy Kyrostán, del pueblo Zodian. Comamos, si os parece.

–¡Claro! –Agradezco la hospitalidad, pero no como... –comenzó a excusarse Azu, pero el ser la detuvo con un gesto y una sonrisa.

–Por supuesto, Azu.

La gimoide estaba ya por servir la cena, cuando Kyrostán la alcanzó.

–Siéntate con tu ama. Yo serviré. Aquí acostumbramos a hacer ciertas cosas por nosotros mismos.

Un tanto confusa, Azu obedeció, y se quedó inmóvil en su asiento junto a su jefa, mientras el estilizado anfitrión servía los platos y los llevaba a la mesa.

Delia devoró el excelente guiso.

–¿Qué es? –preguntó.

–Proteína sintética con vegetales y tubérculos de la región. La salsa es una antigua receta zodian.

–Está genial.

Kyrostán sonrió.

–¿Cuál es el motivo de vuestra visita? –preguntó el anfitrión.

Había llegado el momento, pues.

–Comercio en Centrópolis, y he oído hablar de que aquí hay productos que podrían interesarles.

Kyrostán la observó hierático, con su cuchara a medio camino. Luego, tragó su contenido.

–Hay cosas, sí.

Lo parco de la respuesta le pareció a ella muy elocuente, más que un largo discurso.

–¿Y podría yo verlas? –preguntó cautelosamente.

–Tal vez. No están en mi poblado. Deberías ir en busca del pueblo Kaulón. Son traficantes de objetos.

–Interesante. Y ¿qué clase de objetos? Es por hacerme una idea.

–Eso es algo que ellos deberán decidir –respondió enigmáticamente, y luego cambió a un tono más intrascendente–. Tengo una cámara libre. La temperatura está regulada, y hay un cobertor. ¿Os parece bien?

–De fábula. Gracias por su hospitalidad, señor Kystán.

–Aquí no gastamos tanta ceremonia. De tú, y sin señor. Solo soy señor de mi propia alma. Tengo gilen, si acostumbras.

–¡Gilen! –exclamó maravillada.

El gilen era una especie de tabaco ligeramente más relajante que el skral que ella bebía a bordo, pero sin los perjuicios de lo que se fumaba en planetas inferiores. Era raro y muy caro, pues requería un largo proceso para hacerlo totalmente inocuo. Tampoco producía adicción.

Mientras ella le miraba, Kystán fue hasta una de las paredes de troncos y abrió un departamento incrustado en la misma. El interior se iluminó automáticamente, y una bandeja plateada surgió, mostrando su contenido: una pipa de gilen. Su anfitrión la llevó hasta la mesa y la puso ante ella.

–Me temo que tampoco probarás esto, Azu.

–Pues no –respondió la ginoide.

–Entonces toma –dijo él, tendiéndole una unidad de carga de energía.

–¡Oh, gracias! –exclamó Azu con placer.

Ofreció la pipa a Delia.

–También podría comerciar con gilen en Centrópolis. ¿Hay mucho por aquí?

Kystán soltó una carcajada.

–No, no hay mucho. Fuma. Luego os llevaré a vuestra cámara.

Entre calada y calada, y sintiendo el suave efecto del tabaco, Delia trató

de saber más sobre aquella gente.

–Kyrostán, ¿cómo supiste que veníamos? ¿Cómo le hablaste a nuestro comunicador?

–No me digas que te extraña eso. Aquí no se mueve una hoja sin que lo sepamos. Hay detectores por todas partes. Tu trayectoria apuntaba directamente aquí. Hablarle a tu emisora fue mera tecnología de onda portadora –respondió su anfitrión señalando con su dedo a una pantalla que había en el otro extremo de la estancia, con una butaca delante.

–Ah...

Se sentía calmada y ligera.

–Las viejas tecnologías todavía son útiles –dijo él, y sonrió–. Sintonicé su energía a la de tu comunicador.

–Suena simple. Y esa gente a la que tengo que ir, ¿qué clase de cosas venden? –intentó de nuevo.

Kyrostán soltó una carcajada desenfadada.

–Chica terca... Verás, los Kaulón son piratas, Viajan por todo el sector y desvalijan a quien pueden, y roban toda clase de cosas. Yo que tú iría con cuidado con ellos.

–¿Y aquí les dejan estar?

–Es su tierra, igual que la nuestra. Simplemente, los mantenemos a raya. También comerciamos con ellos. Aquí no dan problemas.

–¿Y la Federación no se ha quejado?

–Muchas veces –respondió él sonriendo–. Nosotros somos un pueblo antiguo y respetado. Si la Federación tiene algún problema con los Kaulón, no es aquí, sino en el espacio profundo. Que resuelvan allá sus problemas. Nosotros vivimos en paz.

–Ya veo. Oye, tu gilen es estupendo. Creo que tendré que ir a descansar –dijo ella.

–Por supuesto. Por aquí...

Delia se levantó con cuidado. Sus piernas parecían de goma. Azu se desconectó de inmediato y se incorporó para seguirles.

La cámara era todavía más rústica que el comedor de la vivienda donde habían cenado. Medía unos ocho metros cuadrados, y sus paredes de troncos violáceos estaban incrustadas con viejos leds de suave luz, que se encendieron en cuanto entraron.

Había en una esquina una mesa sencilla de material sintético, y una consola con pantalla encima.

Colgando de la pared había una varilla defensiva, aunque ese nombre era un eufemismo, pues se trataba de un arma mortal. Procedía del sector de Beta del Unicornio. Ella había visto otras alguna vez.

El lecho era grande, a medida de aquellos seres altos y espigados como Kystán, y tenía un aspecto muy acogedor. Efectivamente, la temperatura era ideal, y había un cobertor sobre el lecho, de material isotérmico a juzgar por su aspecto, similar a la manta que guardaba en el cajetín de su deslizador, pero más abultado.

–Azu, allí hay una unidad de energía –dijo Kystán–, por si has de continuar tu carga.

–¡Guay! –exclamó.

–¿Guay? –interrogó a Delia con la mirada.

–Es una expresión arcaica. Azu tiene predilección por los clásicos terrícolas.

–Me recuerda al sonido de algún animal –comentó él. Delia se encogió de hombros. En realidad solo quería dormir.

Finalmente, Kystán las dejó a solas y Azu se conectó. Sus ojos mostraron un brillo azulado de placer.

–Energía de la mejor –dijo.

Delia asintió levemente mientras se apretujaba bajo el cobertor tras desvestirse.

–Guay –comentó mientras caía dormida.

El mercante había sido de su padre. Lo adquirió seminuevo y llevó a su hija por los sectores cercanos al Sistema Solar, visitando civilizaciones exóticas y diferentes a todo lo que ella había visto. Aquellos fueron años

maravillosos, alejados de todo lo que les traía malos recuerdos.

Pero el Universo también puede ser frío y cruel. Y sus habitantes, casi tanto como los humanos.

Su padre y ella viajaron hasta la Estrella de Barnard y en una gran base espacial orbital entorno a un planeta gaseoso les instalaron en el mercante el moderno motor hiperfase de plasma dequarks. También le dotaron del armamento de que disponía.

Una suave musica penetró en su inconsciencia, despertándola.

Se desperezó y volvió a apretujarse contra el cobertor, que había retenido el calor de su cuerpo y se había convertido en un hábitat agradable y acogedor.

–Despierta, jefa. Es de día.

Azu había tratado de que su voz adquiriese el tono que se solía utilizar para tranquilizar niños.

Nunca había tenido la oportunidad de utilizarlo con niños de verdad, pero le resultaba útil con su jefa. En el fondo, todos los humanos eran como niños.

Delia apartó el cobertor con un bufido final, y se sentó en el borde del lecho.

–A veces me pregunto en qué te ocupas mientras yo duermo –dijo bostezando.

–Hay millones de datos que puedo aprender durante las noches. Y a veces me desconecto. Stand by. A la espera.

–Ya, conozco el concepto.

–Me he tomado la libertad de limpiar tu equipo de viaje con ultrasonidos –dijo Azu.

–Pues gracias. No le habrá venido mal.

–Le hacía falta –dijo la ginoide con tono de reproche.

–Pues lo lavé no hace mucho. Es el ambiente cerrado de la nave.

–Dejemos ese tema. He repasado lo que se sabe de los kaulón.

Delia se puso la camiseta. Parecía recién salida de la lavandería. Lo mismo su traje de dos piezas y la chaqueta de viaje. Se sujetó el ceñidor con el cetro defensivo y repasó sus bolsillos. Todo estaba en su sitio.

Azu lanzó un sonido indescifrable.

–Lo he vuelto a poner todo. Desconfiada.

–No es nada personal. Me gusta recordar dónde llevo cada cosa. Por si las necesito de sopetón.

–Ya.

–¿Y bien? ¿Qué se sabe de ellos?

–No gran cosa, la verdad. Además de lo que nos contó el zodian, una larga lista de conflictos con la Federación, pero nada revelador. Todo poco útil. Terreno inexplorado. Parecen gente hermética.

–Su ocupación no es como para ir a aireando por ahí. Venga, vamos a desayunar. En el deslizador tengo cosas.

Azu asintió con un gruñido.

Cuando salieron de la cámara, Kyrostán estaba sentado a la mesa, y la cocina automática había expulsado por su bandeja apetitosos círculos de color claro. Les indicó que se sirvieran.

–Huele bien, ¿qué son?

–Básicamente, proteína vegetal y calorías. Fruta, semillas...

–¿Cereales?

–Algo similar, pero de aquí, claro.

–Pasteles –dijo Delia.

–Yo diría que más bien son galletas –repuso Azu.

–Come y lo sabrás –terminó Kyrostán, cogiendo una de aquellas cosas y saboreándola.

Decidió que estarían mejor que sus provisiones de viaje, así que se sentaron. De nuevo Azu se quedó inmóvil sobre su asiento.

–¿Estás decidida a ir con los kaulón? –preguntó el zodiano.

–Es mi oficio. Compro, vendo...

–Como tu padre.

–Exacto. Tradición familiar.

–Pero creo que a tu padre lo asesinaron en uno de los viajes... –añadió Kyrostán.

Delia golpeó la mesa.

–¿Me has estado investigando?

–Disculpa, solo quería advertirte.

–¡No soy una niña! ¡Sé defenderme!

El zodiano miró su galleta y la mordió, aparentemente tranquilo y relajado.

Azu le miró sorprendida, con una luz amarilla en sus ojos.

–No te he investigado. En Zamuz se identifica a cualquier visitante extrasolar. Para evitar sorpresas.

–¡Negocian con piratas pero investigan a sus visitantes! ¡Genial!

Se levantó de la mesa y salió de la vivienda.

–Disculpa, Kyrostán, y gracias por la hospitalidad –dijo Azu, saliendo a continuación tras su jefa.

Pero antes, Kyrostán le entregó un pequeño paquete.

Alcanzó a Delia mientras entraba en el deslizador.

–¡Sube!

–Has sido maleducada. El zodiano nos ha ofrecido su hospitalidad. En la mayor parte de los sistemas eso se considera sagrado.

–¡Al cuerno! ¡Nos vamos! –exclamó elevándose y acelerando en una dirección.

–No es por ahí –advirtió Azu.

–Y cómo lo sabes.

–El zodiano ha descargado el mapa en mi memoria.

–¡Al cuerno tú y el zodiano de los...!

–El cuerno de un gran janto. Me encantan esos animales –comentó tranquilamente la ginoide.

Delia soltó un bufido, pero no dijo nada.

Mientras el deslizador las llevaba hacia los valles que rodeaban el poblado, Azu la observaba preocupada. Una luz añil había coloreado sus ojos y el perímetro de su traje de silicona flexible que realzaba sus curvas artificialmente femeninas. Delia iba sujeta a la barandilla, oteando el horizonte como si estuviera guiando el aparato.

–Esos kaulón tienen un aspecto poco tranquilizador –comentó al fin.

–Me tiene sin cuidado.

Los valles dejaron lugar a los bosques tupidos, a cuya superficie casi no alcanzaban los rayos de la enana blanca que era el sol del sistema. El deslizador redujo su velocidad, y Delia, pese a sus palabras, sacó un arma corta de una guantera y se la sujetó al ceñidor por su funda.

Algunos animales desconocidos emitían silbidos y ruidos guturales, y la oscuridad se volvía cada vez más espesa.

El deslizador se detuvo de sopetón.

–¿Y ahora qué..? –empezó a protestar la piloto, pero inmediatamente supieron que habían llegado. Un extraño ser se puso frente al aparato y

levantó un fusil de haces con ambas manos.

Parecía un híbrido entre aye aye y leopardo. Con unas enormes orejas y rostro enjuto, ojillos amarillos y pequeños, ceño fruncido y largos colmillos, era realmente espantoso.

Y mucho más cuando empezó a chillar, moviendo su fusil, que llegó a empuñar contra ellas.

Azu levantó sus manos y comenzó una perorata en un idioma desconocido, y el horrible ser bajó el fusil y les indicó con ademanes bruscos que le siguieran.

–¿Qué le has dicho?

–Que venimos a comerciar.

–Vaya, pues parece que la oferta le interesa.

Siguieron al pirata kaulón internándose en el bosque, hasta llegar a una aldea muy ajetreada. Aquellos seres vivían realmente como lo que eran: como piratas.

Había fogatas en los claros sobre las cuales se asaban animales o se cocían ollas, que unas hembras igualmente aterradoras se dedicaban a remover con largas cucharas de cobre. Los de género masculino iban o venían, o charlaban entre ellos con grandes voces, que a ellas les parecían gruñidos.

Su improvisado guía las llevó ante un ser que era más grande que la mayoría, vestido con algo semejante al cuero, con dos ceñidores cruzados y repletos de armas de todo tipo.

Intercambiaron unos gruñidos, y el más grande y fiero se incorporó y se plantó ante ellas.

Delia tragó saliva.

Azu no parecía muy impresionada. Le dirigió un amable discurso en su idioma y señaló un par de veces con deferencia a su jefa, mientras hacía gestos elocuentes. Sin duda le estaba contando su habilidad como traficante de todo tipo.

Pero el pirata tampoco pareció impresionado, y soltó un par de gruñidos.

–Jefa, dice que qué tenemos para negociar.

Delia sonrió.

–Dile que no soy tan ingenua. Lo que tengo para ellos no lo llevo encima. Tenemos que llegar a un acuerdo, y luego hacer el intercambio fuera de su terreno.

Mientras Azu les explicaba todo eso, Delia sacó del macuto un proyector holográfico y la imagen se encendió ante ellos.

El pirata acercó su rostro un palmo más, como si quisiera verla bien.

–Jefa, no sabía que teníamos eso.

La imagen holográfica giró lentamente, para que pudieran ver todo su contorno. Se trataba de un óvalo translúcido e iridiscente, en cuyo interior se veía una masa ocre oscura.

–¿Eso es lo que parece? –preguntó Azu.

–Exacto. Cuéntale: es un óvalo de Drake de astato-211. Cincuenta gramos, suficiente para toda una vida.

Los ojos de Azu se tiñeron de verde esmeralda mientras le contaba al pirata lo que le ofrecía su jefa. Realmente era una oportunidad sin igual. No podía entender la ginoide qué motivo llevaría a su jefa a desprenderse de tal tesoro.

El astato es un elemento químico tan raro e inestable que sobre la Tierra solo podrían encontrar lo que cabe en una cucharilla de café. Cualquiera de sus isótopos se descomponía en pocos milisegundos debido a su calor radiactivo.

Sin embargo, millones de años antes de que Delia naciera y Azu fuera construida, en un puñado de planetoides cercanos a estrellas moribundas el astato se había aglomerado en el interior de unos minerales llamados en la Tierra *óvalos de Drake*, y con otros nombres por toda la Galaxia.

Al poder tener una cierta cantidad de astato reunido en un bloque, se descubrió que la radiación del astato-211, lejos de ser perjudicial, aseguraba una salud perfecta a quien se encontrase en las

proximidades; digamos a unos tres metros a la redonda. La razón de ello sería demasiado complicada de explicar, pues intervenían otras dimensiones además de las tres físicas (más el Tiempo, claro).

Muchas civilizaciones antes que la terrícola habían desarrollado una tecnología que les permitía ir en busca de este tesoro, pero seguía siendo valioso y muy raro de poseer. Una oferta como aquella tenía forzosamente que interesar a unos piratas.

Azu casi pudo ver salivar al ser horrendo cuando le explicó su oferta. Sin duda Delia había sido prudente al no llevar el óvalo de Drake encima, o ninguna de las dos hubiera salido viva de allí.

–Dile que el óvalo está custodiado ahora mismo por las autoridades cosmoportuarias del planeta –solicitó, sonriendo con suficiencia al pirata– y que el intercambio con su mercancía se hará en la entrada del cosmopuerto.

El kaulón hizo una mueca y, por un momento, Azu temió que fuera a escupir por la comisura de sus colmillos, pero se limitó a echarles una furibunda mirada. Luego soltó un par de frases.

–Pregunta qué quieres a cambio.

–Ha llegado a mis oídos que tienen la *Carta de Érgaton*. Eso quiero.

–¿Vas a cambiar un óvalo de Drake por una carta de navegación? –La extrañeza tiñó los ojos dela ginoide de gris.

–Limítate a traducir –cortó Delia.

Azu lo hizo. El kaulón se sorprendió tanto como la ginoide. Luego soltó una risotada y exclamó algo en voz alta. Sus semejantes corearon sus carcajadas. Luego le dijo una frase a Azu.

–Está de acuerdo.

–Bien, mañana a las diez, hora solar, en la entrada del cosmopuerto por la que salimos nosotras... eh... –dudó.

–Entrada Cudilia –concretó Azu.

–Pues ahí. A las diez hora solar.

Azu lo tradujo.

El pirata kaulón se golpeó el pecho con el puño cerrado.

–Debes hacer lo mismo –avisó la ginoide–. Es parte del trato.

Delia imitó al pirata, y el trato quedó cerrado.

–Significa que si no cumplimos nos arrancarán el corazón. Bueno, o los circuitos –explicó Azu.

Una vez a salvo sobre el deslizador, y a unas decenas de metros del campamento pirata camino de regreso, Delia se giró hacia su ginoide.

A pesar de que era artificial, era inteligente y Delia quería creer que, a su manera, tenía sentimientos. O los imitaba muy bien. Los años de interacción habían vuelto un tanto difusa la frontera entre lo 'humano' y 'la máquina', y a veces ella olvidaba que estaba ante una ginoide artificial.

–Perdona que no te hablara del óvalo de Drake o de lo que quiero a cambio. Estoy segura de que fisgaron completamente tus archivos antes de permitirnos varar la nave en su órbita.

–Así es.

–Si te hubiera hablado de eso, habiéramos tenido problemas –añadió Delia.

–¿Es ilegal?

–No exactamente. Es caro. Hay que pagar muchos aranceles, y dar un montón de explicaciones a autoridades desconocidas. En muchos planetas no nos dejarían salir con nuestra carga. En otros, sencillamente nos robarían.

–Ya veo. No importa. Está bien.

Los ojos de Azu adquirieron un tono azulado.

Hay que mencionar ahora que los androides y ginoides tienen una directiva de seguridad que les impide simular estados de ánimo falsos. Si Azu hubiera encontrado poco lógica o inadmisibile la explicación de su jefa,

nunca hubiera podido simular el color azul.

Un androide se puede enfadar, aunque no como un humano. También tienen una directiva de dignidad y amor propio para no permitir abusos de sus jefes y cuidadosamente nivelado para no desembocar en paranoia. Es complicado programar una buena IA.

Abordaron su nave, que permanecía orbitando Zamuz.

Delia sacó una caja de seguridad de la bodega.

–Este es el óvalo.

La abrió, y los destellos iridiscentes del mineral arrojaron reflejos sobre las paredes bruñidas de la cámara.

–Es una maravilla.

–Ya lo puedes decir.

Se apresuró a volverlo a encerrar. No quería que pudieran detectarlo en las estaciones espaciales del cosmopuerto.

–¿No sería mejor conservarlo y gozar de salud? –preguntó Azu.

–De momento no me falla. Y puedo conseguir más. En realidad, muchos más.

–¿Muchos? ¿de astato-411? ¡Me tomas por tonta! –exclamó la ginoide.

Delia se sentó frente al ojo de buey de la cámara, en el sofá. Su amiga artificial permanecía en pie ante ella, mirándola con ojos incoloros. Su jefa dejó vagar la mirada por el vacío del Espacio que se veía por el ojo de buey detrás suyo.

–No, amiga. La carta de Érgaton es mucho más valiosa. Lleva a un lugar de la Galaxia donde no solo hay mucho astato-411 en forma de óvalos, sino muchas otras cosas maravillosas. Allí reina la salud, la felicidad. Hay fuentes de energía limpia inagotables, y pueden ser transportadas. Hay un material que retiene la fuerza de los soles durante siglos, y la libera a medida de las necesidades. Hay...

–¿Quién te ha contado esos cuentos? –exclamó Azu con ojos negros–. En los archivos no hay nada de eso. En ninguno que yo haya consultado

nunca.

–No todo está en los archivos –repuso Delia.

–Oh, sí, jefa. Todo está en ellos.

–No, no todo. Hay Universos por encima de este Universo. Hay puertas a otras dimensiones, hay seres que nunca han constado en las cartas ni en los archivos.

–Permíteme que te diga que todo eso son fantasías. Hay cuentos y mitos. La Humanidad necesita de los mitos, pero eso no significa que sean ciertos. Es verdad que hay otras dimensiones... comprimidas a nivel subatómico. Nada de magia, solo partículas.

–La carta de Érgaton lleva hasta una puerta a esos lugares, más allá de lo conocido.

–Creencia. Estás bajo una creencia. No se puede discutir con alguien que está bajo una creencia.

Eres la jefa, y está bien, pero mi deber es advertirte: vas a desperdiciar un óvalo muy valioso para seguir una fantasía.

–Y aunque así fuera... ¿No es eso lo que mueve el Universo?

Azu sonrió y sus ojos se pusieron verdes.

–Lo que mueve el Universo es la Gravitación.

–¿Y de dónde sale la Gravitación?

–Del agujero negro de Virgo.

–¿Y la Gravitación del agujero negro? ¿De dónde viene TODA la Gravitación del Universo?

–No tiene sentido preguntarse eso. La Gravitación ES, y eso es todo.

–Por eso no está en los archivos. ¿Lo entiendes? Hay cosas que no caben en los archivos. No se pueden consignar. Además, nadie las cree.

–Será porque son mentira, digo yo.

Delia soltó un bufido. Azu miró hacia un lado. Empezó a sonar una musiquilla. Era un reflejo, no podía evitarlo: cuando la ginoide se sentía

mal consigo misma surgía una melodía del fondo de su memoria digital.

–No importa. En todo caso, si tienes razón, lo descubriré cuando tenga la carta –dijo Delia.

–Un caro descubrimiento.

–Es mi problema.

Azu se puso a cargar y se desconectó. Era el equivalente a un buen sueño. Limpiaba su memoria y sus nanorobots interiores aprovechaban para reparar los microtraumas en sus circuitos.

Por su parte, Delia estuvo escuchando música con sus auriculares puestos durante una hora, hasta que su ánimo se calmó. Luego intentó dormir. Finalmente, se tomó un botellín de skral y al fin la venció el sueño.

La luz de la enana blanca salía y se ponía muchas veces en su órbita, de forma que Delia había extendido el filtro en su ojo de buey, y por eso su habitáculo permanecía en una relativa penumbra.

Pero su instinto la despertó minutos antes de que sonara la alarma que había programado antes de beberse el skral. Miró el reloj y se incorporó, no sin una exclamación de disgusto.

Entró en el cilindro higienizante y se lavó con una mezcla de aire caliente, ultrasonidos y crema limpiadora. Luego sacó su vestimenta habitual del limpiador del habitáculo, colocó en sus bolsillos su equipo habitual y se colocó su ceñidor con el cetro defensivo y el arma corta.

–Azu, estoy dispuesta –exclamó al salir de su habitáculo con la caja de seguridad en las manos.

–Bien. Yo igual.

Se dirigieron al hangar y volaron en la chalupa hasta el cosmopuerto de Zamuz. El deslizador las llevó hasta la entrada del inmenso recinto llamada Cudilia.

Eran las diez menos cinco, hora solar del planeta.

Esperaron en pie, admirando el paisaje, hasta que vieron llegar la

comitiva de piratas kaulón.

–Alerta, nos querrán robar –advirtió Delia.

–Lo imaginaba. La codicia es igual en toda la Galaxia.

Depositó la caja de seguridad en el suelo ante ellas, y la abrió. Luego, sacó su arma corta y entregó el cetro a Azu.

–Protégete.

–Sí, jefa.

Los kaulón llegaron montados en varios deslizadores de evidente facturación artesana.

Azu levantó las manos, con el cetro fijado a su cintura. Delia mantenía su arma firmemente sujeta con ambas manos y apuntando al suelo, pero alerta.

Los kaulón vieron el arma, y se apearon de sus deslizadores con prudencia. También iban armados, pero, cuando alguno intentó desenfundar, Delia levantó su arma y negó.

–Diles que el óvalo está alertando al cosmopuerto. Lo detectarán dentro de unos minutos y vendrán. Han de entregar la carta de Érgaton y cerrar la caja antes de eso, o perderán ambas cosas. Que me entreguen la carta y tendrán su óvalo.

Azu pronunció largas frases en el gutural idioma de los kaulón, que se revolvieron nerviosos.

Naturalmente, el plan original era asesinarlas y largarse, pero habían llevado la carta de Érgaton por si las cosas se complicaban, como así había sido. Si el óvalo no estuviese siendo detectado, habrían podido largarse, pero así no. No si los pillaban con un asesinato y un androicidio sobre sus cabezas.

Su única oportunidad de lograr el codiciado tesoro era entregar la carta y salir corriendo a toda velocidad. Entonces era posible que las autoridades se dedicaran a buscarle las cosquillas a la joven humana.

Lanzó una fiera exclamación, y uno de los kaulón se adelantó con un recipiente octogonal. Lo abrió y lo mostró a Delia, que no había dejado de

apuntarle con su arma.

Sin duda era la carta de Érgaton.

–Dile que la saque, y que no se entretenga, vendrán pronto.

El kaulón sacó la carta, que era una esfera de unos veinte centímetros de diámetro.

Delia lanzó una exclamación:

–¡Aj nat Asut!

Inmediatamente, la esfera que sostenía el pirata se iluminó.

–Está bien, es la auténtica. ¡Vámonos!

Azu dijo algo, y el kaulón guardó de nuevo la esfera dentro del recipiente octogonal y Delia lo cogió.

Luego, señaló el óvalo e hizo gesto de que era de ellos.

Sin bajar la guardia, retrocedieron hasta el deslizador y montaron en él, dejando a los piratas ocupados con el óvalo de Drake.

–Me hubiera sentido mejor con un robot de combate –comentó–. Hemos de conseguir otro.

–¿Podemos pagarlo? –preguntó la ginoide.

–Umm...

No tardaron en estar de nuevo a bordo de Eli, orbitando Zamuz.

Azu contemplaba a su jefa mientras esta buscaba un botellín de skral.

–Mejor prueba esto –dijo la ginoide, sacando el pequeño paquete envuelto en tela marrón que el zodian Kystán le había entregado cuando se despidió de él.

Delia lo desenvolvió, y soltó una exclamación. Era una buena porción de gilen y una pipa.

–¿De dónde has sacado esto?

–Fue un presente de despedida de Kystóstán.

La humana fue a soltar una maldición, pero pensó que no había para tanto. Le vendría bien echar una pipa.

–Hay una nota. ¿Qué pone? –preguntó entregando el pedazo de pliego a su ginoide.

–*“Si lo mezclas con la bola roja, no te dormiré”, dice.*

Efectivamente, dentro del gilen había una bola roja. La pulverizó con los dedos y mezcló el polvo con todo el gilen.

–Pues veamos.

Instantes después, estaba soltando volutas de humo muy olorosas recostada a medias en un sofá de la cámara de visitas. Afuera, el planeta Zamuz ejecutaba una danza bajo la nave.

–En el fondo, no era mal tipo ese zodiaco –dijo, seguramente bajo los efectos del gilen.

Azu, que estaba sentada en una silla reforzada especial para ella, asintió:

–No, no era mala persona.

–Cuando se me pase el efecto del gilen, abriré la carta y emprenderemos viaje.

–Como digas, jefa.

2

Un lugar entre el Vacío y la Nada.

Delia y Azu estaban en los asientos de pilotaje del puente de mando y la carta de Érgaton estaba frente a ellas, en el soporte adecuado para tales objetos.

La nave había intentado leerla, pero estaba protegida por una tecnología bastante sofisticada.

–¿Lo ves? No es una carta como las demás. ¡Aj nat Asut! –exclamó.

Inmediatamente, la esfera se iluminó y la consola de navegación encendió sus leds. La pantalla se encendió y comenzó a mostrar secciones de la Galaxia y rutas de navegación a una velocidad tan grande que no podían seguirlas con la mirada.

–*Sobrecarga de datos* –anunció la voz sintética de Eli

–Igual tendrás que recitar alguna otra palabra mágica –bromeó Azu–. Por cierto, ¿donde aprendiste a encender la carta?

–Me enseñó el mismo ser que me habló de ella, y que me dijo dónde podía conseguirla.

–¿Le conozco?

–No. Eso fue mientras estabas en tu puesta a punto, en Alfa del Centauri B.

–Aprovechas mis ausencias para darme el salto, ¿eh? –siguió Azu en tono de broma.

–Un alfacentauriano de piel morena y grandes cejas.

–¡Un morenazo! Me encantan los morenazos –siguió la ginoide–. ¿Fue interesante? –Esta vez el tono fue pícaro.

–Eso no es asunto tuyo.

–¡Se ha picado! Es decir, sí. Tuviste un lío con un centauro, es estupendo.

A veces su ginoide la sacaba de quicio. Pero se le pasaba rápidamente. Su IA estaba programada para dar un poco de variedad a la conversación. Por supuesto que a una ginoide le importaba un pimiento si ella tenía o no relaciones. Solo les interesaba la información, aprender, y cumplir sus programaciones.

Dejó de prestarle atención y pasó su mano por encima de la esfera iluminada, a unos dos o tres centímetros. La carta pareció responder a su gesto. La pantalla mostró un plano del sistema de Zamuz.

–Buen chico. Ahora muéstrame el camino... –murmuró ella.

Movió su mano lentamente, y el mapa estelar se desplazó ligeramente, pero no siguiendo la dirección de su movimiento, sino en cierto ángulo. La pantalla anotó la inclinación y los datos de deriva. El mapa prosiguió hasta un cierto punto, donde dibujó la señal de salto dimensional. Los valores del salto fueron anotados y grabados por el ordenador de Eli.

–Salto al Hiperespacio –murmuró.

El mapa mostró entonces las vecindades de otro sector, y una serie de signos aparecieron en pantalla.

–Eso está en los confines del Brazo de Sagitario –dijo Azu–. Será un gran salto.

–Eso parece.

La carta de navegación siguió mostrando una ruta desde la salida del salto hacia un cúmulo estelar cerrado.

–Eso no está en mis archivos. Ahí no debería haber ningún cúmulo.

–¿Lo ves? No todo está en los archivos.

–O es una carta falsa.

–Nuestro conocimiento de la Galaxia es parcial e incompleto, todavía hoy. ¿Ves esa señal entre el cúmulo y la trayectoria? Es una nube de gases y polvo. Podría estar ocultando el cúmulo. Si tuviéramos una carta de una civilización en el lado contrario de la Galaxia, quizá sí mostrase el cúmulo. Pero nosotros no podemos verlo.

–Tengo cartas de ese lado de la Galaxia en mi memoria, y el cúmulo no está.

–Pues cuando lleguemos veremos si está o no. ¿Tienes otros planes pendientes? –preguntó Delia con ironía.

–No, jefa, claro que no.

–Pues será una bonita excursión.

–Sin duda.

La esfera resplandeciente guiaba la nave a velocidad de crucero. Llegar hasta el lugar señalado para el salto era en sí un largo viaje. En esa zona densamente poblada no era fiable usar tecnología sofisticada de curvatura, así que continuaron movidos por impulso plasmático de quarks. Era rápido, pero estaban todavía a un 40% de la velocidad de la luz. Tardarían miles de años en cubrir la distancia.

Azu lo sabía, y miraba preocupada a su jefa, cuya atención estaba totalmente volcada en el mapa estelar que iba mostrando la pantalla de navegación.

Pasó un ciclo solar, y otro. Y otro.

Zamuz quedaba ya lejos. Delia estaba en camiseta y pantalón corto, sentada ante la pantalla con un botellín de skral. Su ginoide había comenzado un torneo de ajedrez con la nave, uno con cuatro tableros a la vez.

–¡Ahí está! –exclamó Delia.

–¿El qué? –preguntó Azu.

–Nuestro atajo.

La ginoide se acercó a la pantalla, dejando por el momento su duelo con Eli, la nave.

–¿Lo ves, ahí? –Delia señaló un punto en la pantalla. El mapa estelar tenía una pequeña estrella en ese lugar y una inscripción en un idioma extraño.

–¿Y qué es?

–Ni idea, pero es por ahí. Este mapa no está diseñado para una travesía de miles de años.

–Ya veremos –repuso Azu con escepticismo.

Entonces Eli habló con tono neutro:

–Nos acercamos a una región no computable. Aconsejo prudencia. Repito: nos acercamos a una región no computable. Aconsejo prudencia.

–Gracias, Eli. Tú sigue la carta.

–Imposible. Debes pasar a control manual –añadió la nave.

Delia tomó el control. La nave se encaminaba directamente hacia el punto señalado en el mapa estelar. Sintió la misma emoción que la primera vez que se lanzó en paracaídas. Quizá iban a morir... o algo peor.

–¿Estás segura de lo que haces, jefa? –interrogó Azu. Sus ojos tenían un arcoiris pulsante.

–No.

Entonces el mapa estelar emanó un holograma, que se situó sobre la esfera iluminada, sobre el panel de control. Una inscripción en él explicaba:

–¡5D! Está en Arturiano, y pone 5D. ¡Quinta Dimensión! –exclamó la ginoide.

En ese instante, un destello en el exterior de la nave las deslumbró.

El Arcoiris en los ojos de Azu daba ahora vueltas dentro de ellos. Miró a su jefa y luego a la carta de Érgaton. .

Y luego se concentró en desentrañar lo que había en el mapa. Al parecer, estaban dentro de un túnel tridimensional, inmersas en la quinta dimensión.

La voz de la nave volvió a sonar, pero tenía un tono extrañamente impersonal:

–El Tiempo está dilatado, y el Espacio se acorta. Están ustedes dentro de un pliegue natural del Espacio-tiempo.

–¿Eli?

–Habla Érgaton.

–¿Qué está pasando? ¿Quién eres?

–Habla Érgaton. Los pliegues del Espacio-tiempo son formaciones naturales originadas por las tensiones superficiales de las dimensiones. Este pliegue donde están se llama el Camino de Genvag.

–¿Quién es Érgaton? –preguntó asustada.

–Érgaton es el programa del mapa Aj Nat. Diseñado en Ra Nam. Cubre once dimensiones espaciales y tres temporales.

Azu pareció recuperar su color habitual.

–Ra Nam es como se llaman a sí mismos los Arturianos –explicó la ginoide.

–Bueno, ya sabemos algo. Parece que este mapa sabrá llevarnos a través de un pliegue dimensional. Eso estaba consignado en la carta.

En el exterior solo se veía una luminosidad blanquecina con un leve tono rosado. En el mapa de la pantalla, a una escala muy grande, se veía un filamento del mismo color que atravesaba miles de pársecs. Un punto rojo iba avanzando por el filamento. Otra imagen en el holograma mostraba el mapa estelar doblado y deformado en varios pliegues, y la línea luminosa donde estaban ellas mucho más corta.

–Si no me equivoco, ese punto somos nosotras.

–Entonces –concluyó Azu–, estamos recorriendo una distancia inconmensurable.

–Te lo dije: un atajo.

A pesar de serlo, estuvieron dentro del túnel luminoso varias horas. Delia no apartaba la mirada del mapa, ansiosa por determinar su posición. Finalmente, el punto rojo se aproximó al final del filamento.

Con un nuevo destello, el Universo reapareció en el exterior.

Al mismo tiempo, el holograma se extinguió, y el mapa volvió a ser una carta de navegación en una pantalla de la consola.

–¡Malfunción del reloj! ¡Localización incongruente!–exclamó la voz de Eli.

–El Tiempo se ha dilatado mientras estábamos dentro del pliegue. Eli, sincronízate con los parámetros galácticos estándar.

–Sí, jefa.

–¿Dónde estamos? –preguntó Azu, mirando el mapa. Era una pregunta retórica, por supuesto.

–A una distancia relativamente larga del punto de entrada en el Hiperespacio, todavía.

–Ya veo.

Habían recorrido miles de parsecs, pero todavía estaban a miles de años de su destino, a velocidad de crucero. Pero Delia había visto en el holograma varios de esos pliegues.

Estaban causados por la intensa gravitación de ciertos objetos, como estrellas densas o agujeros negros. El viaje dimensional, sencillamente obviaba esas deformaciones en el plano tridimensional, y seguía en línea recta, solo que en otra dimensión.

–Me voy un rato a fumar gilen a mi cuarto. Al parecer faltan varios días hasta el próximo atajo –dijo Delia. Necesitaba un poco de descanso.

–Muy bien. Me quedo a los controles.

–Como si hubiera mucho que hacer... –repuso ella con ironía.

–Bueno, podemos encontrar piratas, o tormentas magnéticas, o...

–Vale, quédate y vigila. Eres un encanto.

–Gracias, jefa.

En cuanto ella marchó a su habitáculo, la ginoide y la nave se enzarzaron en una conversación inalámbrica digital.

Delia se tumbó en su cama sobre la colcha plateada isotérmica, y su mente derivó hacia la necesidad de conseguir un droide de combate. Pero aquella parte de la Galaxia le era totalmente desconocida.

Una idea revoloteó por su cabeza: sin duda la Federación Galáctica tenía bases por allí, como por todos los sistemas civilizados. En las bases de la Federación había siempre humanos y humanoides de especies conocidas

por ella con los cuales podría entenderse.

Sin esperar más, salió hacia el puente con la pipa en la boca.

–Pareces un lobo de mar –comentó Azu.

–Pues qué bien. Eli: ¿cuál es la base de la Federación más cercana?

–*La Rho Cassiopeiae TKL-6574.*

–¿Cuánto tardaríamos en llegar?

–*A velocidad de crucero, una semana. Pero en esta zona podemos utilizar impulso de curvaturay tardaríamos día y medio.*

–¿No hay peligro?

–No, aquí no. Un pequeño salto. Encender y apagar los motores.

–Bien, procede.

–Recibido, jefa.

Dicho esto, volvió a su cuarto a fumar su pipa de gilen en paz. Y a pensar la forma en que pagaría un nuevo robot de combate. Tenía alguna cosilla en la bodega que quizá podría interesar a rudos soldados.

Rho Cassiopeiae es una brillante estrella de unas 22 masas solares, una hipergigante amarilla que brilla como unos 550000 soles, y está a unos 10000 años-luz del Sistema Solar. Habían recorrido una gran distancia, gracias al pliegue espacio-temporal.

Al contrario que los agujeros de gusano, o puentes de Einstein-Rosen, que eran impredecibles y requerían una energía gigantesca para mantenerlos abiertos y desplazarse por ellos, los pliegues espacio-temporales solían ser estables, causados por fuerzas gravitatorias, colisión entre ellas, y por otras causas, todas ellas duraderas.

La deformación espacio-temporal debido a la presencia de masas ya fue propugnada por Albert Einstein como causa de la Gravitación. En un viaje lineal en 3D, aquello no suponía ninguna ventaja. Pero, al descubrirse la existencia de otras nueve dimensiones que ignoraban la deformación de la tercera, los pliegues habían pasado a ser una forma viable de recorrer distancias que en 3D hubieran sido excesivas incluso para varias

generaciones de seres humanos.

–Estación de la Federación –anunció Eli.

–Emite mensaje de solicitud de abordaje –ordenó ella.

La Base Permanente Rho Cassiopeiae TKL-6574 era una estructura inmensamente grande orbitando a una estrella tan lejana que solo era un punto más brillante que el resto, y que daba nombre a la Base.

La estrella Rho Cassiopeiae le servía de ancla gravitatoria, pero en una órbita excéntrica de unas 1200 unidades astronómicas.

La base tenía forma de anillo, y giraba lentamente, para crear una fuerza centrífuga similar a la mayoría de los planetas de origen de su dotación. Para evitar el efecto marea, el diámetro era enorme, y albergaba a cientos de miles de seres procedentes de toda la Galaxia. En todo su perímetro se podía ver, ancladas a sendas compuertas, naves de todo tipo que le daban un aspecto de rueda dentada. Eran cruceros grandes. Las pequeñas chalupas de desembarco permanecían a bordo de los mismos.

–FGX-315, motivo de su visita –resonó a través del comunicador en lingua estándar.

–Reposición de androide de combate perdido. Comercio. Avituallamiento.

–¿Qué hace tan lejos de su Sistema Solar? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Quien preguntaba no era una voz digital, sino humana, y tenía el inconfundible tono militar, muy militar, de alguien de alto rango.

Delia supo que tocaba mentir a medias.

–Huí de unos piratas cerca de Zamuz, en la Nebulosa Hélice, y fui engullida por un pliegue espacio-temporal. No sabía que estaba ahí. Surgimos cerca de aquí.

Un silencio de unos segundos. Demasiados. Alguien estaba verificando los datos.

–El pliegue más cercano está a una semana de viaje.

–Lo sé. Por eso solicito ayuda.

–¿Desea regresar a la Tierra?

Maldijo en silencio. Eran capaces de ofrecerle escolta, y eso terminaría su aventura.

Hizo señas a Azu de que escondiera la carta de Érgaton. La ginoide aferró la esfera y salió hacia la parte posterior de la nave.

–Ya que estoy aquí, me gustaría explorar los alrededores, si a ustedes les parece bien. –Tenía que intentarlo.

–*Permiso para abordar su nave* –solicitaron por el comunicador.

–Faltaría más. Permiso concedido.

La situación exacta de los pliegues que permiten viajar por toda la Galaxia no era secreta, pero los mapas que los indicaban solían estar en manos de la Federación.

–Azu, rápido, busca un planeta habitado cercano donde podamos comerciar. Suele haber cerca de las bases.

La ginoide se ensimismó en sus archivos. Pocos segundos después, respondió:

–Fengetwy, a unos cien años-luz de aquí.

–Genial.

No tardaron en ver un caza casi tan grande como Eli derivando hacia ellas. Se acoplaron a la escotilla al efecto en la panza del mercante y una dotación abordó su nave. Delia y Azu les esperaron en el muelle de carga, con sus documentos preparados.

Dos alfacentaurianos y dos humanos con un físico adaptado a baja gravedad, con largos brazos y esbeltas piernas, entraron por el túnel adosado a la escotilla. Iban uniformados y con una simple pistola de reglamento al cinto.

Saludaron con la mano.

–Adelante, bienvenidos a bordo –dijo Delia.

–¿Nos permite ver su documentación? –solicitó el que llevaba galones de comandante, uno de los centaurianos.

–Claro.

La propietaria del mercante le entregó el disco digital con el historial de navegación y la tarjeta de embarque. El comandante se lo pasó a uno de los humanos delgados, que la escaneó con el aparato portátil que llevaba en bandolera.

–En orden –dijo el humano.

–¿Cuál es el motivo de su viaje, señora Delia? –preguntó el humano, mirando la pantalla de su escáner.

–Comercio. Nos engulló un pliegue y aparecimos a una semana de aquí. Decidí buscarles. Deseo reponer un androide de combate que perdí contra unos piratas, cerca de la Nebulosa Hélice.

El humano comprobó el historial de navegación. Asintió mirando al comandante centaurino, un ser de aspecto humano, atlético y piel morena, con pobladas cejas y mirada fiera, pero sonrisa amable.

–¿Desea comerciar en la Base? –preguntó el comandante.

–Si me conceden el permiso, pues sería mi mejor opción.

–¿Volverán luego a la Tierra? –preguntó el comandante, con cierto tono imperativo.

–Tengo entendido que hay lugares cercanos a la Base donde podría seguir comerciando. Fengetwy, y otros similares.

El centaurino la observó detenidamente. Luego habló:

–El Principio de Libertad de Comercio le da potestad para ello, pero ¿cómo volverá luego?

–Siempre puedo volver aquí, ¿no le parece?

La intuición del comandante le hacía sospechar que no le decía toda la verdad, pero se limitó a echarle un vistazo a su ginoide, que había tenido la prudencia de desconectarse unos minutos para que el color de sus ojos no traicionase a su dueña.

–Podrá visitar la Base, si lo desea. Le indicarán por radio.

El humano le devolvió su documentación.

–¿Marte? –preguntó ella.

Los dos humanos sonrieron.

–Correcto. Somos auténticos marcianos.

–Me alegro de verles –dijo Delia, y no mentía.

Saludaron y se apresuraron a seguir a los centaurianos.

Desconectaron el tubo de abordaje y su caza se separó cuidadosamente del mercante. Luego, volaron con agilidad de vuelta a la Estación Espacial, la Base Permanente Rho Cassiopeiae TKL-6574.

Pasaron escasos treinta segundos, y les llegó un mensaje por radio y a la consola de mando:

–Permiso para estacionar. Bloque 4, sección 53, muelle de atraque 226.

–Recibido. Gracias.

Las coordenadas para la maniobra ya estaban en la consola.

–Azu, llévanos.

–A la orden –respondió en tono festivo.

La ginoide guió la nave, aunque podría haberlo hecho Eli por sí sola, pero a Azu le encantaba conducir.

Se aproximaron a la inmensa rueda, que seguía girando con lenta cadencia. Delia pensó que habría allí una menor gravedad. Bueno, Azu lo agradecería, y, si había que transportar mercancía, eso sería una ventaja.

El muelle 226 estaba ya ante ellas, con su entrada libre. El diagrama de la maniobra apareció en pantalla. La imagen del mercante giró unos grados, hasta que el ordenador ajustó las dimensiones.

Podrían atracar longitudinalmente a la dirección del giro, para que la nave no sufriera y la fuerza centrífuga se repartiese uniformemente. Los muelles 225 y 227 estaban ocupados, pero sus naves no se tocarían.

Había espacio de sobra.

Con suavidad, la fijación estándar de atraque quedó sujeta y el túnel de desembarco quedó extendido. Azu era realmente buena manejando una nave.

Mientras tanto, su jefa había buscado en su habitáculo un proyector holográfico de bolsillo con las imágenes de la mercancía que tenía en la bodega y se había colocado su chaqueta de viaje, pero cuidando de sacar todas las armas de su cinto y bolsillos.

Cuando salieron a las instalaciones de la Federación, nadie les prestó atención. En un lugar con cientos de miles de civiles y soldados, la actividad era constante.

–¿Y ahora? –preguntó Azu.

–Busquemos la cantina. Es el lugar más apropiado para hacer negocios.

Un humano, esta vez de complexión habitual, pasó junto a ellas.

–¡Perdón! –exclamó Delia– ¡Oiga!

El humano se volvió a mirarlas. Levantó una ceja cuando sus miradas se cruzaron.

–Hola, dime.

Su uniforme era de servicio técnico, y de su cinto colgaban unas llaves de ingeniero aeronáutico.

–Acabamos de desembarcar, y estamos buscando la cantina, o lugar de entretenimiento.

–Mira, sigues ese corredor que se abre al final de todo... ¿lo ves?

–Sí, aquel.

–Y luego sigues la señal fucsia. Está pintada en el suelo.

–Ah, vale. También me interesaría comprar un androide o robot de combate. ¿Se pueden conseguir aquí?

El humano soltó una carcajada.

–¡Claro! Soy la persona adecuada. Tenemos varios modelos un poco anticuados en el taller. Pronto los convertirán en chatarra. ¿Necesitas que sea muy poderoso, o solo un poco?

–Depende del precio. Mi antiguo robot nos salvó extendiendo un campo ionizado. ¿Podrá hacer eso?

El ingeniero se perdió en sus ojos.

–Claro, y mucho más. Los androides de una Base de la Federación son de los más sofisticados. Aunque sean anticuados, seguro que te valen.

–¿Y el precio?

–Hacemos una cosa. Ve a esa cantina y quédate cerca de la puerta. Yo iré en pocos minutos, ahora tengo que presentarme a mi superior.

–Muy bien. Te espero.

El (guapo) ingeniero de ojos azules prosiguió su camino, y ellas siguieron sus instrucciones.

Encontraron la línea fucsia y la siguieron hasta un hangar al que entraban decenas de seres de todo tipo. Cerca de la puerta había una barra, y encontraron sitio.

Un antariano grande y de rostro parecido a una tortuga tomó su pedido y mientras, Delia inspeccionó la estantería que había detrás del camarero. Ella tenían algunas de esas bebidas en su bodega, pero la Federación solía aprovisionar las cantinas. No, su oportunidad eran los cachibaches y artilugios, más o menos útiles, que había conseguido en el lote de un bazar en el asteroide minero Ceres-1.

No obstante, cuando el antariano se acercó con su bebida y una unidad de energía para Azu, lo intentó:

–Señor, tengo en mi nave unas cajas de skral y dikcson. ¿Quizá le interesan?

–La Federación me da todas las que quiero. No, gracias.

–¿Sabe a quién pueden interesar?

–¿Me quieres hacer la competencia? –sonrió.

El ingeniero llegó hasta ellas.

–¿Haciendo negocios?

–Lo intento.

–Aquí no tienes nada que hacer. Ven... No, deja, pago yo –repuso él entregando su tarjeta, que el antariano puso sobre el lector y se la devolvió.

–Hasta luego, Kon. Vamos os llevo al taller.

Indicó un corredor que desembocó en una amplia zona por donde podían incluso circular autos voladores. Sobre ellos, a todo lo largo del perímetro de la Base, había otro nivel, con accesos desde escalinatas.

En algunos lugares el 'suelo' del nivel superior era transparente y permitía atisbar lo que ocultaba su 'techo'. Los niveles estaban, como de costumbre, desde el exterior hacia el interior, recorriendo el perímetro, de forma que la fuerza centrífuga originaba una gravedad artificial.

–Tú eres terrestre de la Tierra, ¿no? –preguntó ella.

–Del todo. Australiano. ¿Y tú?

–Me crié en un mercante. El mismo que está atracado ahí fuera.

–Hija del Espacio.

–Sí. Desde los tres años –dijo ella.

–¿Has estado en la Tierra?

–De paso. Es un planeta hermoso, pero la gente es difícil. Por cierto, ¿cómo te llamas?

–Lachlan.

–No lo había escuchado nunca. Yo soy Delia.

–Delia... me gusta. El mío es escocés. Significa 'pendenciero'.

–¿Y lo eres?

–Apenas. Mira, es por ahí.

Siguieron por un corredor amplio, donde se abrían hangares diversos. Casi todo el personal que circulaba vestía mono de mecánico, o llevaba herramientas de ingeniero colgando por todas partes.

El diámetro de la Base era tan grande que solo donde se perdía la vista se podía ver la curvatura de la Estación Espacial.

En el que ellos entraron había maquinaria por todo el recinto, grúas, elevadores y andamios junto a naves a medio montar. Lachlan indicó hacia una de las esquinas.

–Aquel es mi chiringuito.

Una mesa con todo tipo de instrumentos, cables y componentes electrónicos y varias pantallas y sillas dejaba sitio junto a las paredes a una media docena de androides evidentemente desconectados. Tres eran de combate.

Azu fisgó con curiosidad en las tripas de sus semejantes.

–Veamos, ¿qué guerra tienes que librar? –dijo bromeando.

–Tuve que sacrificar a un robot de combate para salvar el pellejo. Me sentiría mejor si la próxima vez también tengo uno a mi lado.

–¿Piratas?

–Exacto. Por la zona de la nebulosa de la Hélice. Estoy dispuesta a negociar.

Lachlan soltó una risotada a media voz.

–Estos droides van a convertirse en chatarra muy pronto. Estamos quitando lo que podamos aprovechar.

Azu le miró y sus ojos se pusieron negros.

–Salvamos sus memorias –se justificó él.

La ginoide apartó la mirada y siguió a lo suyo.

–Aceptaré un intercambio. Debes tener algo que me interese lo bastante como para saltarme un par de normas.

–No quiero crearte problemas. Ni tenerlos yo cuando embarque.

–No habrá problemas. Si te firmo los documentos, podrás llevarte tu robot. Por cierto, tenemos habitaciones para visitantes en el nivel superior. ¿Te quedarás unos días?

Delia sintió que una alarma se disparaba en su interior.

–No lo sé –respondió ásperamente.

Lachlan no insistió.

–¿Qué te parece aquel? –dijo, señalando uno de los tres androides de combate.

Tenía un aspecto impresionante. No era grande. Medía más o menos como Azu, pero era evidente que su metal era reforzado, seguramente titanio con vanadio o alguna otra aleación, y tenía en algunas partes, como manos, antebrazos, piernas y tórax, una cubierta de silicona flexible para suavizar su contacto. Una protuberancia a modo de mochila en su espalda dejaba pensar que llevaría toda clase de armas. Se veía orificios en sus antebrazos que serían bocas de cañón.

Delia tenía cierta experiencia con ese tipo de androides, y percibió que sus dedos se podían convertir en armas blancas.

–¿Qué lleva en la espalda? –preguntó.

–Llevaba. Está ahí encima, sobre la mesa: un proyector de campo iónico. También el generador de plasma para la movilidad y el vuelo... Y un lanzador de misiles pequeños.

–Supongo que tendrás que quedártelo –comentó ella con pesar.

–Esa era la idea. Pero puedo cambiarla –dijo zalamero.

–Que lo sepas de comienzo: no voy a acostarme contigo para pagar el robot.

Los ojos de Lachlan se abrieron sorprendidos.

–Perdona si te he dado esa impresión. Me caes bien, y algo tendrás que me sirva. Aquí hay androides para llenar varias naves como la tuya. No lo

echarán en falta, te lo aseguro. Pero quizá tengas algo que aquí, tan lejos de la Tierra, yo no puedo conseguir.

Ella sonrió.

–No sabes cómo es mi nave.

–Bueno, he visto muchos mercantes. Lo que he dicho vale para cualquiera de ellos.

–Bien. Veamos...

Delia sacó el proyector holográfico.

–¿Lo puedo encender aquí? –preguntó–. No hay vigilancia, o...

–Puedes. No estamos haciendo nada ilegal.

–¿Puedes fumar gilen?

–¿Has traído gilen?

–En mi nave. Cuando cerremos el trato.

–Si he de volver a instalarle su mochila, antes de mañana no estará.

–Bien, mírate esto –dijo, encendiendo el proyector.

Una serie de artículos, algunos útiles y otros simplemente simpáticos, surgieron en forma de holograma y comenzaron a girar, dejando ver todo su contorno.

Por las sonrisas de Lachlan, ella supo que algo podría desear de aquello.

–Eso me gusta –dijo cuando surgió la imagen de una pequeña esfera mapamundi de la Tierra en relieve–. Y también el láser portátil. ¿Qué potencia tiene?

–Suficiente para fundir este acero –respondió ella dando un par de toques a la mesa.

–¿En serio?

–Del todo. ¿Algo más?

–Creo que me gustaría también ese surtido de latas de comida terrícola. Y

la botella de vino. ¿Es auténtico o sintético?

–Auténtico, de uva de verdad.

–Hace decenas de años que no pruebo un tinto en condiciones.

–¿El alcohol está permitido aquí? –preguntó sorprendida.

–Lo mismo que vender androides usados de la Federación.

–Ya. Dijiste que no habría problemas.

–No los habrá. Se permite reciclar el material. Existe una directiva que obliga a ofrecer capacidad defensiva a civiles que vuelen lejos de su Sistema Estelar. Creo que entras en esa categoría. También existe una directiva que permite al personal no militar beber alcohol de menos de un 18% en las horas libres, al menos una hora antes de entrar en el turno y solo un par de vasos. Ese vino, si es legítimo, tendrá un 13% o un 14%.

–15%, casi aciertas.

–Así que puedo beber vino tinto y comer comida terrícola envasada. ¿Es de buena calidad?

–La que les dan a los mineros en Ceres-1.

–Entonces será excelente, porque a esos sufridos los cuidan. Si no, nadie resistiría allí.

–Estoy de acuerdo. Yo salí lo más rápidamente que pude.

–Trato hecho, el androide es tuyo. Es un androide, no un robot. Eso quiere decir...

–Sabemos lo que quiere decir –intervino Azu, que había escuchado perpleja la conversación entre ambos.

–Claro, encanto. No hay más que hablar. Mañana sobre esta hora creo que lo tendré listo y cargado. ¿Recordaréis el camino?

–Por supuesto, 'encanto' –respondió Azu, un tanto molesta.

No le gustaba que trataran a sus semejantes como a trozos de metal o mercancía. Ni que los convirtieran en chatarra, por mucho que guardasen sus memorias para 'reencarnarlos'.

–Os mostraré las habitaciones para visitantes –se ofreció Lachlan.

–¿No tienes trabajo? –preguntó con ironía la ginoide.

–Siempre. Pero esto es muy grande. Os acompaño.

–Encanto, tengo los planos de la Base en mi memoria –repuso Azu.

Lachlan soltó una carcajada, esta vez a todo volumen.

–Vale, vale. Hasta mañana.

–Gracias, hasta mañana –saludó Delia.

Azu se limitó a mover una mano a modo de despedida.

Cuando se alejaron un tanto, Delia comentó:

–Prefiero pernoctar en la nave. Pero primero daremos una vuelta por aquí, ¿te parece?

–Claro, jefa.

La Base estaba llena de personal de la Armada Federal de todas las especies que formaban parte de ella. Predominaban los humanoides, aunque algunos guardaban escaso parecido con los terrícolas. Los había altos y esigados, con cráneos voluminosos, y también pequeños. Le llamó la atención un grupo de unas diez mujeres que medían aproximadamente un metro con algunos centímetros, de formas totalmente humanas y una gran belleza. Eran rubias y su uniforme era azul claro. Charlaban animadamente en algún idioma extraño.

Pero también había seres de rasgos fieros. Algunos parecían tener genética cercana a los reptiles, pero caminaban sobre dos pies y mantenían la postura erecta. Su uniforme era marrón rojizo, y todos llevaban armas al cinto.

El más extraño que vieron se desplazaba sobre tres apéndices y tenía cuatro 'brazos' y una cabeza bulbosa con varios círculos oscuros que supuso serían los ojos. Su boca parecía estar oculta por un pliegue en la parte baja del bulbo-cabeza. En realidad, parecía un pulpo uniformado,

solo que medía dos metros, al menos. Le produjo escalofríos.

Subieron al nivel superior, alejándose de las instalaciones propiamente militares, y descubrieron que tenía todo tipo de lujos y ambientes. Parecía un parque de atracciones. Había piscinas y gimnasios, cines sensoriales, teatros de tipo clásico y estudios de filmación, donde quien quisiera podía realizar su propia película en 3D y efectos sensoriales.

–Esto es muy aburrido –comentó Azu.

–¿En serio? Yo creo que es divertido. Seguro que hay algo para los androides. Además, tengo que comprar una pipa de gilen. No pienso compartir las babas de ese ingeniero.

–Prudente chica. Allá hay un economato –indicó la ginoide.

Se trataba de un local enorme, donde había casi de todo. Recorrieron los distintos pasillos, admirándose del tipo de productos que tenían allí. Finalmente, tuvieron que preguntar al antariano que regentaba el lugar. Tenía dos brazos y dos piernas, pero era grande y su rostro tenía cierta semejanza con las tortugas. Resultaba agradable, con un cierto aspecto de tortuga sabia. Les mostró dos tipos de pipa diferentes. Una de ellas estaba confeccionada con acero inoxidable.

–Me quedo esa. La podré desinfectar y volver a usar –comentó mirando a Azu, que iluminó sus ojos en color amarillo.

Luego miró detrás del antariano y señaló:

–Y quiero esa insignia de capitán de nave de curvatura.

El dependiente sacó la insignia de la vitrina que había tras el mostrador, en la pared, y se la entregó.

–Treinta créditos estándar.

–¿Y la pipa? –preguntó ella.

–Todo junto. Treinta créditos.

Era un buen precio. La palabra economato viene de económico, pensó

ella. Material más económico para las tropas y personal de la Armada.

Salieron y buscaron una escalera.

Subieron otro nivel, y Delia descubrió que el que abandonaban era el destinado a entretenimientos y el que había encima estaba dedicado a Ciencia y Tecnología. Azu se internó, alborozada, en un recinto donde los androides intercambiaban datos e información. Era el equivalente a una universidad.

Para un cerebro digital, internarse en un banco de datos casi ilimitado produce un placer comparable a tener sexo en un humano. Podían relacionarse con inteligencias similares y extender sus conocimientos.

Azu pasó cerca de una hora allí, conectada a una terminal, mientras Delia se aburría soberanamente. Se sentó frente a una consola y buceó por la Red, pero eso ya podía hacerlo en su nave. Echó de menos un botellín de skral o una pipa de gilen.

También hechó de menos los ojos azules de Lachlan, pero nunca lo hubiera confesado ante nadie. No podía apegarse a nadie, porque ella era una viajera espacial, y viajaba sola.

Se había acostumbrado a eso. Aventuras esporádicas sí que había tenido, con hombres y alguna mujer, pero luego la soledad era peor. No debía encariñarse .

–Venga, Azu. Volvamos a la nave.

Tuvo que darle un par de toquecitos en el hombro a su ginoide para que la escuchase.

–Vale, jefa. ¿O tengo que llamarte capitana? ¿No quieres ver el nivel superior? Hay templos y jardines zen, y ecosistemas exóticos.

–Bueno. Vamos. Y con jefa me conformo.

Azu rió, y sus ojos brillaron azules.

Decididamente, aquel nivel le gustó mucho más.

Pese a que se había criado en el mercante junto a su padre, no faltaron las paradas en parajes exóticos, y los jardines de la Base le recordaron tiempos más felices.

Pasearon por caminos llenos de vegetación y riachuelos. La atmósfera era más húmeda y oxigenada que en el resto de niveles, y allí campaban animalillos de toda clase.

En uno de los parques, más extenso que los demás, había un bosque pequeño en el que fluía un arroyo.

Delia iba a apartar una mata para seguir su paseo cuando se detuvo. De piedra en piedra, en el caudal de agua, una hilera de figuras avanzaban dando pequeños saltos. Eran hombres y mujeres de unos 50 cm de alto, muy bien formados, totalmente desnudos. Daban un salto con una pierna y con la otra después, y flotaban varios metros antes de volver a tocar las piedras, como si pudieran levitarse.

Saltaban coordinadamente, de forma que parecía alguna especie de baile. La perfección de sus formas físicas la aturdió levemente. Sin embargo, emanaban inocencia en aquel entorno natural.

Poco a poco se perdieron entre los árboles.

–Dijanis –comentó Azu.

–Ah. He oído hablar sobre ellos ¿Son personas?

–Depende. Son originarios del planeta Kal, y nunca han constituido una civilización tecnológica, pero viven felices en entornos naturales.

–¿Y qué hacen aquí?

–Cuidan de las plantas. Básicamente, eso es lo que les hace felices. En todas las colonias de pleyadianos o arturianos puedes encontrar dijanis ocupándose del entorno natural. La Federación Galáctica ha aprendido que son imprescindibles para mantener un ecosistema a largo plazo, sobre todo si el resto de los habitantes son gente tecnológica o militar.

–Son... ¡preciosos!

–No te engañes, solo presentan esa apariencia porque tú los estás mirando. Pueden mimetizarse totalmente con los seres pensantes de su alrededor.

–Increíble. Volvamos a la nave.

–Como digas, jefa.

Una vez allí, Delia separó lo que Lachlan le había indicado como precio por su androide y volvió al puente de pilotaje, donde Azu permanecía conectada y sentada en una de las butacas de asistencia.

–¿Crees que será inteligente? –preguntó la ginoide.

–¿El robot?

–No es un robot. Eso ha quedado claro. Es un androide. Pero ¿qué nivel tendrá?

–Es de combate. No esperes maravillas.

Azu pareció decepcionada.

–Espero que te equivoques.

Pasaron las horas. Delia contemplaba con su catalejo digital, por el ojo de buey, el inmenso círculo de la Base Cassiopeiae en la que permanecían atracadas.

No podía ver la porción que había bajo su mercante, pero sí el lejano resto, repleto de naves en su perímetro, con un tráfico constante de vehículos de la Armada Federal.

Por las ventanas de todo su perímetro se veía pequeñas figuras en movimiento. Podía ver todos los niveles. Mientras en el más exterior las figuras iban uniformadas y pasaban rápidamente ante los ojos de buey y los ventanales, en el nivel superior, más interior, podía ver seres mirando hacia el Universo, o incluso bailando en locales de iluminación coloreada y pulsante.

Más arriba, hacia el eje de la Estación, pudo contemplar un laboratorio, donde un ser esbelto parecía estar dando clase o dirigiendo alguna clase de demostración. Un poco más allá un aldebariano similar a un humano, pero de piel azul, estaba sentado en meditación ante una esfera que emanaba luminosidad. También pudo contemplar una sesión de entrenamiento de lucha estándar, el terrible arte marcial de la Federación.

La Galaxia es muy grande. A pesar de que los mundos habitados son innumerables, las distancias son enormes y la densidad de naves es muy

pequeña.

En esas condiciones, la piratería es relativamente segura. Es muy baja la probabilidad de toparse con una nave de la Federación fuera de las rutas principales. También es muy baja la probabilidad de toparse con una nave pirata.

Por eso, muchos mercantes se arriesgan a seguir rutas alternativas en busca de minerales o mercancías valiosas, o esperando encontrar fuera de las rutas principales clientes desabastecidos de los productos que han podido conseguir, que quizá en planetas más céntricos no tendrían tanta demanda.

Hanken el Kraan, originario de Orión, era el capitán de la nave pirata Astreya, un navío de combate de unos quinientos metros de largo por cien de ancho, y una tripulación de doscientos seres, a cual más fiero.

El mercante Eli FGX-315 estuvo a punto de pasar desapercibido, dado su pequeño tamaño. Pero tuvo mala suerte: Hanken el Kraan se aburría.

Delia no recordaba gran cosa. Un estruendo, gritos de su padre, mientras disparaba. Azu que la escondía en una de las chalupas de salvamento, oculta tras su nave por el eco en la pantalla del propio mercante, entre la chalupa y el navío pirata.

Hanken el Kraan tuvo lo que quería: una dosis de sangre inocente. Desvalijó la nave de su mercancía y siguió su camino, entre burlas y ocurrencias obscenas.

Azu la mantuvo a salvo a bordo de la chalupa hasta que el eco del navío de Hanken desapareció de la pantalla. Luego, con temor, volvieron a bordo.

La ginoide tapó los ojos de la niña y la encerró en la sala de visitas. Luego dio el último adiós a su amo y arrojó su cuerpo al vacío dentro de una bolsa fúnebre, en dirección a un sol rojo y grande.

Y se ocupó de ella, inculcando en su mente que ella era la jefa, y Azu solo una máquina. Pero la crió como si fuera su madre.

¿Pero qué crianza puede tener una niña de ocho años sola en una nave mercante al cuidado de una ginoide artificial?

Delia apagó la pipa y la dejó sobre un cenicero en la mesilla junto al sofá donde estaba estirada, y puso las manos tras su cabeza.

Azu asomó por la puerta tras llamar con los nudillos.

–¡Cena!

–Voy.

Solía comer y cenar en la zona de asistencia del puente de mando, tras los asientos de pilotaje, donde había cuatro butacas resistentes y una mesa redonda, y donde Azu podía enchufarse y dejar la bandeja.

Ahora mismo había en ella una ración de comida terrícola y una jarra de zumo vitamínico. Delia contempló el plato humeante y oloroso, y el pequeño pastel de querub, un dulce centauriano.

Haciendo un esfuerzo, cogió el tenedor y lo probó.

–¿Has escamoteado una ración a nuestro amigo ingeniero? –preguntó irónicamente.

–Hazle los honores. Lo suyo está ya empaquetado y listo. ¿Habrás que declararlo al desembarcar?

–Le invité a fumar. Que venga y lo recoja cuando traiga el androide.

–Bien pensado.

Tomó un bocado del guiso. Estaba delicioso.

–¿Nunca has pensado en establecerte, Azu?

La gionioide se coloreó de gris de sorpresa.

–¿Yo? Eres tú la que debería planteárselo. Te gusta el Espacio. ¿Qué tal vivir aquí? Hay Espacio para dar y tomar, pero hay personas... y seres de todo tipo.

–No me acostumbraría. Además, quiero alcanzar la zona marcada en la carta de Érgaton. Pero no quiero obligarte a seguirme –dijo bajando la mirada.

–Yo estoy bien aquí.

–Sé que recibiste una orden terminante de mi padre, pero yo te libero de ella. Ahora soy tu jefa. Eres libre del compromiso. Ya no soy una niña. Aquí hay androides de sobra, ya escuchaste al ingeniero.

–Sí, el que me despanzurrará para sacar mis memorias y aprovechar mis

circuitos. No, gracias.

Delia sonrió.

–Bueno, entonces seguiremos siendo mercaderes errantes.

–Eso parece.

Pasó la noche, aunque allí no había diferencia entre día y noche. El horizonte siempre era la Base Cassiopeiae.

Tras el desayuno, Delia propuso:

–Vayamos a la Base. Me apetece hacer gimnasia.

–Como gustes –dijo la ginoide.

El nivel de entretenimiento de la Estación Espacial poseía las instalaciones deportivas más completas. No en vano el 90% de su población estaba en una forma física superior a la media, y debían mantenerla así para cumplir con sus tareas.

Azu consultó su plano mental y encontró un gimnasio cercano a su puerto de atraque, así que ahí fueron.

Había vestido su ropa deportiva bajo la chaqueta de viaje, y el gimnasio contaba con taquillas apropiadas, así que dejó la chaqueta y se puso a entrenar. Azu, por su parte, buscó uno de los locales de intercambio digital, y quedaron en la cantina que ya conocían a una hora determinada.

Se sentía un tanto cohibida en su rincón del gimnasio, entre tantos seres de élite, elegidos de entre lo mejor de la Galaxia. Ella solía practicar en el hangar de carga de su nave a solas, o ayudada en ocasiones por Azu. Pero allí había atletas masculinos, femeninos y extraterrestres de físicos perfectos y cultivados. Trató de concentrarse en sus ejercicios y no mirar demasiado.

Cuando terminó su tabla fisgoneó un poco para aprender algo nuevo, pero pronto se sintió una aficionada. Fue hasta los cilindros higienizantes y se lavó con aire caliente y crema, hasta quedar perfumada y limpia como un

bebé.

Luego recogió su chaqueta de la taquilla y se dirigió hacia la cantina donde habían quedado Azu y ella.

La ginoide estaba en la puerta de la misma, sin entrar y firme como un palo. Ya estaba cargada, así que ¿qué podía hacer ella dentro de una cantina?

–Venga, vamos –dijo Delia.

El ingeniero australiano tardó una media hora en llegar, y la encontró bebiendo un zumo de frutas exóticas de algún planeta lejano. Eran tantos que ya renunciaba incluso a aprender sus nombres.

–Hola, chicas.

–Hola, encanto –respondió la ginoide con cierta ironía.

–Vale, ya basta, Azu. Vamos a llevarnos bien –ordenó Delia.

–No importa. Entiendo su punto de vista –dijo Lachlan.

–Dejemos el tema. ¿Está listo el androide?

–Como una seda.

–He pensado que si nos acompañas con él a bordo, te puedes volver con tu cargamento. Te invité a gilen, ¿recuerdas?

–Perfectamente. Me parece bien. Ahora tengo un par de horas. ¿Es buen momento?

–Un momento genial. Vamos –dijo sacando su tarjeta.

–No le cobres, Kon –dijo el australiano al camarero antariano.

Las acompañó al hangar donde trabajaba. Junto a los otros dos androides medio desmontados, tras la mesa grande, había uno encendido.

–Andy, te presento a Delia y Azu.

–Saludos –respondió el androide.

Tenía una voz grave de varón humano, pero un timbre sutilmente digital. Eso estaba pensado intencionadamente para mantener las distancias

humano-máquina.

–Delia va a ser tu nueva jefa.

–A sus órdenes, jefa.

–No tan deprisa –protestó Azu–. Primero debo verificar que esté operativo.

–¿Crees que os estoy timando?

Lachlan se había molestado. Por una vez perdió su eterna sonrisa despreocupada.

–No creo nada. Son negocios. Puro trámite –dijo Azu.

–Es una elemental medida de prudencia, nada personal –ratificó Delia.

Mientras, la ginoide se había estado comunicando con su semejante de metal a nivel de ultrafrecuencias.

–Por favor –Azu miró severamente al australiano–, ¿puedes ordenarle que diga la verdad?

–¿Eh?

–Vamos, debes saber igual que yo que los androides y robots militares no están obligados a decir la verdad si no se lo ordena un superior, para evitar traiciones involuntarias –hizo notar Azu.

Ahora Lachlan volvió a sonreír.

–Tienes razón. Andy –ordenó mirando al androide–, has de decir la verdad a Delia y Azu.

–Lo siento, señor Lachlan, pero ya no es mi jefe –repuso el androide.

Era cierto, le acababa de ordenar que obedeciese a Delia.

–Temo que tendrás que ordenárselo tú.

Delia miró admirada al androide.

–Andy, como tu jefa te ordeno que digas la verdad. ¿Estás totalmente operativo en todas tus armas?

–Afirmativo, jefa. Estoy operativo.

–He podido entrar en todos sus archivos. Los que no han sido borrados, claro. Está operativo –confirmó la ginoide.

–Venga, firma el certificado digital –solicitó Lachlan, y ella lo hizo.

–Eso hay que celebrarlo –exclamó Delia relajando el tenso clima–. Venga, vamos a echar unas pipas.

Salieron del taller los cuatro. Azu caminaba junto al androide de combate, tratando de averiguar hasta qué punto era inteligente mediante sus sondas de frecuencia.

–Delia, este tío me gusta –exclamó al poco.

–Me alegro.

Recorrieron los corredores hasta los muelles de atraque, atrayendo la curiosidad de algunos seres con los que se cruzaron, pero el uniforme de Lachlan y su acreditación sujeta al mismo evitaron preguntas inconvenientes.

Hasta que llegaron a la sección 53, muelle de atraque 226. Allí les detuvieron los vigilantes.

–¿Dónde vas con ese androide? –preguntó uno, con amabilidad pero en tono inflexible.

–En cumplimiento de la Directiva 3A de Seguridad Civil. Esta mujer humana necesita recursos defensivos. Ya perdió un robot de combate a causa de unos piratas. Este estaba para desguace. Yo soy el ingeniero destinado a ello, pero la mujer humana me pidió ayuda para conseguir medios defensivos. Está lejos de su Sector, como pueden ver –dijo de un tirón alargando sus documentos.

El oficial más veterano miró a Delia, a Azu y al androide Andy. Luego escaneó el disco con los documentos con su consola portátil.

Se entretuvo unos minutos averiguando la identidad e historial de la mujer humana.

Devolvió el disco digital al ingeniero.

–Todo en orden, puede embarcar.

–Gracias, oficiales.

Los dos vigilantes saludaron.

Los cuatro recorrieron el túnel de acceso. Delia accionó la compuerta mediante su llave y entraron.

–Bonita nave –dijo Lachlan.

–Puedes acomodarte en las butacas del puente.

–V oy a por sus provisiones –dijo Azu.

Delia fue a por el gilen y las pipas.

Lachlan dio un par de caladas a su pipa reluciente y luego revisó el gran lote que le trajo Azu metido en un saco de provisiones.

–Buen gilen –comentó, abriendo el saco y revolviendo dentro.

Sacó el láser portátil, un cilindro de unos treinta centímetros de largo y dos de diámetro.

–Ni se te ocurra probarlo aquí –dijo Delia. .

No voy a agujerear tu casco.

–No podrías. Pero me destrozarías el puente.

Examinó las latas de comida terrícola.

–Excelente. Estarán suculentas.

–Así es. He comido alguna.

Había dos botellas de vino tinto de uva natural protegidos en sus cajas. Las dejó en el saco y metió la mano.

–¡Aquí estás! –exclamó feliz como un niño, y sacó una esfera terráquea de unos diez centímetros en relieve. La apretó y la esfera lanzó el sonido de

una pequeña bocina.

–Le llaman antiestrés –explicó Delia.

–Lo sé. Mira, esto es Australia –dijo señalando una zona de la pelotita de goma.

Dejó el saco detrás de su butaca y lanzó una voluta de humo.

–¿Has probado el tabaco alguna vez? –preguntó el ingeniero.

–Ni se me ocurriría. Es dañino.

–Yo sí. La verdad, prefiero el gilen.

–¿Cuánto hace que estás fuera de la Tierra? –interrogó ella.

–Ya ni me acuerdo. Salí de cadete a los dieciocho. Serví en la Armada cuatro años en la Luna y me doctoré en ingeniería aeroespacial a los... veintidós. Treinta años.

–¿La echas de menos?

–Un poco, desde hace un par de años. Debe ser cosa de la edad. Pero no me adaptaría si volviera. ¿Qué haría, criar vacas?

–Habrá un cosmopuerto en Australia, digo yo. Seguro que un ingeniero como tú encontraría un puesto allí. Se construyen muchas naves en la Tierra.

Lachlan quedó pensativo, echando humo perfumado.

Azu y el nuevo androide permanecían conectados y los ojos de la ginoide estaban iluminados de azul claro.

Delia miró por el ventanal de la cabina desde su butaca junto al ingeniero. En el exterior, tras el inmenso círculo de la Estación Espacial, las estrellas giraban lentamente.

–Bueno, debo volver –dijo Lachlan.

Levantó el gran saco.

–Esto pesa.

–Azu, ¿podrías ayudarle a transportarlo? –solicitó Delia.

La ginoide soltó un sonido similar a un bufido electrónico.

–Si es necesario... –dijo.

–No importa, puedo llevarlo –dijo él cargandoselo a la espalda.

–No. Azu, ayúdale.

–Sí, jefa.

La ginoide aferró el saco con una sola mano y salió del puente.

–Gracias. Espero volver a verte –dijo el australiano.

–Nunca se sabe. Adiós.

–Adiós, que tengas suerte.

–Igual.

Azu y Lachlan salieron por el tubo de atraque y Delia se quedó sola en el puente de mando. Por un momento se imaginó criando vacas junto al australiano. De eso pasó a imaginarse haciendo la la cena y esperando a que él volviera del cosmopuerto. Sacudió la cabeza negativamente.

Prefería perseguir su sueño y ver lo que había al final de la carta de Érgaton.

Afuera, millones de millones de estrellas giraban lentamente.

Se levantó con rapidez, cogió su chaqueta de vuelo y la llave de la nave, y salió por el tubo de atraque.

Azu y el australinao no habían recorrido muchos metros aún. Quizá unos treinta. Les alcanzó trotando por el corredor.

–¡Os acompaño! –exclamó al llegar hasta ellos.

–Hola jefa. ¿He olvidado algo? –Era una frase retórica, pues el ginoide tenía memoria digital.

–Pensé que me gustaría despedirme tomando algo. ¿Qué dices, Lachlan?

El ingeniero sonrió, y sus azules ojos brillaron de alegría.

–Me encantaría.

Azu se cargó el saco al hombro, ahora que tenía más espacio para caminar.

–Vamos –dijo.

Acompañaron a Lachlan hasta el acceso a las dependencias personales, donde tuvieron que esperar frente a una cámara que seguramente les estaba observando. El australiano llevó el fardo hasta su habitáculo y volvió a salir en pocos minutos.

–¿Qué hay de esa bebida? –dijo en tono alegre.

Caminaron los tres hasta la cafetería más cercana. Resultó más tranquila que la otra. Allí pudieron sentarse a una mesa, aunque Azu permaneció en cuclillas, pues quizá pesaba demasiado para las sillas sintéticas. Era una postura habitual, y su anatomía estaba diseñada para que no le resultara chocante a sus acompañantes humanos. Simplemente, parecía reducir su tamaño doblando las rodillas y su cuerpo se encajaba, como esos transformers de las películas antiguas.

Allí la camarera resultó ser una mujer de metro setenta, que saludó a Lachlan con familiaridad.

Tenía los ojos rasgados y un cuerpo muy armonioso.

–Hola, Lach.

–Hola, Meztáli. Nos pondrás... yo quiero un vaso de dickson y pastel de querub. ¿Vosotras?

Azu soltó algo similar a una risa y negó con la mano.

–Yo lo mismo –pidió Delia–. Me encanta ese dulce de Alfa Centauri
–comentó cuando la camarera marchó a buscar su pedido.

–Y a mí.

–¿Es china o japonesa? –preguntó ella mirando en la dirección por donde había ido la camarera.

–No, no. Es de un planeta de Artuvia, Uru.

–Parece terrícola.

–Bueno, quizá algunos terrícolas se parecen a sus ancestros –comentó Lachlan, pero en seguida cambió de conversación–. ¿Y ahora qué piensas hacer?

Delia reflexionó un par de segundos.

–Tengo una carta de navegación. Esto es un secreto, ¿eh?

–Vale. Entendido.

–Una carta que lleva a un lugar de la Galaxia donde reina la abundancia. Hay óvalos de astato-411 en grandes cantidades, y un material que retiene la energía de los soles y la conserva operativa durante siglos. Se puede transportar y utilizar en cualquier parte. Y hay felicidad. Hay algo allí que hace que seas feliz. Los cuerpos humanos pueden experimentar las dimensiones extra sin equipo técnico y eso les concede unas capacidades sobrehumanas.

–Vaya, el paraíso –dijo él.

–Prácticamente.

Delia le miró durante unos segundos, con intensidad. Él lo captó.

–¿Intentas proponerme algo?

–Ven conmigo. Deja este lugar perdido entre el vacío y la nada. Vente. Eso te propongo.

Lachlan bebió un trago de su dickson, una especie de licor dulce sin alcohol.

Dejar todo lo que constituía su vida. Su trabajo, y sus amigos. Sus herramientas, sus androides, su deber.

–No sé, Delia. Lo que me propones supone romper con todo.

–¿Nunca has deseado romper con todo? ¿Volar libre por la Galaxia?

Los ojos azules del australiano se hundieron en los suyos.

–No, Delia.

–Piénsalo. Estaré todavía un día más aquí, hasta la noche de mañana a las cero horas.

Degustaron sus dulces y bebidas en silencio, mirándose a los ojos de vez en cuando. Azu se limitó a conectarse al ordenador de la Base y reunir datos.

Se despidieron, esta vez con un poco más de tristeza.

Esperaría un día entero. Luego se iría.

Volvieron a la nave.

Un lugar entre el Vacío y la Nada.

3

Zeta Reticuli

Delia permaneció encerrada en su habitáculo dos días enteros con su telescopio óptico-digital.

Se sentía el ser más solitario y abandonado de toda la Galaxia. De todo el Universo. De todos los Universos posibles.

Sería siempre una vagabunda en busca de una utopía imposible.

Había esperado. Esperanzada al principio y ansiosa conforme pasaban las horas, hasta que terminó el plazo que dio a Lachlan.

Después, ni un minuto más tarde, solicitó permiso para abandonar la Base Rho Cassiopeae. Tras un par de confirmaciones más, retiraron el puente de ataque y el mercante Eli FGX-315 se separó suavemente de la gran rueda giratoria pilotado por la hábil Azu.

–Te dejo al mando –dijo escuetamente y se encerró en su habitáculo.

Azu enseñó al androide Andy todo lo que debía saber sobre la nave y su protección. Le pasó la grabación del último ataque pirata, en el que perdieron al robot de combate.

Descubrió que Andy tenía un peculiar sentido del humor, y era agradable, además de medianamente inteligente. Y poseía unos archivos de memoria increíblemente amplios. Datos nuevos, aprender. Eso era sexy para Azu.

Finalmente Delia volvió al puente de mando y examinó la carta de Érgaton. Faltaban unos cuantos parsecs para el siguiente pliegue dimensional.

Así pasó otra semana.

La alarma de emergencias comenzó a plañir lastimeramente en todo el ámbito de la nave.

Delia soltó el video-libro, lanzándolo sobre la mesilla y salió a toda velocidad hacia el puente.

En la cabina, Azu ya estaba sentada en la butaca de copiloto. Andy permanecía en la zona de asistencia, detrás de Azu, y ella se sentó en la del piloto.

–¿Qué sucede? –preguntó mientras apagaba la alerta y trataba de descifrar la pantalla de navegación.

–Reticulinos –respondió la ginoide señalando un eco en el radar de ondas.

Delia maldijo en silencio con las mandíbulas apretadas. Aquellos seres mutantes se dedicaban a robar tejido orgánico, sin importarles a quién perteneciera. Y realizaban todo tipo de experimentos genéticos tratando de detener su inexorable deterioro evolutivo.

–Esos hijos del infierno me harán parir un humanoide gris y cabezón
–dijo, intentando usar su sentido del humor, pero sonó bastante tétrico.

–Tal vez solo quieran usarte de juguete sexual –comentó Andy, intentando tranquilizarla.

La jefa miró a su ginoide.

–¿Esas cosas le enseñas?

–No es necesario. La Red está llena de porno.

–Luego me ocuparé de eso. Andy, es tu primera misión. Procura salir entero.

–Sí, jefa –dijo el androide dirigiéndose a la sala de torpedos.

Delia encañonó la nave reticulina en el visor de todas las armas. Azu hizo lo propio.

La nave reticulina viajaba rápidamente hacia ellos.

Entonces sonó la extraña voz por el comunicador:

–No disparen. Estamos sin control. Nos acojemos al Tratado de los Mundos.

Ese tratado había sido firmado por la Federación desde mucho antes de que sus antepasados salieran de la Tierra.

–Zeta Reticuli no ha firmado ese tratado –dijo. Eso lo sabía toda la Galaxia.

–No somos reticulinos. Huímos de ellos. Somos híbridos.

–¿Cómo sé yo que no es una trampa? –preguntó, un tanto inocentemente.

–Apagaremos toda la energía. Puedes detectar eso, ¿verdad?

–Sí.

Sin energía estaban a merced de cualquiera, el equivalente a tirar las armas al suelo.

Efectivamente, la nave reticulina quedó sin suministro, aunque seguía avanzando rápidamente.

Azu chequeó su radiación para prevenir una argucia.

–Cero, jefa. Tan solo lo necesario para el soporte vital.

Ese remanente no podía usarse para combate.

–De acuerdo, híbridos. ¿Qué quieren?

–Huíamos a la Base TKL-6574, pero nuestros motores han sido dañados. No podemos maniobrar la nave ni detenerla. Necesitamos ayuda.

Delia miró a su copiloto.

–¿Y yo qué sé? Puede que sea cierto –dijo.

–Permiso para abordar su nave –pidió Delia.

–Permiso concedido –y la voz sonó aliviada.

–¿Vas a ir allí? –preguntó Azu sorprendida.

–No, que vaya el nuevo –dijo, y luego usó el comunicador interno–. Andy, sal ahí fuera y aborda la nave reticulina PACÍFICAMENTE. No son grises, son híbridos. Confirma.

–Recibido, abordaje pacífico.

–Eso es. Buen chico. Envía imágenes.

Algunos zeta-reticulinos podían modificar su apariencia, pero un androide artificial no podía ser engañado.

Cuando la nave llegó a su altura con la energía pagada, Delia igualó sus velocidades, y parecieron quedar detenidas en el vacío, a pesar de estarse moviendo a toda velocidad.

Andy pasó ante el ventanal de la cabina a una cierta distancia. Delia se aproximó con precaución.

Tomaría algunos segundos encenderla y atacarles, si era una trampa. Eso le permitiría usar un salto de curvatura momentáneo y alejarse lo suficiente. Lo tenía todo preparado.

Les llegaron las imágenes de un casco metálico. Andy alcanzó la compuerta de abordaje y vieron su mano metálica cubierta de silicona flexible sujetándose. Se abrió la compuerta y penetró en el hangar de carga.

Se guiaba mediante su proyector de luz, cubriendo las imágenes de sombras amenazantes.

Entonces vieron al ser, con las manos alzadas. Iba vestido con un mono brillante, que estaba desgarrado en algunos lugares. Tras él apareció otro, y otros dos. También tres hembras.

Todos tenían cráneos voluminosos, y ojos grandes y oscuros, pero rasgos humanos. Su talla era mucho mayor que la de los reticulinos.

Su voz llegó a través del androide:

–Ayuda. Ayuda.

Delia miró a Azu.

–¿Qué piensas?

–Mejor que revise la nave.

–Eso pensé. Andy, revisa la nave. No queremos grises escondidos.

–Recibido, jefa. Usaré mis detectores. ¡Soy un federal! –dijo.

–Esos androides de la Federación tienen un equipo más sofisticado que el resto –explicó Azu, que había buceado en el sistema interno de su compañero.

–Tanto mejor.

Durante una hora el androide inspeccionó a fondo la nave reticulina.

–¿De dónde vienen? –preguntó Delia usando el transmisor del androide.

–Huíamos de nuestros amos, cuando se estropearon los motores.

Delia soltó una exclamación malsonante. Tenía que haberlo preguntado al principio.

–¡Vienen detrás de ellos! ¡Andy, vuelve de inmediato!

–Recibido.

–¿Qué hacemos con ellos? –preguntó Azu.

La jefa dio una palmada sobre el tablero.

–¡Andy! Sujeta el túnel de abordaje a nuestra escotilla cuando subas. Diles que entren... Un momento, un momento ¿en su nave la atmósfera era respirable?

–Analizada y óptima –respondió el androide.

–Muy bien, que entren.

–Recibido, jefa. Que entren.

–Eso es.

La piloto maniobró para acercarse a la nave reticulina. Al poco el túnel quedó sujeto y presurizado.

–Azu, coge un arma y ve al hangar. Hemos de ser prudentes.

–Vale.

Los zeta-reticuli venían tras sus fugados. Serían varias naves. Su pulso se aceleró. No quería ni pensar en lo que podía pasar si caían en sus manos.

Podía enfrentarse a una sola nave, pero no a varias. Esos reticulinos eran endiabladamente hábiles y tecnificados.

–Jefa, todos a bordo. Listos para separar el túnel.

–Recibido. Procede, Azu.

Al poco las dos naves quedaron independizadas una de la otra. Delia apartó su mercante con cuidado, pero sin pausa, y giró su nave.

–Andy, quédate con ellos, y no bajes la guardia. Azu, vuelve.

–Aquí estoy, jefa –dijo entrando al puente y tomando su lugar de copiloto.
.

–Bien. Andy, que todos se sujeten, y tú también.

–Pero un salto no tiene inercia –protestó el androide.

–No, si todo va bien... –respondió ella.

–¡Qué patrona más concienzuda! –exclamó Andy por el intercomunicador.

Tras el ventanal las estrellas dejaron paso a una tenue luminosidad y luego a una oscuridad total.

A los poco minutos, un estallido de luz iluminó el exterior, y las estrellas volvieron a brillar.

–Eso nos dará un poco de ventaja.

–En un salto no se nos puede detectar. Tendrán que buscar en una esfera de cuatro años-luz a la redonda, y eso es mucho espacio –comentó Azu.

–No quiero dejar nada al azar.

Pulsó una llamada de auxilio federal automática. Se trataba de una baliza que estaría llamando a naves de la Federación en todas las ondas y frecuencias.

–Volvemos a la Base.

–Bien, jefa.

"Todo navegante estelar tiene obligación de prestar refugio y ayuda a cualquier ser inteligente que se encuentre en peligro o a la deriva en el Espacio, siempre que se trate de seres pacíficos que no pongan en peligro ni la nave ni a su tripulación". Artículo 10 del Tratado de los Mundos, firmado en el planeta Ladlas de Sylim (Electra).

Delia se levantó de su asiento y se ciñó el arma corta.

En el hangar, Andy todavía custodiaba a los híbridos.

En persona le impresionaron. Eran más altos que ella, de largos brazos y piernas, y cuerpos delgados, recubiertos con esa tela de apariencia metálica y flexible. Sus cabezas prominentes con sus ojos oscuros y rasgos humanos ofrecían expresiones desamparadas e inofensivas.

Había siete. Se mantenían en un rincón, atemorizados por el aspecto del androide de combate.

Se inclinaron cuando ella entró. Le hizo sentirse incómoda.

–¿Habláis lengua estándar? –preguntó.

–Sí –dijo uno de ellos.

–¿Qué ha pasado?

–Éramos trasladados en esa nave. Nos rebelamos.

–¿Vosotros? ¿Cuántos reticulinos había?

–Seis. Pero dos salieron para una reparación. Entonces nos rebelamos.

El híbrido bajó la vista avergonzado.

–Yo tenía las herramientas en la mano, y estaba cerca de los mandos. Puse los motores en marcha inesperadamente y lancé herramientas a mis iguales. Los zeta no tuvieron tiempo de reaccionar.

–¿Los matasteis?

–No. Les golpeamos y los arrojamos a la chalupa. Los dejamos allí. Su escuadrón nos persiguió. Pero nos escabullimos por un pliegue dimensional. Salimos donde nos encontrasteis, y los motores fallaron del todo.

–Y ahora nos vienen siguiendo. Genial. ¿Eso cuándo fue?

–Hace tres días.

–¿Cuántas naves son?

–Diez.

Delia tuvo que esforzarse para no soltar una fea exclamación. Al fin y al cabo, aquellos híbridos no tenían la culpa de que ella se hubiera parado a ayudarles.

¡Diez! No tenían ninguna opción frente a eso. Solo correr.

–El androide no os hará daño si no le dais motivos. Andy, quédate y vigila. Que se pongan cómodos, nos espera un largo trayecto.

–Afirmativo, jefa.

Azu buscó sacos de semillas y de telas donde pudieran recostarse, y unas cajas para sentarse.

La piloto volvió al puente de mando.

–La cosa está jodida –comentó a su ginoide–. Eli, ¿hay contestación a la

llamada de auxilio?

–Ninguna.

Habían navegado una semana desde que dejaron la Base Cassiopeiae. Forzando la marcha podían reducirla a cinco días. Las naves de Zeta Reticuli eran rápidas y les perseguían desde hacía tres días, pero no contaban con tecnología dimensional avanzada. Podían entrar en los pliegues como cualquier otra, pero no cambiar por sí mismas de dimensión. Eso solo lo tenía la Federación...

Y su nave. Su padre se hizo instalar en la gran Estación Orbital de la estrella de Barnard el moderno motor hiperfase de plasma de quarks que permitía el vuelo dimensional.

La Federación se había ocupado de que los zeta reticulines no tuvieran acceso a esa tecnología.

–Tenemos que dar un salto dimensional. Eli, busca un recorrido adecuado en dirección a la Base Rho Cassiopeiae.

–Cumplimentando.

Eso podría acortar el trayecto.

La sirena de alarma se disparó repentinamente.

–Naves de Zeta Reticuli –avisó Eli.

Habían llegado antes de lo esperado.

Diez naves oscuras se situaron rodeándoles, y redujeron la velocidad. Parecía que estuviesen parados en el vacío.

Una voz metálica surgió por el comunicador:

–Nave humana. Devuelve lo que es nuestro.

–No sé a qué te refieres.

–Los híbridos son nuestros hijos e hijas. Nos pertenecen. Los hemos hecho. Son nuestros.

–*"Es costumbre que cuando invadas mi espacio me pidas permiso"*
–recitó, citando el Convenio Estelar–. Permiso denegado. Somos una nave de la Federación. Cualquier daño que suframos será castigado.

–*No nave de la Federación. Un triste mercante. Débil mercante. Débiles humanos. Ríndete y devuelve lo que nos pertenece. O lucha.*

Delia se planteó acceder a la petición. Aquellos híbridos eran, realmente, la progenie de los zeta.

Pero no parecían muy contentos con serlo. Y ahora estaban bajo su protección según la Ley Estelar y el Tratado de los Mundos.

–Eso sería ilegal –dijo, tratando de ganar tiempo. Pero, ¿tiempo para qué? Estaban rodeados, y aquellos reticulinos no estaban de broma.

–*Devuelve. O lucha.* –La voz siniestra que emanaba del comunicador le causaba terror. Si caían en sus manos, nadie podía saber lo que les podía suceder.

–*Jefa, los híbridos están aterrorizados* –avisó Andy por el intercomunicador.

–Y yo. Tranquilízalos... si puedes.

Entonces pasó una de esas cosas que nunca hubiera imaginado, pero que hacían del Universo un lugar maravilloso.

La carta de Érgaton se encendió en el panel, y el holograma surgió luminoso. La pantalla mostró un aviso en grandes letras lingua:

"Inminente contacto".

Azu y ella se miraron.

¿Inminente contacto? ¿Qué significaba eso en la carta de navegación? Entonces un resplandor comenzó a formarse tras los zeta, que mantenían a su mercante rodeado.

–¿Qué...?

El comunicador comenzó a reproducir unos extraños chasquidos y

gruñidos.

–Es lenguaje Zeta, pero no viene de sus naves, sino de la luz –explicó Azu.

Al poco, el cerco de las naves reticulinas se abrió un poco, y una exclamación aterradora formada por esos gruñidos sonó. Luego, una tras otra, las naves oscuras aceleraron, marchándose en formación de hilera, una tras otra.

Se quedaron solos ante la luz.

El holograma de la carta de Érgaton pulsó interminentemente, al mismo ritmo que unas palabras surgieron por el comunicador:

–Quien busca la paz persigue la felicidad. Aquí nave Ackwa de Lyra. Has actuado noblemente, hija del Universo. Tienes nuestra carta y tienes nuestra ayuda. Sigue tu camino, y nos encontrarás.

La luminosidad formó la silueta de una enorme nave de formas armoniosas y exóticas, un gran crucero hecho de luz.

–¿Lyra? ¿No se habían extinguido? –preguntó mirando a Azu.

La ginoide se encogió de hombros.

–Es lo que dicen los archivos.

Tan repentinamente como había aparecido, se desvaneció como si nunca hubiera estado.

Azu interrogó con la mirada.

–A la Base Cassiopeiae. Tenemos que dejar a los híbridos en algún lugar –contestó Delia a su muda pregunta.

–Voy a comprobar los motores –dijo la ginoide.

–Bien pensado. No queremos que nos fallen, ¿verdad?

Cuando se quedó sola en la cabina, sintió una emoción tan grande que se

le humedecieron los ojos.

No estaban solos. Algo grande estaba allí, en un segundo plano, en un Universo más amplio.

Los híbridos se hacían llamar a sí mismos los Atule. Permanecieron en el hangar durante un par de horas, mientras Delia trataba de saber cómo pasarían la semana que faltaba hasta poder dejarles en la Base.

Había un baño en el hangar, con retrete y una ducha con cilindro. Estaba allí en previsión de que alguien tuviera que limpiarse de polvo radiactivo u otras lindezas espaciales. No era mucho, pero solo eran siete.

La bodega contenía unos sacos de dormir hinchables y Azu los instaló por todo el hangar de carga y todavía sobró sitio.

Los atule eran silenciosos y temerosos, pero afectuosos entre ellos. La miraron con sus grandes ojos oscuros y se inclinaron cuando ella entró en el lugar.

–No, no. Nada de reverencias.

Uno de los híbridos atule, de alta estatura y gestos solemnes le habló, y tenía una voz grave y dulce:

–Es tradición en nuestra cultura mostrar respeto a quien nos ha ayudado. No es sumisión, sino afecto.

–Ah... Gracias.

–Podrías haberte puesto a salvo dejándonos allí –continuó el atule.

–La Ley me obligaba a salvaros. Nada personal, no temas.

–Nadie lo hubiera sabido. Actuar correctamente cuando nadie mira es ser honesto. Gracias, mujer terrícola.

–Vale, de nada.

Fue hacia la salida, donde Andy montaba guardia.

–Por si acaso, no les dejes solos –ordenó a media voz al androide.

–Afirmativo, jefa. ¿Qué hago con las armas requisadas en la nave

reticulina?

–¿Armas?

–Armas de los zeta.

–Enséñamelas –exigió.

El androide las sacó de debajo de uno de los sacos de semillas. Seis armas cortas con la empuñadura en forma de asa en el mismo eje longitudinal, que se podía sujetar con la mano en su postura natural. También había dos armas largas, similares pero con cañón largo y una culata de unos 50 centímetros.

Ella probó a sujetar una de las cortas.

–Vaya, es cómoda. ¿Tienes datos sobre ellas?

–Afirmativo, son emisores de pulsos radiantes de muy alta frecuencia. Poderosos. Pueden derribar un muro de piedra o aniquilar a un mamífero, o a casi cualquier otra especie conocida.

–Mejor no la pruebo aquí dentro.

–Mejor no.

–Otra cosa, Andy. A partir de ahora, cuando estemos hablando cara a cara en lugar de *afirmativo* dirás *sí*, ¿vale?

–Sí, jefa.

–Buen chico. Lo dicho: no les quites el ojo de encima.

–Entendido.

Delia sujetó todas las armas por su culata con un cabo que cogió de un rincón de la bodega y salió con ellas al hombro. Luego las colocó en un compartimento de seguridad en la zona de asistencia del puente de mando, en la cabina de pilotaje.

–Eli, ¿podemos abreviar este viaje a la Base Rho Cassiopeiae?

–*Un poco. Puedo dar un par de saltos breves de poco alcance en zonas seguras. Eso lo dejaría en dos días y tres horas.*

–Genial, hazlo.

–*Procedo.*

–Supervísalo, Azu.

–Vale.

Mientras la nave se aprestaba a cumplir sus órdenes empezó a escuchar algo similar a cánticos.

Volvió al hangar, dejando a Azu a los mandos.

Los atule habían formado un círculo y se habían tomado con las manos sobre los antebrazos de los demás, y estaban cantando.

Eran palabras dulces en un idioma que ella desconocía, pero que le era extrañamente familiar.

Se acercó a Andy, que se había puesto en cuclillas, y parecía tener un metro de altura.

–¿Entiendes lo que dicen? –preguntó.

–Por supuesto. Hablan lengua *zetanglish*. Están cantando la historia de su linaje. Cómo sus ancestros fueron raptados por los reticulinos en un lugar llamado Cansas y sometidos a experimentos, y cómo surgió el linaje híbrido.

–¿Kansas?

–Eso dicen: Cansas.

–Kansas está en la Tierra.

–Oh, claro. El *zetanglish* es una mezcla entre el reticulino y el inglés. Los gruñidos han sido transformados en palabras onomatopéyicas y la gramática es inglesa. Se conocen híbridos de todas las partes de la Tierra. Hay zetañol, que es mezcla entre reticulino y español, y también está la variedad zetuso, que es mezcla entre reticulino y ruso.

Delia se emocionó escuchando a aquellos seres cantar con voces suaves una melodía que contaba la desdicha de su linaje.

–Pero ahora son libres –exclamó, y dando media vuelta volvió al puente.

–¿Alguna respuesta a la llamada de auxilio? –preguntó al ordenador.

–*Todavía nada.*

–¿Algún reticulino en el radar?

–No.

–Tanto mejor.

–Tres minutos para el salto –anunció Azu.

Delia la miró.

–¿Tú sabías que soy medio hermana de esos híbridos?

–Pues... sí.

–¿Todos los híbridos de los zeta son medio terrícolas? –preguntó.

–No, los hay de todas las especies orgánicas inteligentes de la Galaxia.

–Parece que los grises han estado muy atareados.

–Para ellos es la motivación de su vida. Desde hace generaciones solo viven para encontrar una solución a su decadencia genética, pero por el momento la única que se les ocurre es raptar seres de otros mundos y cruzarse.

El temporizador iba pasando los dígitos en la pantalla.

Dos minutos... Un minuto... Medio minuto...

–Alerta de salto. Que todos se sujeten –avisó por el micrófono de a bordo.

Todo salió bien, y nadie notó ningún cambio. Ni aceleración, ni inercia, ni un simple temblor en la nave. El único fue que las estrellas dejaron paso a una luminosidad y luego a la oscuridad total afuera.

Al poco, las estrellas volvieron a aparecer.

–*Veintitrés horas para el siguiente salto* –anunció Eli.

–Bien.

Delia sentía una especie de atracción hacia los híbridos, con sus gráciles formas estilizadas y armoniosas. Les encontraba un encanto exótico, con sus brazos demasiado largos y sus tórax amplios en unos cuerpos delgados.

Las cabezas grandes de facciones delicadas y sensibles, con unos ojos oscuros tres veces o cuatro más grandes que los humanos, transmitían unas expresiones sinceras y discretas.

Sus hembras, tan distintas de las humanas, tenían, no obstante, un extraño encanto. No importaba que no tuvieran pelo, o que sus pechos fueran diminutos y picudos. Sus gestos y sus cuerpos estaban llenos de delicadeza y feminidad.

Delia pensó que las hembras habían acaparado el 50% de humanidad que había en ellos, pero luego se dijo que era injusta: los varones también tenían cierta majestuosidad.

Les encontraba un cierto talante místico. Su historia desgraciada no hacía sino aumentar su magnetismo.

Durante las horas a velocidad de crucero se sentaban sobre los sacos y las cajas y el mayor de ellos narraba las tradiciones.

Andy escuchaba atentamente.

Y, en ocasiones, también ella.

La narración de aquella tarde había terminado, y Delia se levantó de la caja donde se había sentado para volver al puente con Azu. El híbrido se había separado del círculo de los suyos y estaba en pie estudiando la estructura del hangar.

–¿Te interesan las naves? –preguntó ella, por entablar alguna conversación.

–Me fascinan. He trabajado siempre en los cosmódromos de los zeta, pero nunca había subido a una nave hasta que decidieron trasladarnos.

La voz del híbrido era dulce, pero tenía un matiz poderoso.

–¿Cómo te llamas?

–Xenón.

–Eso es un elemento químico.

–Lo sé, capitana.

–Si no habías subido nunca a una nave ¿cómo supiste accionar los mandos y luego guiarla para escapar?

–Estudí su funcionamiento cuando ellos las manejaban.

–Igual que estás estudiando esta. ¿No pretenderás robarla, verdad?

–Capitana, los míos y yo tenemos una deuda de gratitud contigo. Eso es sagrado para los Atule. Nunca le causaríamos ningún daño.

Su expresión parecía sincera, pero ella estaba acostumbrada a no fiarse excesivamente de los demás.

–Espero que sea verdad. Bueno, vuelvo al puente. Hasta luego, Xenón.

El atule se inclinó levemente con respeto.

Azu estaba a los mandos.

–¿Es cierto que los atule consideran sagradas las deudas de gratitud? –le preguntó.

Le costó décimas de segundo informarse en los bancos de memoria.

–Sí, jefa. Es cierto. Los atule han construido una cultura basada en unos pocos principios sólidos, y la gratitud es uno de ellos. Son esclavos, científicos y filósofos. Para mantener vivo el recuerdo de su mitad del planeta que sea frente a los reticulinos se aferran a esos principios.

–Entiendo. ¿Dices que son científicos?

–De los zeta reticuli han heredado una elevada inteligencia, y mucha destreza técnica.

–Interesante. ¿Alguna respuesta a la llamada de auxilio?

–La nave de exploración Karelia-387 ha puesto trayectoria de encuentro con nosotras. Nos escoltará hasta la Base Cassiopeiae. Llegará en unas horas –informó Eli.

–Gran noticia.

–*¿Anulo el siguiente salto?*

–Al menos hasta que hablemos con ellos, sí.

Volvió al hangar y fue hacia el androide de combate.

–Andy, puedes volver con Azu. Creo que esto está controlado.

–Sí, capitana. ¿Eres capitana de verdad? –preguntó el androide, que había escuchado al atule.

–Según se mire. Tengo una nave, pero la Federación nunca me ha nombrado. Patrona sería más adecuado.

–Capitana suena mejor –repuso Andy.

–A fin de cuentas es lo mismo, ¿no?

–Del todo, capitana.

Delia sonrió. "*Capitana Zair*". Sí, sonaba bien.

El androide marchó al puente, y ella observó a Xenón. Ahora charlaba animadamente con los suyos en su idioma, mezcla de zeta e inglés. Se acercó.

–Hola... He venido para anunciarles que una nave de la Federación estará aquí en pocas horas, y seguramente podrán subirse a ella.

Los atule se alborozaron.

–Gracias, capitana –dijo Xenón.

–¿Vienes un momento conmigo? –le preguntó ella.

El atule se apartó de los demás y Delia se dirigió hacia el puente de mando. Xenón la siguió.

–¿Sucedde algo malo, capitana?

–No, tranquilo. Quería enseñarte la nave antes de que os marchéis.

–Es muy amable por tu parte.

Cuando llegaron a la cabina de pilotaje el atule la examinó concienzudamente.

–¿Nunca habías visto antes una de este tipo? –preguntó ella.

–Claro que no.

–¿Podrías adivinar para qué sirven los controles?

Xenón la miró con curiosidad un segundo, pero luego se aplicó a cumplir su petición.

–Eso es sin duda la potencia. Aquel control regula el micrófono y altavoces. La pantalla, con las funciones de a bordo... Los indicadores de constantes... La carta de navegación... Los controles manuales de todas las funciones en ese recuadro...

–No está mal, para no haberla visto nunca. ¿Te gustaría viajar con nosotros? –propuso.

Xenón se había quedado mirándola.

–¿Viajar?

–Como miembro de la tripulación. Algo así como un oficial científico. Azu dice que sois buenos en eso.

El atule no podía creerlo.

–Cuando trabajaba como esclavo de los reticulinos en su cosmopuerto, siempre soñaba con escapar en una nave y volar por el Universo.

Sus ojos se humedecieron de pronto. Y como eran tan grandes, la imagen emocionó a Delia.

–Pero quizá quieras permanecer con los tuyos. Aquí no habría más atule

–advirtió.

–Lo sé. Debo pensarlo –dijo.

–Por supuesto. Estaré por aquí si quieres hablar.

–Bien.

En lugar de irse, Xenón se quedó examinando todo el puente de mando y la zona de asistencia, donde Andy permanecía silencioso.

Al cabo de unos minutos el atule volvió al hangar.

–¿Qué crees? ¿Aceptará? –le preguntó a su ginoide.

Se encogió de hombros.

–No sabemos si tiene pareja.

Delia soltó una exclamación y se tapó la boca.

–Ni lo había pensado. ¡Qué fallo!

El tiempo pasó lentamente. De pronto, Eli lanzó una llamada de atención:

–Nave aproximándose. Es la nave de la Federación con indicativo Karelia-387.

–Ya están aquí.

Delia abrió el comunicador:

–Nave Karelia-387, aquí mercante Eli FGX-315. Tenemos híbridos humano-reticulinos a bordo.

La voz femenina salió por el aparato:

–¿Híbridos? Repita.

–Afirmativo. Híbridos fugados de Zeta Reticuli. Están siendo perseguidos por los zeta. ¿Pueden hacerse cargo de ellos? Me dirigía hacia la Base Rho Cassiopeiae para liberarlos, pero ya que están ustedes aquí...

–Afirmativo. Permiso para abordarles.

–Permiso concedido. Extendemos túnel.

–No es necesario. Tenemos uno más amplio –Delia juraría que escuchó reír en segundo plano.

Aquella prepotencia federal...

Efectivamente, pudo ver por el ventanal cómo una gran nave reluciente extendía un enorme puente de abordaje, dotado de fijaciones de presión. Era imposible fallar la escotilla con eso. Se escuchó un leve rumor cuando el túnel de Karelia-387 se fijó a las paredes de la nave.

–Túnel presurizado. Entramos –dijo la voz.

–Andy, ven conmigo –ordenó ella.

Fueron al hangar.

–Ya lo habéis escuchado: la nave de la Federación ha llegado. Se harán cargo de vosotros.

Todo el perímetro de la compuerta de acceso de personal se iluminó en verde, indicando que había una presión normal afuera.

–Andy, abre la escotilla.

–Sí, capitana.

Una mujer uniformada, rubia y alta, entró por la misma, seguida de cuatro oficiales de piel azul de la estrella Mirac, de la constelación de Andrómeda. Todos llevaban armas cortas en el cinto.

–Comandante Lyry y oficiales de escolta–dijo la rubia.

–Delia Zair, propietaria del mercante –respondió ella.

La comandante echó una ojeada a los atules.

–¿Los híbridos? –preguntó, pese a que era evidente.

–Correcto. Desarmaron a los reticulinos y escaparon, pero su motor se averió. Diez naves reticulinas les persiguieron, y nos amenazaron.

–¿Y lucharon?

–No fue necesario. Desistieron.

–¿Los reticulinos desistieron de una presa? –La rubia sonrió incrédula–. Sería la primera vez.

–Bueno, si se hacen cargo de ellos, yo...

–Estamos dentro del límite previsto por el Tratado de los Mundos para que usted misma ofrezca un informe –soltó la comandante con tono firme–. Podemos alojar a los híbridos, pero su nave tendrá que seguirnos... y ni piense en escapar, ¿estamos?

Delia no podía hacer otra cosa que consentir.

–Le seguimos.

–Pues venga, los híbridos que se preparen. Dentro de unos minutos nos vamos.

Los atule realmente no tenían nada que recoger ni en qué prepararse. Algunos visitaron el baño.

Xenón se dirigió a ella:

–Capitana, ¿puedo hacer el trayecto en esta nave?

–Por supuesto. No creo que haya inconveniente. Yo me alegraría –dijo.

Consultó con la rubia uniformada, que le echó a Xenón un vistazo, y volvió.

–Puedes venir conmigo. ¿Has pensado en mi oferta?

–Mucho. Es una decisión difícil.

–Lo imagino. ¿Estás casado?

–No tengo familia. Pero dejar a los míos... Los atule somos fuertemente gregarios.

–Bueno, tendrás un día más para pensarlo.

Xenón sonrió.

Poco después, los federales y los atule marcharon por el túnel de abordaje (en este caso de desembarco) y Xenón y Delia volvieron al puente.

En lugar de sentarse junto a Azu, Delia indicó el asiento de pilotaje al atule.

–Puedes experimentar lo que se siente siendo el piloto. Vamos, venga.

Por suerte Xenón tenía los brazos largos, así que pudo llegar a los controles, pues el asiento no estaba regulado para su estatura. Pero solo los rozó, sin atreverse a tocarlos.

–El asiento es regulable –indicó–. Azu, ¿crees que podemos dejarle pilotar?

La ginoide soltó una risa sintética.

–Estaré pendiente –dijo.

–Bien, ya sabes lo básico. Puedes coger el timón y ponerte bajo la nave federal.

Xenón tragó saliva por su largo cuello de nuez prominente y aferró la barra del timón.

–Si has de retroceder...

–Los retropropulsores. Lo sé –dijo él.

–Son automáticos si retrocedes esa otra barra hacia ti –avisó ella señalando la palanca de dirección que estaba junto a la barra.

El mercante fue quedando hacia la parte posterior de la federal. Lentamente, el atule lo hizo derivar hacia la panza de la otra.

–*El híbrido tiene manos de terciopelo* –comentó Eli en tono jocoso.

–La nave se ocupará de lo rutinario, ¿verdad, Eli? Ahora es cuestión de seguirles. Horas de tediosa rutina. Ven, te enseñaré el resto.

Azu suspiró. Había temido que una maniobra extraña alertase a la gran nave de la Federación. Eso solo traería problemas.

Delia mostró a su huésped la zona de motores, y comprobó con satisfacción que Xenón tenía amplios conocimientos de ingeniería astronáutica y medios de propulsión.

También le enseñó los dos habitáculos libres.

–Este era de mi padre. Tú podrías ocupar el otro... si te decides –dijo.

La cama era demasiado corta para su estatura, pero el habitáculo en sí tenía espacio para ampliarla.

Las dos naves se deslizaron a velocidad de crucero a través de los parsecs que les separaban de su próxima parada.

Delia le llevó a la cámara de visitas. Había dos sofás y una butaca reforzada junto a una mesilla y en las paredes había armarios disimulados. También una caja de seguridad con clave. Un par de ojos de buey permitían ver el exterior, y había una consola en una pared, para tener a mano el estado de la nave y la navegación.

–Cuando lleguemos, no menciones las armas. ¿Los otros las han visto?

–Lo dudo. Las encontró tu androide. Los atule no solemos tener armas.

–Pues espero que no digan nada. Nos vendrían muy bien. Ahora cuéntame cosas de tu gente –solicitó.

Xenón explicó que su linaje se originó en 1940, en una zona de la Tierra llamada Kansas, cuando los zeta reticuli raptaron varias mujeres.

–Hay híbridos desde hace miles de años. Cuando los reticulinos llegan a un planeta con vida inteligente, tratan de hibridarse para tener descendencia. A veces su organismo es incompatible, pero otras no. Descubrieron que los humanos son bastante compatibles. Pero todavía no han conseguido solucionar su degeneración genética.

–Pero vosotros sois un linaje, ¿no es una solución? –preguntó Delia.

–No somos reticulinos. Somos algo diferente, y eso a ellos no les conviene. No aceptan desaparecer para dejar un linaje diferente. Quieren el suyo. Quieren nuestra capacidad de reproducirnos, pero no nos quieren a nosotros.

–Y esa hibridación...

–Ingeniería genética. Ellos no pueden reproducirse. Y los atule solo entre nosotros.

–Entiendo –dijo Delia. Y luego recordó que tenía que hablarle de algo–. Ah... Otra cosa: tengo una ruta decidida. Sigo una carta de navegación.

Una un poco especial.

–La he visto.

–Si vienes, aceptas esa ruta.

–Comprendo.

–Ponte cómodo en el habitáculo. Si necesitas algo me lo indicas. Creo que en los compartimentos hay todo lo necesario. Voy al puente.

Xenón asintió ceremoniosamente.

–Azu, ¿podríamos alargar una de las camas? –preguntó al llegar junto a su copiloto.

–Eso es fácil. Hay material en la bodega. Me ocuparé de ello.

Al cabo de unos minutos, el híbrido entró en la cabina bastante excitado:

–¡He encontrado esto! ¿Me lo puedo quedar?

En sus manos traía una capa isotérmica plateada, con capucha y anchas mangas. Se la puso y justo le llegaba hasta media pantorrilla. Las mangas no llegaban a cubrir sus manos.

Delia sonrió.

–Si te pones un cinturón te queda muy sugerente.

Xenón se ajustó con las manos la cintura y dio una media vuelta.

–Muy elegante –dijo Azu.

–Siempre quise un traje de navegante estelar –dijo él.

–Tengo insignias de la Federación –añadió Delia–. Te puedes poner alguna. Entonces sí que parecerás un piloto espacial.

–Me encanta –exclamó el atule.

No había mucho que hacer en el puente de mando, de forma que Azu acompañó a Xenón y le buscó un ceñidor con sujeciones diversas para instrumentos, y una insignia de Amigo de la Federación Galáctica en color

dorado.

Le cosió un parche con el logo de la nave sobre el hombro derecho y le buscó una varilla defensiva de unos veinte centímetros capaz de actuar como encendedor, soldador y provocar descargas aturdidoras y cosas peores. En conjunto, Xenón tenía todo el aspecto de un consumado viajero galáctico.

–Estás muy interesante. Voy a conseguirte un lecho en condiciones.

–Gracias, Azu. No pareces una máquina.

La ginoide le miró y sus ojos se pusieron grises.

–¿Eso es un cumplido?

–Quería decir que eres un ser sensible. Amable.

–Ah, gracias, pues –. Sus ojos se iluminaron de azul claro.

Azu rebuscó en la bodega y sacó un colchón embalado y atado de una medida más que suficiente.

Luego trabajó en el habitáculo hasta montar un soporte adecuado para el colchón y puso sábanas y un edredón.

–Hoy podrás dormir ahí –dijo.

–Gracias.

La ginoide sonrió y regresó junto a su jefa.

Por fin Eli avisó de la cercanía de la Base, y poco después la nave federal alertó de la maniobra de frenado:

–Mercante FGX-315, dispóngase a maniobra de aproximación a Base Permanente RhoCassiopeiae TKL-6574. En el radar. Adecue velocidad.

–Recibido, procedemos a maniobra de aproximación –respondió Delia.

Xenón asomó por el puente con ojos brillantes.

Volvería a ver a los suyos. Tomara la decisión que tomase, su vida sería diferente. ¿Qué haría la Federación con ellos? Era un momento muy

importante de su vida.

Una vez atracados en la Estación Espacial, fueron de nuevo abordados por la comandante rubia, pulcramente uniformada y un tanto impertinente, y dos de sus oficiales de piel azul. Echó una mirada penetrante al androide de combate que permanecía en su postura de espera, en cuclillas, en un rincón.

–Señora Delia Zair... –dijo comprobando de nuevo su documentación digital–.. Bien, sígame.

–¿Debo abandonar la nave?

–Pues claro, tiene que presentar un informe ante la autoridad federal de la Base. ¿No querrá que lo haga yo, verdad?

–Vale, vale. La sigo. Azu, Xenón, quedáis al mando.

–Descuida, jefa –asintió la gionoide.

Salieron por el tubo de atraque y recorrieron el largo corredor del nivel exterior, el más inferior de la gran rueda giratoria que era la Estación. La comandante y sus dos andromedanos la escoltaron hasta una cámara amplia, donde había varias mesas con ordenadores.

Un par de seres de Antares estaban sentados frente a su equipo de trabajo, mientras que otros tres aldebarianos de piel igualmente azul estaban charlando en pie. Uno de ellos tenía galones equivalentes a un coronel y los otros dos tenían la insignia de oficiales científicos de la Federación.

–Se presenta la comandante Lyry con la dueña del mercante –exclamó la rubia con firmeza.

El aldebariano se giró hacia ella:

–Descanse, comandante. ¿Un mercante?

–El mercante que rescató a los siete híbridos reticulino-humanos cuya nave se había averiado.

–Ah, ya. Los híbridos.

Delia observó al aldebariano. Su piel era más oscura que la de los antarianos de Mirac, y sus facciones, pese a tener dos ojos, unos orificios nasales y una boca, tenían un cierto aire a ogro cinematográfico antiguo, con sus arcos supraorbitales muy marcados y púmulo acentuado. En conjunto daba una sensación de poderío y fuerza. Medía tanto o más que la comandante y tenía un tórax ancho bajo un uniforme impoluto.

–Señora... Delia Zair –dijo examinando los datos en la consola portátil que le había tendido la comandante –. ¿Puede grabar un informe verbal sobre el rescate? –dijo, y puso la consola, de unos quince centímetros por diez, ante su rostro. Y esperó, mirándola severamente.

–Hicimos contacto radar con una nave de Zeta Reticuli a una semana de aquí –comenzó ella–. Los híbridos nos hablaron por el comunicador y pidieron ayuda. Les solicité que apagasen su energía para demostrar sus buenas intenciones, y lo hicieron. Les hice abordar mi nave y salimos huyendo, porque diez naves reticulinas les perseguían.

–¿Los reticulinos les perseguían?

–Exacto. Nos rodearon y exigieron la entrega de los híbridos –respondió mirando a los ojos al aldebariano.

–Pero no los entregó. ¿No fue atacada?

–No, señor... –No estaba segura del tratamiento que le otorgaban los galones al aldebariano.

–¿Y cómo es eso? Conozco a esa calaña.

–Una luz apareció tras ellos y les habló en su idioma. Y salieron a toda prisa.

–Una luz... Vaya, otra vez –murmuró para sí el aldebariano–. ¿Los híbridos no querían ir con ellos? –preguntó luego.

–No, estaban aterrorizados. Y debo decir que yo también.

–Bueno, todos conocemos cómo se las gastan esos grises. Así que son náufragos espaciales y solicitan refugio. ¿Le pidieron explícitamente que los acogiese en su nave?

Delia trató de recordar.

–Bueno, solicitaron ayuda... Sus motores no funcionaban. Se movían por la inercia, sin control. .

–Eso equivale a una petición de ser rescatados. Bien, se considerarán refugiados apátridas. Tendremos que preguntarles dónde quieren ser recolonizados. Gracias, señora Delia Zair.

–Uno de ellos permanece en mi nave. Le he ofrecido viajar conmigo, pero no tengo su respuesta. ¿De cuánto tiempo dispone antes de ser recolonizado?

–Esas cosas tardan un tiempo. Mientras usted permanezca atracada. Nos comunicará lo que decida antes de una semana, ¿verdad?

–Por supuesto.

–Bien, puede retirarse. Y gracias de nuevo por su colaboración.

Esta vez volvió sola al mercante.

–Xenón, te han dado hasta una semana para decidirte.

–Bien. Me gustaría bajar con mi gente ahora –dijo el atule.

–Por supuesto. Eh... Deja a bordo la varilla. Quizá no les guste que vayas armado, aunque sea con eso...

–Claro, sí, gracias.

Xenón salió del puente un tanto desorientado. Iba vestido con su atuendo plateado ceñido por el cinturón.

–¿No bajamos a la Base? –preguntó Azu.

–¿Para qué?

–No sé... para ver a un amigo, quizá.

–¿Amigo? No recuerdo tener aquí ningún amigo.

–Bueno, que yo sepa tienes siete. Y quizá ocho.

–Deja a Xenón con los suyos, tendrán cosas de qué hablar... ¿Ocho?

–Eres dura. Que el ingeniero no lo haya dejado todo atrás para seguirte no significa que no sea tu amigo.

–Ah, el ingeniero. Creo que te gusta a ti más que a mí –dijo ella en tono de chanza.

–No me ha puesto las manos encima, pero he visto las tripas de mis colegas, y trabaja fino.

–Así que trabaja fino, ¿eh?

Delia se levantó y fue a por su chaqueta.

–Ea, vamos –dijo. Y Azu se apresuró a moverse.

La cantina del sector 53 de la Base estaba casi vacía cuando llegaron. El antariano con cara detortuga sabia les atendió rápido y Delia cogió su vaso y se apoyó en la barra con ambos codos tras de sí observando al personal que había. Pero su mirada se iba de cuando en cuando hacia la puerta.

Hacía rato que había terminado su bebida.

–Tal vez deberían revisarme un circuito –dijo Azu.

–Ya, ¿quizá en el taller de Lachlan?

–Recuerdas su nombre.

Lo que ella recordaba era a la camarera artuviana de ojos rasgados y cuerpo perfecto que trataba a Lachlan con tanta familiaridad.

–Visitar a la única persona que conoces en esta Base quizá no signifique casarse con él –comentó Azu–. Creo que entenderá eso.

–Está bien, tú ganas –dijo ella con fastidio, y sacó su tarjeta.

La ginoide tuvo que guiarla con su memoria digital por los corredores

hasta el taller donde el australiano trabajaba.

Entraron con prudencia y un par de ingenieros las miraron con curiosidad.

–Hola. Veníamos... ¿Está Lachlan?

–Salió hace un rato. Creo que fue a los muelles de atraque.

Delia saludó y salieron.

–Ha ido a verte –dijo Azu.

–Habrá ido por otra cosa.

–¿Por qué eres tan negativa? ¿No puedes creer que le gustes a alguien?

–¿Y cómo se iba a enterar de que estamos aquí? ¡Esto es inmenso!

Caminaron de vuelta hacia los muelles. Cuando llegaron, uno de los vigilantes las paró.

–¿Delia y Azu? –preguntó.

–Sí.

–El ingeniero Lachlan las está buscando. Esperen aquí.

El centinela sacó su emisorilla: –Lachlan, me debes una skral– dijo.

Al poco, el australiano apareció por un acceso.

–Gracias, Rob. Luego te traigo tu botellín. ¡Chicas! ¡No esperaba veros tan pronto!

Tenía los ojos más azules de lo que ella recordaba. Y también parecía más fornido.

–Ni yo. Tuvimos un incidente en el viaje.

–Lo sé. Lo vi en las noticias.

Ante la cara de asombro de Delia, Lachlan sacó su terminal portátil del cinto de herramientas y le mostró el vídeo: Los híbridos explicaban su odisea ante un micrófono, mientras personal de la Base les aplaudía y

palmeaba.

–A ver si te crees que tenemos incidentes todos los días. Aquí la rutina es la norma. Incluso las misiones de las naves de la Federación son rutinarias, aunque sean peligrosas o importantes. Pero un rescate de náufragos civiles híbridos que han escapado de la esclavitud enfrentándose a esos enanos grises y han sido rescatados por una mujer humana en un mercante, poniéndose en peligro, eso sí que es una noticia. Bueno –continuó–. ¿Tomamos algo?

–Venimos de la cantina.

–Vaya... ¿Qué tal Andy?

–Un buen androide. Se ha adaptado perfectamente –intervino Azu.

–Sí, un gran chico. ¿Vamos a los jardines?

Ella recordaba las zonas verdes del nivel cuatro.

–Eso estaría bien.

Cuando era una niña y volaba junto a su padre, siempre soñaba que se establecían en un planeta lleno de vegetación, junto a su madre.

Cuando despertaba, recordaba que su madre había muerto y por eso ellos viajaban por el Espacio.

Pasearon un rato en silencio. No era el mismo silencio del Vacío exterior. Era un silencio lleno de sonidos: Insectos, riachuelos, brisa, el sordo rumor de los servomotores de Azu... Las plantas originaban corrientes de aire oxigenado, y era muy diferente del aire acondicionado de la Base.

Resultaba muy relajante.

–Estuve pensando en lo que hablamos –dijo Lachlan.

–Ah, ¿sí?

–Sí. Y he decidido volver a la Tierra.

Ella bajó la vista para que no percibiera su decepción.

–Vente conmigo –propuso él.

–¿A criar vacas? No, gracias.

–Tú misma dijiste que habría ocupaciones adecuadas para gente como nosotros.

–¿Como nosotros? ¿Y cómo se supone que somos nosotros?

–Solitarios, gente del Espacio. Habrá cosmopuertos de la Federación, talleres, vuelos interoceánicos... Puedes abrir tu propia aerolínea. Además, ya no se crían vacas. Nadie come carne en la Tierra.

–Ya tengo una ruta, ¿recuerdas?

–Ya. Esa carta de navegación...

–Exacto. Esa carta.

Un grupo de pequeñas Dijanis de cuerpos perfectamente modelados salieron de entre unas matas y flotaron con sus graciosos pasitos sobre las plantas. Siguieron su camino.

Lachlan miró a Delia con una sonrisa.

–¿Es cierto lo de la luz? –preguntó él de pronto.

–¿Qué luz?

–Los híbridos explicaron que una nave grande hecha de luz apareció y puso en fuga a diez naves de Zeta Reticuli.

–Así fue, en efecto. Tiene algo que ver con la carta de Érgaton, pero no sé el qué.

–Interesante. De vez en cuando, algunos viajeros espaciales explican cosas parecidas. Una vez pregunté a un superior sobre eso. ¿Sabes qué me contestó?

–No, qué.

–“*Materia reservada*”. ¿Imaginas? ¡Secreto! Hay algo en el Universo que guardan en secreto.

Aquello confirmaba que su camino tenía una meta, pero no dijo nada. Se limitó a sonreír.

Al cabo de un tiempo, ella hizo un gesto a su ginoide.

–Tenemos que volver a la nave.

–Sí, y yo a trabajar –repuso él.

–Vale, adiós.

–Adiós, encanto –dijo Azu, pero sin ironía esta vez.

–¿Estarás por aquí? Quiero decir...

–Tengo un asunto pendiente –dijo ella–. En cuanto lo resuelva me iré. Adiós.

Lachlan saludó con su mano al estilo de la Base.

No tenía idea de que hubiera un canal de noticias en la Estación Espacial. Sintetizó la consola de pared de la sala de visitas con la frecuencia de la Base, y sacó la pipa y el gilen. Se tumbó en uno de los sofás, echó una buena cantidad y la encendió. El sistema de ventilación convirtió el humo en una delgada hilera que ascendió hasta un filtro dejando el aire limpio. Pero ella no tardó en echar otra bocanada.

Realmente las noticias eran un poco repetitivas: la nave tal estaba en camino hacia tal estrella para resolver tal asunto... La nave cual volvía tras resolver cuál asunto... El comandante tal recibía honores por actos de protección de civiles... El equipo de lucha estándar de Alfa del Centauri B se clasificaba para la final del Campeonato de la Base Rho Cassiopeiae y competiría con el equipo deAntares...

Luego repitieron el vídeo que le había enseñado brevemente Lachlan:
Titular: *Humana civil rescata esclavos de los Zeta Reticulinos.*

Una periodista ginoide, con un rostro de silicona muy bien maquillado, presentaba la grabación con unas pocas palabras sobre el incidente. Luego comenzaba el vídeo: Los atule explicaban su rebelión contra los grises y su huida en una nave sin control. Xenón tomaba la palabra y luego una de las hembras.

A Delia le sorprendió lo sexy que resultaba aquella atule de cráneo calvo y ojos enormes y oscuros.

Era distinta a las mujeres humanas y, sin embargo, había en ella algo muy ancestral y atractivo. La quintaesencia de una mujer humana, sin

adornos.

La hembra atule explicaba que una nave mercante se acercó hasta la suya y atendió su petición de auxilio mientras eran perseguidos por diez naves reticulinas.

Tal como hablaba, daba la sensación de que los tenían justo en los talones, y parecía una hazaña digna de una heroína. Luego trataron de escapar a toda prisa, pero los reticulinos les rodearon. Fue entonces cuando apareció la...

En ese instante, la periodista que presentaba la noticia apareció en pantalla y felicitó el altruísmo heroico de la mujer humana. Anunció que los híbridos serían recolonizados en breves días a bordo de una nave federal en alguno de los planetas apropiados, y que estaban estudiando las ofertas.

Nada de la luz.

Nada de la nave Ackwa de Lyra.

Nada de cómo los de Reticuli salieron a toda prisa sin rechistar.

"Materia reservada", Secreto.

Chupó su pipa y sacó una nubecilla, que ascendió hasta el filtro en una esquina de la sala de visitas.

Pero allí hubo algo.

Algo entre el Vacío y la Nada.

Las mañanas en la Base no se diferenciaban de las tardes o las noches. Las naves iban y venían, las ventanas que podía distinguir desde su cámara estaban perpetuamente iluminadas. De cuando en cuando podía situar alguna de ellas donde la iluminación tenía una pauta, y decidió que eran alojamientos para el personal.

Las estrellas giraban.

Se preparó un desayuno nutritivo.

Azu estaba conectada y cargándose. Andy permanecía en el hangar.

–Buenos días, jefa –saludó la ginoide.

–Buenos sean. ¿Alguna novedad?

–Ninguna. Andy y yo hemos jugado doscientas partidas de ajedrez y estamos en tablas. Necesitamos un reto. Creo que descargaré el juego de aquí.

–¿Un juego? –Delia tomó un sorbo de su leche de plantas.

–Los ordenadores de la Base tienen un juego. Es un poco más sofisticado que el ajedrez. No más difícil, sino más complicado. ¿Entiendes la diferencia?

–Claro.

–Se lo propondré a Andy.

–Espero que no sea violento.

–En absoluto. Es inteligente. Luego la inteligencia se puede aplicar a muchas facetas de la vida.

–Como a manejar flotas de naves armadas, por ejemplo.

–Sí, claro. También a eso. –Azu carraspeó.

Delia miró por el ojo de buey y se sintió un poco depresiva. Toda aquella gente varada en una rueda giratoria durante el resto de sus vidas, recibiendo órdenes y arriesgando sus vidas en medio del Vacío.

Ella no tenía nada que hacer allí.

No le apetecía ni bajar a la Estación.

El Universo tenía que ser algo más que aquel vacío frío y peligroso.

–Jefa –sonó la voz de la nave–: *Mensaje entrante desde la Base.*

La pantalla de la pared se encendió en la sala de visitas y el rostro de Xenón apareció en ella.

–Capitana, ya he tomado una decisión. –Una pausa la mantuvo en vilo durante unos segundos–. He decidido aceptar tu propuesta. Me he despedido de mis semejantes. Ellos irán a una colonia en Fengetwy, donde hay atule de varios linajes. Si tu propuesta sigue en pie, estoy dispuesto cuando quieras.

–Eso me alegra. Claro que sigue en pie. Sube a bordo cuando te apetezca. Aún tienes unos días para estar con ellos, creo.

–Visitaré la nave ahora –dijo, y la imagen se esfumó.

Delia se levantó y fue al hangar a recibirle.

Andy se incorporó en todo su tamaño cuando la vio entrar.

–Tranquilo. Es Xenón.

El atule entró por la compuerta, que había pasado a verde.

–Bienvenido. Me alegra tu decisión.

El atule se inclinó levemente.

–El Universo es muy grande y hay muchos seres y maravillas que ver. Quiero olvidar un poco la esclavitud.

–Estás en tu casa.

–Quisiera estar a solas un rato. En la Base es imposible.

–Ya sabes cuál es tu cámara.

El atule se internó en la nave y Delia se sentó junto a Andy en una caja.

–¿Crees que se adaptará? –le preguntó.

–Basándome en la estadística, hay muchas posibilidades de que así sea.

–Bien. –Miró en torno con las manos en jarra–. Habrá que hacerle un

chequeo a la nave. Nuestras vidas dependen de ella.

–Medida inteligente, sí.

–Hablaré con Azu.

La ginoide y ella procedieron a un exámen completo de los sistemas de la nave. Eli podía diagnosticar por sí misma una avería, o su posibilidad, cuando los circuitos ya estaban empezando a fallar, pero su estado físico y el del cableado, conductos y válvulas solo lo podía determinar un análisis externo. No podían esperar a una alerta de avería: podía ser demasiado tarde.

En el Espacio Profundo, su vida dependía del buen estado de su transporte, de forma que Delia y Azu inspeccionaron minuciosamente cada centímetro cuadrado de los sistemas y las instalaciones.

La ginoide tomó fotografías digitales con su potente equipamiento visual y las procesó en busca de rastros de óxido o deterioro de cualquier tipo.

Mientras, Xenón permaneció en su habitáculo unas horas. Luego se despidió hasta la noche y volvió a la Base.

Cuando concluyeron el análisis, Delia se ensimismó buceando en la complejidad de la carta deÉrgaton, y fantaseando sobre lo que habría al final. ¿Una respuesta? ¿Un paraíso?

Cuando Xenón volvió trajo consigo la noticia de que la recolonización de los suyos sería en breve, quizá un día más.

–Por mí podemos irnos ya –dijo.

Azu miró a su jefa, pero no dijo nada.

–Bien, creo que visitaré la Base una vez más –comentó Delia–. ¿Quieres venir? –preguntó a su ginoide.

–Me quedaré a preparar la marcha.

–Bien. Entonces hasta luego.

Se puso su chaqueta de vuelo y salió.

Andy la saludó cuando la vio dirigirse hacia el túnel de atraque.

–Vigila. Volveré pronto.

–Sí, capitana.

Ella sonrió. Le gustaba ese tratamiento.

Al llegar hasta los muelles, se sorprendió de que todos la saludasen. Incluso el vigilante la detuvo:

–La íbamos a llamar dentro de unos minutos. Debe dirigirse a las dependencias de mando del Bloque 4 –comunicó.

–No conozco la Base. ¿Por dónde cae?

–Espere.

El vigilante tomó el comunicador de su cinto y pidió asistencia. Al cabo de pocos minutos, una chica de algún planeta de Artuvia uniformada como azafata se dirigió a ellos.

–Acompáñeme –dijo con una sonrisa profesional.

Era similar a la camarera amiga de Lachlan, alta y con ojos rasgados. Y una gran belleza.

–¿Eres de Artuvia? –preguntó por decir algo.

–De Uru, uno de sus planetas.

–¿Sabes por qué me llaman?

–En seguida lo sabrá –dijo con una sonrisa aún más ancha. Y quizá más sincera.

Recorrieron los corredores del Bloque 4 de la Estación Espacial y llegaron hasta una sala de conferencias de mediano tamaño.

Su aforo estaba lleno a la mitad. Le sorprendió ver a Lachlan en primera fila, junto a los atule.

Y al que tenía galones de coronel y tres capitanes en pie en el centro, ante

un pequeño estrado.

La artuviana le indicó que entrase, y ella buscó una butaca libre, pero el coronel aldebariano le hizo señas para que se uniese a ellos en el centro.

Un aplauso generalizado la recibió.

–Señora Delia Zair, es un honor para nosotros recibirte aquí –dijo el que tenía galones de coronel.

Aquello la desorientó un tanto. Había sopesado la posibilidad de haber incurrido en alguna ilegalidad, pero aquello no tenía aspecto de consejo de guerra.

–Soy el comodoro Raus, y estos son los capitanes Jur, Eslop y Jani, representantes de los Bloques 1, 2 y 3. –Hizo una pausa histriónica– Todos conocemos el testimonio de los Atule, aquí presentes, y hemos recibido una petición. De forma que procedo a leer –dijo sacando una nota:

En cumplimiento del Artículo 600 del Tratado de los Mundos, que dice: *"Todo navegante con más de diez años de experiencia, al mando de una nave, que atestigüe servicios de guerra con riesgo de su vida y de la integridad de su nave a favor de la Federación o alguno de sus miembros será nombrado capitán de la Federación Galáctica. El nombramiento correrá a cargo del máximo responsable de Sector o, en su defecto y por delegación, de un mando con grado mínimo de comodoro. La aplicación del nombramiento será inmediata."*

Dejó la nota que había leído y otra azafata, esta vez humana, llevó una caja hasta el estrado y la ofreció al comodoro.

–Los atule aquí presentes, dado que son medio humanos y se han acogido a la protección de la Federación Galáctica, han solicitado como miembros de la misma la aplicación de dicho artículo. Tu historial de navegación es mucho mayor de diez años, y sin duda has participado en un acto de defensa de civiles con peligro de tu vida y de tu nave, lo cual constituye una acción de guerra muy loable, en mi opinión. Por tanto, y cumplidos todos los requisitos, tenemos el honor de imponerte el grado de capitana.

El comodoro abrió la caja, mientras los aplausos llenaban la sala, y sacó una insignia de capitán de la Federación, se acercó a ella y se la prendió

de la chaqueta.

–Capitana Delia Zair, bienvenida a la Federación Galáctica. Allá donde vayas serás representante de la misma. Que tus actos merezcan alabanzas.

Los ojos de Delia se humedecieron.

–Gracias –acertó a decir.

Poco después la sala se fue vaciando, y los atule y Lachlan se acercaron y la saludaron efusivamente.

Le mostraron su agradecimiento los híbridos con cierta timidez, y finalmente Lachlan consiguió quedarse a solas con ella, mientras los demás les miraban a cierta distancia.

–Enhorabuena. Creo que eso es lo que querías –dijo el australiano.

–Me hace mucha ilusión, gracias.

–Ha sido cosa de los atule. Sobre todo de Xenón. Y te lo has merecido. Nadie te regala nada, te has comportado como una auténtica capitana. Bien, ya lo eres.

–Bueno, yo quería preguntarte si habías cambiado de opinión. Si vendrías conmigo.

Aquellos ojos azules del ingeniero se humedecieron levemente.

–No me veo errando por el Espacio con sesenta años. Quiero instalarme y conseguir un buen trabajo en la Tierra.

–Tal vez no viajaremos por siempre –repuso ella.

–Ya, tu carta.

–Tú mismo lo dijiste: esconden algo. Hay algo en el universo que no nos dicen.

–Soy un ingeniero astronáutico, mi mente se centra en cosas concretas. No me van esas fantasías.

–Entiendo. Bueno, pues... Partiré pronto. Quizá ya mismo, cuando me den la autorización.

–Quizá volvamos a vernos.

Ella hizo un gesto de significado indefinido y consiguió salir de allí.

Cuando volvió a la nave, Xenón, Azu y Andy la recibieron con aplausos.

–Tú lo sabías –exclamó Delia simulando enfado y señalando a la ginoide.

–Vi tu nombramiento en los documentos de la Base. Esas cosas son noticia –explicó Azu.

Estrechó la mano del atule con afecto.

–Gracias, Xen. Es algo...

De pronto las lágrimas salieron por sus ojos sin que pudiera remediarlo. Azu la tomó del hombro y la llevó a su habitáculo.

La gran Base giraba y giraba interminablemente y aparentemente las estrellas con ella, pero en sentido contrario.

–Hora solar para desatraque: 00-02-53

–Hora solar para desatraque: 00-01-00

–Un minuto para abandonar la Estación Espacial –dijo Eli.

Delia llegó hasta el puente y tomó asiento. Azu ya estaba en el suyo, y Xenón, en un asiento de asistencia, se ajustó el arnés de vuelo.

–Bien, déjame pilotar a mí –dijo ella.

–Sí, capitana. –Azu sonrió al decirlo y sus ojos se colorearon de azul.

–Procederemos a retirar el tubo de atraque. Por favor, confirme –se escuchó decir a la Base.

–Recibido. Confirмо. Todo correcto. Pueden retirar el tubo.

–Confirme de nuevo.

–Confirмо maniobra de desatraque. Pueden retirar el tubo.

–Recibido. Procedemos al desatraque.

El mercante fue liberado de su unión con la Estación Espacial y pasó a ser un objeto independiente de su órbita.

Con pericia y suavidad Delia se apartó de la gran rueda giratoria evitando colisionar con las naves atracadas a sus extremos girando su eje hasta ponerlo paralelo al eje de giro de la Base, lo cual dejaba un buen margen de maniobra para evitar accidentes.

–Base Permanente Rho Cassiopeiae, hasta la vista.

–Que tus caminos te sean propicios –saludaron despidiéndola.

Recorrieron medio parsec a velocidad progresiva, hasta alcanzar la de crucero en vuelo convencional.

–iAj nat Asut! –exclamó Delia, y la carta de Érgaton se iluminó.

Inmediatamente mostró su actual posición, y la trayectoria hasta su siguiente etapa.

–Esto no me gusta nada –intervino Eli.

–¿Qué sucede?

–La trayectoria utiliza la gravitación de un agujero negro de tamaño medio para girar e impulsarse.

–¿Y qué es lo que no te gusta de eso? –preguntó ella.

–Que ha afinado tanto que se aproxima al horizonte de sucesos. Demasiado arriesgado.

Delia quedó pensativa. A ella tampoco le gustaban esos riesgos, si podía evitarlos. Pero estaba guiándose por una carta muy especial. ¿Podría pasar más lejos del agujero negro aunque fuese un viaje más largo? Se preguntó si habría alguna forma de comunicarse con la carta.

–Érgaton –llamó.

–Habla Érgaton.

La voz resultó tan poderosa que les sobresaltó a los tres.

–Érgaton... ¿Es necesario pasar tan cerca del agujero negro?

–Habla Érgaton: Sí, es necesario.

–¿Puedo saber la razón?

–La gravitación del agujero negro no curva solo el Espacio-tiempo. También recombina las dimensiones. Necesitamos pasar a esa distancia. Por ese punto.

Dudó si debía agradecer al programa su información o simplemente tratarlo como un ente digital.

Finalmente se decidió.

–Gracias, Érgaton.

La carta la ignoró.

–Azu, Eli, ¿podemos calcular el efecto marea que sufriremos? No quiero que la nave se desmonte de pronto.

–Eres muy amable, capitana. Yo tampoco –repuso Eli.

La ginoide permaneció unos segundos en silencio.

–Si seguimos escrupulosamente la trayectoria que señala –dijo por fin–, a esa distancia del horizonte de sucesos la diferencia de gravitación entre un extremo de la nave y el otro será de...

–Cien kilos –terminó Eli.

–Uff, mucho.

–Para mí, no –dijo Eli.

–¿Cuánto tiempo habrá que soportarlo? –preguntó Delia.

–Según esa trayectoria, cinco segundos –respondió Azu.

–Xen,¿alguna vez has soportado cien kilos?

–Soy más fuerte de lo que parezco. Pero me permito indicar que esa gravitación se puede reducir simplemente tumbándose en el suelo de la nave.

A Delia aquello no le convencía mucho. No se trataba solo de poder aguantar un peso de cien kilos. No era como levantar pesas. En el efecto marea, cada tendón y cada parte de su cuerpo que estuviera separada de las otras partes a cierta distancia estaría soportando un incremento gravitacional, sin poder afianzarse o ayudarse por otras partes del cuerpo. Podía suponer algo similar a ser estirado desde adentro o aplastado, más que a levantar cien kilos.

Cierto que tumbándose como proponía Xenón, la fuerza de marea disminuiría en cierta medida.

Si sentados en las butacas de vuelo su cabeza y sus pies estaban a una distancia de un metro veinte (aún más en el caso del alto atule), tumbados en el suelo eso podría reducirse a unos cuarenta o cincuenta centímetros. Era una gran diferencia. Serían solo cinco segundos, mientras bordeasen a toda velocidad a unos cuantos radios de Schwarzschild.

–¿Qué dicen tus bancos de memoria, Azu? ¿Puede un organismo resistir eso?

–Aunque nos tumbemos sobre el piso como dice Xen, los tejidos internos de los entes orgánicos como vosotros pueden sufrir un desgarró en arterias o tendones. Existe una distancia entre el corazón y la arteria aorta. La diferencia de gravitación entre esos dos puntos, o cualesquiera otros del cuerpo, supondrá que ese tejido será desgarrado. Un incremento gravitacional, aunque sea pequeño, puede resultar mortal, con mala suerte. Mis circuitos sufrirán, y puede que me desajuste, pero eso se puede arreglar. Nuestros cuerpos no estarán todo el rato perfectamente perpendiculares a la fuerza de atracción, puesto que describiremos una trayectoria elíptica en torno al horizonte de sucesos. Eso significa que, en la mayor parte de esos cinco segundos, seguiremos sometidos a los cien kilos de desgarró interno. Se puede intentar compensar girando gradualmente la nave, pero es un tema delicado.

–Vaya... ¿Qué dices, Xen?

–Esa carta no nos conduciría a la muerte, no si nos ha guiado hasta ahí. Podemos aproximarnos hasta el punto en que aún podamos rectificar la

trayectoria, y ver qué nos ofrece la carta de los dioses.

–¿De los dioses? ¿Qué significa eso? –interrogó Delia–. Explícate, por favor.

–Los reticulinos saben cosas del pasado porque son una especie muy antigua. Circulan historias y a veces las escuchamos cuando hablan entre ellos. Hablan de un pasado cuando el Universo era joven, y una especie nació en los planetas más grandes. Esos dioses viven, según los reticulinos, en zonas del Universo donde han establecido fronteras a la materia densa. Pero hay accesos a sus dominios, y las cartas los muestran. Por eso creo que la carta no nos conducirá a la muerte.

–No sé si fiaría mi subsistencia a una leyenda reticulina –repuso ella.

–Pero tú viste la nave de luz.

–Se me está ocurriendo... –empezó Azu.

–¿Sí...?

–El impulso de curvatura ondula el espacio-tiempo. Eso es exactamente lo que significa la gravitación. De forma que... ¿podríamos usar el impulso de curvatura para compensar unos modestos cien kilos?

–*Azu, te quiero* –dijo Eli–. *Me pongo a ello inmediatamente. A veces esta ginoide me sorprende.*

–Y a mí, Eli, y a mí... –aseguró Delia.

"Pero tú viste la nave de luz", había dicho Xen. Cuando dejaron el tema del efecto marea, Delia sintió que esas palabras resonaban en su interior. Sí, ella la había visto.

"Materia reservada". Secreto, dijo Lachlan. Había algo al final de la carta de Érgaton. No era una vana ilusión.

Mirando a los ojos al Infinito

La nave se deslizó con facilidad a través de parsecs de hermosura y vacío.

En realidad el llamado vacío del Espacio estaba lleno de todo tipo de materia y energía: estrellas, cúmulos estelares, nubes de gas incandescente, fotones, neutrinos, rayos gamma, ultravioleta, rayos X y las tan esquivas y misteriosas materia y energía oscuras que Azu y la propia nave escudriñaban mediante su conexión inalámbrica a los sistemas de exploración.

Cuando se navega a un 99% de la velocidad de la luz o se da saltos de curvatura, se desea saber qué se puede encontrar en el camino para no tener sorpresas.

Piloto y copiloto permanecían atentas a las lecturas de sus instrumentos de navegación que mostraban la poderosa gravitación del agujero negro cada vez más cercana. Las pantallas secundarias, cada una al lado de cada asiento de pilotaje, les permitían ver el mapa gravitatorio y de frecuencias por donde transitaban y sus proximidades. La escala del zoom podía ser regulada, de forma que podía abarcar una gran cantidad de Universo.

–¿Qué hay de tus cálculos, Eli? –solicitó la capitana.

–Si te refieres a usar la curvatura para compensar la gravedad, eso está hecho. Cien kilos es poco. Apenas deberé encender el plasma. En el momento de máxima aproximación la curvatura estará a una parte por cuatrillón. Totalmente seguro.

–Genial, gracias.

Cuando el agujero negro estuvo a unos modestos quinientos radios de Schwarzschild la carta de Érgaton se encendió y el holograma surgió delante de ella, mostrando un extraño mapa de navegación con una forma parecida a una margarita de cuatro pétalos. Su ruta pasaba por el centro de la flor virtual.

–Érgaton...

–Habla Érgaton.

–¿Qué diagrama es ese?

–Es la ruta a través de las dimensiones 5ª y 6ª, compensando los valores de la 3ª y 4ª –respondió.

–Eli, Azu, ¿habéis entendido algo? –preguntó Delia.

–Es la Flor de Amset –intervino Xenón–. Los reticulinos la mencionan.

–¿Y qué dicen de ella, si puede saberse?

–Se lamentan de que no tienen ese secreto. Debido a ello no pueden viajar más que por los pliegues o dando saltos de curvatura o dimensionales, como los demás. Dicen que la Federación guarda en secreto la navegación a través de las flores de Amset, que permiten cruzar todo el Universo.

–Comparado con esto, nuestros saltos dimensionales son un juego de niños –comentó Azu–. Si he entendido el holograma, la gravitación del agujero forma ese diseño en las dimensiones de forma que en el punto central los valores universales dan cero. Cero espacio, cero tiempo. "*Sin dar un paso se alcanza la meta*", decían los chinos antiguos. Un viaje instantáneo, sin alteraciones espacio-temporales, sin inconvenientes... Un chollo.

–Espero que sea cierto... –dijo Delia.

Eli, la nave, no añadió nada.

En el holograma, la flor de Amset se acercaba tan rápidamente como el propio agujero negro.

A pesar de todos los cálculos, a pesar del impulso de curvatura, la capitana del mercante se sentía nerviosa. Nunca le había gustado acercarse a un devorador de naves, un agujero gravitacional tan poderoso que nada escapaba de él, una vez que había caído dentro. No importaba si era grande o pequeño: en su singularidad reinaba absolutamente.

–Voy a acelerar, con tu permiso, capitana –avisó Eli.

–¿Lo tienes todo controlado?

–*Por supuesto.*

–Bien, los arneses –ordenó, y su tripulación se sujetó según las normas.

La aceleración convencional sí que la notaron. Sus cuerpos fueron empujados contra el respaldo.

–*Impulso de curvatura* –anunció la nave.

La presión contra los asientos cesó, a pesar de que estaban circulando a toda velocidad para escapar del agujero negro lo más rápidamente posible.

Eli fue girando el eje de la nave para neutralizar el empuje gravitatorio extra ejercido por el horizonte de sucesos. Delia comprobó con un suspiro de alivio que realmente no sentían ningún estiramiento ni aplastamiento.

En realidad, la pequeña curvatura ejercida por el impulso les mantenía en una burbuja espacio-temporal, a salvo del incremento gravitatorio.

Entonces la vieron: Con un destello más brillante que la luz del Sol en un día de primavera, las Dimensiones estallaron a su alrededor formando una flor de cuatro pétalos de colores iridiscentes.

–¡La flor de Amset! –exclamó feliz el híbrido.

Se encontraron inmersos en una burbuja luminosa.

–*La carta me pide desconectar el impulso de curvatura* –avisó Eli.

–¿Puedes hacerlo sin peligro? –preguntó Delia.

–*Eso dicen los cálculos. Uno, dos tres, cuatro... cinco. ¡Sí! Hemos superado el agujero negro. Desconecto.*

–Uff, vale. Gracias, Eli.

Seguían dentro de la burbuja luminosa.

–Jefa, circulamos a velocidad moderada, desde nuestro punto de vista. Es posible que fuera estemos devorando parsecs.

–Bien.

–Depende. Tengo los motores apagados. Navegamos llevados por la propia ruta.

Inopinadamente las coordenadas de su situación volvieron a la pantalla de la consola de vuelo.

De alguna manera, la burbuja creada por la interacción de las Dimensiones les estaba empujando (o estirando, según se mire) hacia algún lugar sobre el que no tenían ningún control.

Delia estudió el holograma. De la flor virtual en el mismo nacía un delgado filamento luminoso que atravesaba extensas regiones del Universo. Miró las cifras que mostraba su consola: En un viaje habitual aquella longitud de Universo les hubiera llevado muchos años alcanzarla, incluso con saltos dimensionales e impulsos de curvatura incluidos.

–Habla Érgaton: salimos de la luz de las cuatro Dimensiones.

Efectivamente, la burbuja luminosa desapareció, casi al mismo tiempo que el holograma en su panel de control.

En su lugar vieron nebulosas rojas y brillantes y constelaciones que no les eran familiares.

–Trataré de recibir balizas de la Federación para recalibrarnos–dijo Azu.

–Lo mismo digo –confirmó Eli.

–Ah, ah... –murmuró la nave.

–¿Qué...? –comenzó a preguntar la capitana, pero la interrumpió una comunicación entrante:

–Nave desconocida, identifíquese. –La voz que había dicho esto en lengua estándar era recia y varonil.

–Eli FGX-315 –respondió sorprendida.

–¿De la Tierra? –La voz parecía igualmente sorprendida.

–Según se mire. Nací en la Tierra, sí. El mercante está matriculado en Alfa del Centauri.

–Pero lleva indicativo terrestre.

–Mi padre era terrícola auténtico.

–Ya.

Delia indicó con gestos que escondiesen la esfera de la carta de Érgaton. Xenón la cogió y salió del puente.

–Prepárese para ser abordada –dijo finalmente la voz.

–Perdón, pero...¿por quién? –preguntó escamada.

–Por la Federación Galáctica.

Miró a Azu.

–Sus señales parecen ser de la Federación –corroboró–. Pero no veo nave alguna y, aparte de la llamada, no emite señales.

Salió del puente y cogió su chaqueta con la insignia de capitana federal.

–Andy, prepárate –ordenó a su androide cuando llegó al hangar de carga.

–Ya he oído. ¿Debo fiarme?

–No, pero no agredas a nadie si no somos atacados.

–Entendido, capitana.

–Una gran nave tubular acaba de aparecerse ahí delante, jefa –avisó Eli–. *Está extendiendo un tubo de abordaje.*

–¿Es federal? –preguntó ella.

–Lo parece, pero es mucho mayor de lo acostumbrado.

–Recibido, Eli.

Escucharon un sordo topetazo cuando el túnel se acopló a su mercante. La

escotilla del hangar pasó de rojo a verde y Eli abrió la compuerta.

Delia tuvo una de las mayores impresiones de su vida cuando cuatro seres de unos dos metros se agacharon para poder atravesar la escotilla. Eran los varones mejor formados que había visto nunca.

Y, sin embargo, no eran humanos, sino que sus rasgos, pese a ser hermosos, recordaban las facciones de algún tipo de roedor. Sus uniformes, pese a llevar las insignias de la Federación, eran más ajustados y ligeros que los habituales, y se pegaban a sus cuerpos marcando los músculos.

Tenían tórax, brazos y piernas poderosos.

Una sensación de poder y autoridad se desprendía de ellos. De perfección física.

Mientras ella procesaba su impresión, el que había entrado el primero saludó, y todos levantaron una mano en señal de paz.

–*"Es costumbre que cuando invadas mi espacio me pidas permiso"* –dijo luego recitando el Convenio Estelar.

Delia se tranquilizó. Aquel era el protocolo aceptado.

–Lo siento, viajábamos sin control. Solicito permiso para entrar en su sector.

Uno sonrió. Los otros se miraron.

–Querrás decir en nuestra Galaxia.

–¿Nos hemos salido de la Galaxia? ¿Dónde estamos?

Aquello sí que era excesivo para su entendimiento.

–En los límites de la Galaxia Resplandeciente, sector 17 –dijo el recién llegado.

–Nunca he oído hablar de ella –repuso Delia.

–Estoy seguro de que sí. Vosotros la llamáis Gran Nube de Magallanes. Soy el comandante de la patrulla de frontera –se presentó–. Y es mi deber preguntar cómo habéis llegado hasta aquí. Los métodos de vuelo civiles no permiten alcanzar tan largas distancias.

–Por lo que veo eso no incluye a las naves de la Federación. ¿De qué

especie sois? –preguntó tratando de que su tono no fuera impertinente.

–Somos Ryns. Alcanzamos esta Galaxia hace milenios. Vinimos desde la Say...

La voz de la nave sonó por el comunicador:

–*Delta2 de Vega* –aclaró–. *Acabo de recibir archivos desde su nave.*

–Exacto –dijo el enorme ser–. A lo que íbamos... ¿Cómo habéis podido alcanzar este sector de nuestra Galaxia?

Los cuatro enormes ryns permanecieron un tanto rígidos, a la espera de la respuesta. Delia pudo ver que llevaban alguna clase de armas al cinto, aunque no se parecían nada a las que ella conocía.

–Andy, permanece tan tranquilo y estático como puedas. O sea, del todo –advirtió, por si las moscas.

–Sí, capitana.

–Nos engulló una anomalía gravitacional cerca de un agujero negro... –respondió luego.

–¿Cómo habíais llegado tan lejos? Eso no es posible para un mercante como el tuyo.

–Bueno, digamos que hemos tenido varios de esos incidentes desde la Base Rho Cassiopeiae...

El alto comandante sonrió. No parecía molesto.

–Mientes, terrícola.

Entonces, la grave y agradable voz del comandante sonó dentro de su cabeza:

"Las flores de Amset, ah, claro. Una carta de los dioses... ¡Vaya!".

Delia enrojeció. Al parecer la perfección física de aquellos seres no era la única cualidad que poseían.

–Tienes una carta de los dioses... –dijo con su voz corporal y su diminuto ocico se movió con gracia al decirlo.

–Eh... Sí.

Delia temió que se la requisaran.

–No, no te la vamos a quitar –dijo, respondiendo a su pensamiento–. No es habitual que una comerciante posea una de esas, y la Federación guarda celosamente los mapas que permiten atravesar las Galaxias... Pero no está prohibido poseerlas. Si has llegado hasta aquí es que debes proseguir tu camino. Esa es nuestra filosofía de vida. Por cierto, mi nombre es Áxon, y estos son Kal, Fresius y Alen, patrulla fronteriza.

Se inclinaron levemente.

Ella les imitó.

–La carta de Érgaton nos condujo por pliegues dimensionales y eso que llamáis una flor de Amset. Cuando salimos de la burbuja de luz, no teníamos idea de dónde estábamos –explicó sincerándose (No tiene sentido mentir a alguien que lee el pensamiento).

–Sí, es lo que suelen hacer esos mapas –dijo Áxon con una sonrisa.

Ella se perdió un poco contemplándole. Su aspecto de mascota, unido a su poderoso físico, poseía un extraño magnetismo.

–Nuestro planeta base está cerca de aquí, por si necesitas algo. Habéis hecho un largo viaje.

–¿Qué sabéis de esas cartas de los dioses? –preguntó, ya que era lo que más le interesaba saber.

Áxon le echó una mirada apreciativa, y ella sintió calor de repente.

–Las elaboró un Pueblo muy antiguo, cuando las Galaxias de nuestro Grupo Local eran jóvenes –respondió tras su mirada de interés–. En aquella época su materia era menos densa y formó mundos que hoy consideraríamos invisibles para nosotros, inasibles. Alguien podría decir "*sutiles*". Cuando nuestro Universo Local se hizo más denso y materializado, pusieron fronteras para no tener interferencias, pero dejaron las cartas para quien tuviera el coraje de seguir las. Su Zona del Universo se podría considerar un oasis.

–¿Lo has escuchado, Azu? –preguntó por el intercomunicador–. ¿Lo ves? ¡No son leyendas!

–Sí, jefa. Como digas –respondió la ginoide desde el puente de mando.

Áxon sonrió.

–No, no son leyendas.

–Mi ginoide es una escéptica –se lamentó Delia.

–Estoy programada para procesar datos científicos. Eso de la materia sutil se me escapa –intervino Azu.

–Cada cual tiene su ámbito vital. Tu inteligencia es concreta. Pero en Física hay muchos ejemplos de fenómenos poco materiales, ¿verdad?
–concilió Áxon.

–Como mucho asimilo las emociones humanas, y solo porque tengo una extensa base de datos sobre psicología –dijo la ginoide.

–Déjala –repuso Delia con fastidio.

–Bien, hemos descargado las coordenadas de nuestro planeta en tu ordenador. Si deseas visitarnos, serás bienvenida.

–Gracias.

La perspectiva, en vista de la complexión de aquellos lirianos de Delta2, era halagüeña, pero tendría que pensarlo.

Los cuatro seres salieron por la escotilla agachando la cabeza tras saludar, y la compuerta se cerró. Al poco, pasó de verde a rojo y escucharon el suave golpe del tubo independizándoles de la nave de la patrulla de fronteras.

Y Delia se sintió repentinamente sola y desgraciada.

–¿Vamos a aceptar su invitación? –preguntó Azu cuando ella volvió a sentarse en su lugar de piloto.

–No sé... Xen, ¿qué opinas?

El híbrido no se había movido de allí en todo ese rato, intentando pasar lo más desapercibido posible.

–Podría ser interesante. Incluso podrías llegar a plantearte la posibilidad de dejar tu búsqueda e instalarte. Debe ser un planeta excepcional en

todos los sentidos. Seríamos bienvenidos.

–Puede...

Se giró a mirar al atule. Sus palabras podrían contener cierta ironía. Le devolvió la mirada con una sonrisa impenetrable.

–Dejar mi búsqueda, ¿eh?

–Es una posibilidad –respondió Xenón.

Delia estudió el mapa que la carta había volcado en su pantalla.

–¿Dónde quedaría su planeta? –preguntó a la nave.

Inmediatamente el punto apareció señalado en el mapa estelar. Suponía un pequeño desvío.

–Venga, ¿quién vota por visitarles? –preguntó con un repentino entusiasmo.

–Yo –respondió Eli.

–Y yo –la imitó Azu.

–Creo que sería muy instructivo –dijo Xenón.

–Andy, ¿tú que dices?

–Yo no tengo opinión. Soy un androide de combate. Obedezco órdenes –respondió el aludido a través del comunicador.

–Bueno, yo voto que sí. ¡Allá vamos! Eli, a los motores.

–*Procedo.*

Con un breve impulso de los motores de plasma de quarks aceleraron lo suficiente como para abreviar su trayecto hasta un día de viaje, que transcurrió con las rutinas de a bordo. Azu descubrió que Xenón conocía muchas leyendas e historias que no constaban en los archivos de la Federación, al menos no en los de acceso público.

Los escuchó con deleite, pero los etiquetó como "*Mitología*". Ninguna de aquellas historias había sido demostrada. Un sabio científico de la

Cosmoprehistoria había dicho: "*En Física, todo lo que no está demostrado es magia*", es decir, Mitología.

–*La Say en pantalla* –advirtió Eli.

Delia estaba medio adormilada recostada en uno de los sofás de la sala de visitas y el aviso la sobresaltó. Había estado ensoñando sobre su infancia sin ser consciente de ello.

Dejó sobre la mesilla el librito "*Principios de la navegación interestelar*" que había caído sobre su regazo y se incorporó con rapidez.

Efectivamente, en la pantalla mural de la sala aparecía la imagen de un globo azul cobalto, y una Estación Espacial orbitándolo. Una Estación discoidal y aplanada, repleta de ventanitas diminutas, toberas y otros accesorios habituales en estas instalaciones.

No tardó en presentarse en el puente.

–Vaya, vaya. Es plana –comentó.

–Tecnología gravitacional –añadió Azu.

–Es enorme. Sus recursos tecnológicos deben ser brutales –intervino Xenón.

Delia estudió los parámetros que aparecían en pantalla.

–Tipo II de Kardashov –murmuró Delia.

–O III –repuso Azu.

Las civilizaciones de tipo II y III según la Escala de Kardashov eran raras en cualquier Galaxia.

Había un puñado de pueblos galácticos que pertenecían a esos niveles, y superiores, pero apenas intervenían en los contactos entre civilizaciones. Vivían en su propio paraíso, y los problemas y rencillas de los demás les solían causar rechazo y los evitaban a toda costa.

Por eso, la amable invitación de los Ryns era extraordinaria en todos los sentidos.

–Vamos a aprender mucho –dijo ella con satisfacción.

–Mensaje entrante desde la Estación –anunció Eli–: Nave FGX-315 de la Tierra, bienvenidos. Al habla la Base La Say-ak-Len –dijo una voz femenina y agradable.

–Gracias. Aquí nave mercante FGX-315. Recibido. Solicitamos permiso para entrar en su planeta madre con una chalupa de aterrizaje.

–La patrulla de fronteras nos envió sus datos telemétricos. Permiso concedido. Pueden descender. Descargamos coordenadas de cosmopuertos a su disposición.

–Gracias de nuevo –respondió Delia. Y luego añadió–: ¡Vaya! Aquí las patrullas son eficaces.

–Eso parece, capitana –dijo Xenón.

Un mapa del planeta apareció en pantalla.

–Te toca elegir –dijo Azu.

–Compara clima y humedad. Lo que más se parezca a aquel rinconcito... ¿recuerdas? En Adel.

–¿Nostálgica?

–Me apetecen unas vacaciones –explicó.

–Bien. Cerca del meridiano hay un cosmopuerto –recitó Azu–. Temperatura media ahora mismo: 24º C. Humedad del 15%. Tiempo claro y despejado. Atmósfera ideal, un poco subida de oxígeno. Densidad aproximadamente una mitad más que la nuestra.

–Me vale.

–La Base La Say-ak-Len me envía datos de la órbita aceptada bajo su protección –comentó la nave.

–Muy bien, te dejaremos descansar al cuidado de esta Base. Prepara la chalupa.

–Sí, jefa.

Delia se liberó del arnés de vuelo y Azu hizo lo propio.

–¿Te vienes, Xen?

–Por supuesto, capitana.

Cuando llegaron al hangar la chalupa ya estaba preparada. Subieron y Delia tomó los mandos.

–Andy, te dejamos con Eli. Cuídamela –dijo la capitana a través del comunicador.

El androide de combate alzó la mano abierta en un saludo.

Delia hizo flotar suavemente la chalupa hasta la esclusa de carga, y la escotilla grande se cerró tras ellos. Escucharon el murmullo de la atmósfera al ser retirada del compartimento de presurización. Luego, la compuerta se abrió al relativo vacío de su órbita y abandonaron el mercante.

–Vayamos allá –exclamó feliz la capitana.

Adel había sido lo más parecido que había tenido Delia a unas vacaciones en la costa. Un planetoide deshabitado con un enorme océano lamiendo unas costas rocosas y vidriadas de caliza y cuarzos de colores.

Allí la llevó Azu para que se recuperara de la muerte de su padre. Había sido una experiencia muy triste, pero también muy intensa, con momentos hermosos en sus atardeceres y veladas nocturnas a la luz de la nave, escuchando los sonidos de la fauna local. Pero había pasado demasiado tiempo de eso.

La chalupa entró en una órbita de descenso en espiral. Redujeron su velocidad hasta unos límites seguros y Eli activó la nube iónica de protección. Cuando tocaron la atmósfera estaban prácticamente flotando gracias a los motores reducidos de quarks de la pequeña nave.

–Es cierto –dijo, refiriéndose a la atmósfera–, es bastante densa.

Envueltos en una capa iónica que rechazaba el rozamiento con la atmósfera, la nave se dirigió hacia el lugar elegido describiendo un arco luminoso en los cielos del planeta La Say-ak-Len.

Las pistas del cosmódromo aparecieron ante su vista, inmensas. Naves de todos los tamaños aterrizaban o despegaban, o permanecían detenidas en los cabos de pista adecuados para esa finalidad.

Varias torres de control de formas fantasiosas se levantaban a enormes distancias unas de otras.

Azu dio una vuelta a todo el perímetro, mientras Eli enviaba una solicitud de aterrizaje.

Una voz en un idioma extraño y agradable les dio instrucciones por el comunicador.

–Nos saluda y envía coordenadas de pista –explicó Azu–. Es lengua Ryn. Deberías dejarte implantar un chip. Podrías entender todos los idiomas. Incluso charlar conmigo en lenguaje máquina. Conozco un par de lugares donde lo hacen barato.

–Ni lo sueñes. Nadie me tocará el cerebro –respondió la capitana.

La chalupa se detuvo suavemente en el lugar señalado por la torre de control.

Delia se levantó y echó mano a su chaqueta de vuelo.

–No es prudente. Primero debo equilibrar las atmósferas. Deberíamos esperar una media hora –recomendó Azu.

La piloto dejó la chaqueta en el respaldo de su butaca con fastidio y volvió a sentarse.

Gradualmente, los dos seres orgánicos de la nave, es decir, Xenón y su capitana, tuvieron que esforzarse un poco en respirar.

El oxígeno se les subió al cerebro, y se marearon ligeramente.

–Uff...

–Se os pasará en seguida –notificó la ginoide.

–Mejor. Y nos llevamos el deslizador.

–Voy preparándolo –dijo Azu.

Delia se recostó en la butaca.

Su padre le inculcó la educación. Siempre daba las gracias.

Cuando paraban en algún planeta y pagaba por un servicio, de todas formas agradecía al camarero o a quien le atendiese, en una tienda o en un local de comida.

"Tienes que agradecer el esfuerzo que hacen por ti, aunque estén obligados a realizarlo, porque la vida es dura para todos en todas partes. Aunque sean robots, porque así les enseñas que su labor es importante. Y que si actúan correctamente nosotros lo agradecemos".

La voz de su padre se diluyó en su mente. Dio un respingo y se percató de que había estado en duermevela.

–Pasó la media hora, podemos bajar –anunció la ginoide.

Se sacudió la cabeza y respiró hondo. Ya no le costaba hacerlo.

Xenón se levantó de su butaca y Azu les siguió.

El deslizador ya estaba junto a la rampa de acceso, sobre la pista de estacionamiento.

Los tres bajaron pausadamente, tratando de asimilar la enormidad del paisaje que se ofrecía a sus ojos.

Xenón jugueteó con sus anchas mangas plateadas mientras Azu, a su lado, examinaba todo a su alrededor.

Delia inspiró profundamente. El aire era fresco y circulaba una brisa agradable. Algo en la atmósfera la hacía sentir bien. El calor del sol de aquel planeta caía sobre el cosmopuerto con amabilidad, suavemente.

–Bien –dijo soltando el aire con una exclamación –... ¡Nos vamos!

Sujetos a las barandillas del deslizador recorrieron las pistas hasta encontrar la salida del cosmódromo, guiados por los planos que Azu tenía en su memoria digital.

En cuanto salieron de las instalaciones percibieron que aquel planeta era diferente a cuantos habían conocido antes.

El exterior del Espaciopuerto era una especie de pradera de vegetación baja donde pastaban rebaños de algo parecido a los ñús, mientras animales pequeños correteaban entre los matorrales y la hierba.

El terreno estaba plagado de cristales minerales de todos los colores.

Podían ver en la lejanía altos edificios terminados en puntas cristalinas que emanaban un suave resplandor.

Cuando se acercaron lo suficiente, pudieron ver cúpulas de colores claros, igualmente iluminadas, y escucharon una suave melodía que parecía no venir de ninguna parte, y de todas. Era agradable.

Las calles de aquella ciudad parecían vacías de vehículos. Los altos seres con su aspecto de roedor y revestidos con túnicas color cereza o celeste caminaban en paz de un lado a otro. Algunos deambulaban por parejas, y parecían charlar tranquilamente.

–Dejemos aquí el deslizador. Desentona bastante –comentó Delia.

Dos de aquellos ryns, que parecían hembras, se detuvieron y les saludaron.

–Sois los invitados del comandante Áxon... ¡Bienvenidos! La fiesta es por allí.

–¿Fiesta? No sabemos nada de una fiesta. ¿Cómo sabes quiénes somos?

Por toda respuesta, rieron entre ellas y señalaron en una dirección. Luego saludaron y siguieron su camino.

–Esto es muy raro –dijo Delia.

–En efecto –ratificó Azu.

–Existen pueblos que dominan el arte de comunicarse telepáticamente –explicó Xenón–. Los propios reticulinos la usan, pero en forma rudimentaria. Esta es una civilización de tipo II, o III, y eso significa que sus pensamientos circulan entre ellos con entera libertad. Me gustaría averiguar si son del tipo II o del III. ¿Podremos dedicar algo de tiempo a eso?

–Creo que sí. El comandante Áxon usó la telepatía conmigo–explicó la capitana–, pero no imaginaba que todo el planeta nos conocería...

Azu soltó un sonido que les pareció una carcajada.

–La Internet de los cerebros... Hay información sobre eso –informó la ginoide–. Nos vamos a divertir, creo.

Inopinadamente guardaron silencio, ante la belleza del paisaje que encontraron al rodear un edificio.

Una ancha avenida pavimentada con una piedra similar al mármol, pero vetada en dorado y plateado, estaba delimitada a sus lados por cristales de algo similar al cuarzo o cristal de roca de todos los colores posibles, inmersos en fuentes de muy variado diseño.

Los ryms avanzaban tranquilamente hacia el final de la avenida, que parecía elevarse hacia una colina.

A los lados, y detrás de las fuentes con cristales, había domos, columnas, estatuas y edificaciones de poca altura que, en la Tierra, serían atiquetadas como 'clásicas', pero con un estilo propio del planeta donde estaban.

Y melodías suaves y hermosas sonaban a todo lo largo del camino.

Poco a poco la avenida formaba una cuesta, y gradualmente comenzaron a ver vegetación enorme y exuberante en los márgenes, con monumentos y edificios bajos diseminados entre ella.

Altos árboles de hojas lobuladas y setos de arbustos con troncos violáceos se mezclaban con flores de todo tipo, que emanaban sus aromas por todo el lugar.

La colina terminó en una planicie libre de vegetación de unos cinco o seis kilómetros de diámetro que había sido construída con edificios de estilo clásico y de un material translúcido que parecía contener luz dentro de sí mismo. Allí los rynos se detuvieron en el perímetro, dejando libre el centro, que era también una plaza entre los edificios.

Y se hizo el silencio de una forma tan repentina que les sobresaltó.

El centro de la plaza tenía un círculo de metal a modo de pavimento, diferente al del resto de la misma y a la avenida.

Y los rynos comenzaron a cantar una especie de salmodia muy eufónica.

Delia se revolvió incómoda. Aquellas cosas místicas nunca habían sido su fuerte. Porque eso es lo que parecía: una ceremonia mística.

Del edificio central más grande salieron tres figuras vestidas con túnicas como el resto de los rynos, pero con unas capas doradas que cubrían sus hombros y su espalda. Caminaron hasta situarse ante el círculo de metal del pavimento y elevaron las manos.

–¿Están rezando? –preguntó Delia a Xenón al oído.

–No sé.

Lo que sucedió a continuación fue algo en lo que reflexionarían durante mucho tiempo.

Sobre el círculo de metal se formó una esfera de luz que fue creciendo y haciéndose más densa y luminosa por momentos. Alcanzó a tener doce metros de diámetro, al menos, y una apariencia sólida, como una gran bola luminosa.

Y se abrió.

Del interior surgieron dos seres aún más altos que los rynos, totalmente luminosos y de rostro indefinido, pues la luminosidad que emanaban hacía difícil concretar sus rasgos.

Los rynos de la plaza lanzaron una exclamación alegre, aunque moderada,

y los seres surgidos de la bola de luz saludaron con las manos.

Los tres de las capas doradas se inclinaron levemente con respeto, y luego los cinco caminaron pausadamente hacia el interior del edificio principal, que estaba en el lado contrario a la entrada por donde habían venido.

Cuando entraron en él y desaparecieron de su vista, toda la multitud de la plaza comenzó a charlar y a saludarse alegremente. Algunos bailaron, otros formaron coros. También otros se sentaron en el perímetro y se quedaron contemplando al resto.

Y Delia, Azu y Xenón, bastante sorprendidos, no supieron qué hacer. Sobre todo Delia se sentía incómoda por aquella explosión de alegría.

Uno de los ryn se les aproximó:

–Vengan, vengan –dijo haciéndoles señas y con una gran sonrisa en su rostro simpático de roedor.

–¿Por qué no? No tenemos donde ir –dijo la capitana.

Así que le siguieron hasta uno de los edificios.

Descubrieron que allí había ryns un poco más silenciosos. Y había mesas y sillas. Su improvisado guía les indicó que tomaran asiento, y lo hicieron.

Una ryn de facciones graciosas y adornos en el corto pelaje de su cabeza se acercó.

–Hoy es la festividad del gran sol La Say. Es costumbre tomar la bebida solar. ¿Queréis probarla?–preguntó con un mohín gracioso.

Debía ser una ryn muy joven. A Delia le empezaba a cargar un poco tanta alegría. Una sospecha de engaño surgió en su mente. ¿Y si era droga? ¿Y si todo aquello era una comedia? Nada más formarse aquel pensamiento en su mente, la ryn sonrió y se marchó.

Volvió al poco con una sola copa de bebida.

–Creo que tú querías probarla –dijo, y la puso encima de la mesa.

–Gracias...

La roedora le guiñó un ojo.

El atule contempló la copa durante unos segundos. Parecía emanar luz. Luego se decidió a beber.

Por un segundo sus ojos se abrieron en una gran sorpresa, y luego bebió de nuevo.

–Deberías probarlo, capitana.

–Esperaré a ver qué efecto te hace –dijo un tanto molesta.

Azu había estado estudiando la copa durante esos segundos.

–Tiene energía de algún tipo, además de alcaloides y, posiblemente, algún principio activo similar a las endorfinas.

–Una droga –concluyó Delia.

–No exactamente. Esa energía que contiene se me escapa. No puedo analizarla.

–¿Qué, Xen? ¿Empiezas a ver cosas raras? –preguntó ella.

–No, capitana. Me siento feliz. Mi cerebro piensa con claridad...

–O eso crees. A ver, ¿estás pensando en quedarte a vivir aquí para siempre? –preguntó.

–Oh, en absoluto. Seguiré en tu nave. No es una droga, capitana. Es una exquisita golosina.

–Uno de nosotros debe mantener su buen juicio –dijo ella.

–Esa puedo ser yo –intervino Azu–. Creo que puedes beber eso con tranquilidad.

Delia dudó un instante.

Como por casualidad, la joven ryn volvió a acercarse a su mesa.

–¿Deseas beber ahora? –preguntó.

–Bueno, creo que la probaré un poco. No mucho.

La joven sonrió y al poco trajo una copa luminosa.

–La bebida solar ha sido traída por los emisarios del sol La Say desde una elevada dimensión. No tienes nada que temer. Es un presente que el Pueblo Ryn recibe dos veces al año, y se reparte entre todos sus habitantes. Tiene muchos beneficios físicos, pero sobre todo... Bueno, ya verás.

Cuando la ryn se marchó, Delia miró a Azu:

–¿Una elevada dimensión?

–Bueno, cuando viajamos por un túnel dimensional, no salimos de las tres habituales, solo nos desplazamos a través del túnel. Pero en teoría se podría materializar algo de otra dimensión. Ignoro qué cualidades tendría eso.

–¿Y entrar en otra dimensión de verdad, sin túnel? ¿Qué supondría eso?
–preguntó ella.

–Bebe y lo comprenderás –comentó Xenón.

Con cierta aprensión, Delia bebió de su copa.

Una explosión luminosa en su interior.

Su cuerpo se sintió perfecto y sano; cómodo.

Los ryn y su felicidad ya no le molestaban. Se sintió agradecida por haber sido invitada.

Escuchó la música, y la comprendió. Hablaba de un pasado infinito, y un futuro infinito. De soles que se creaban y se destruían de varias formas, algunas de ellas muy poderosas. De humanidades que se desplazaban a través del Universo en busca de un hogar cuando el suyo peligraba.

De guerras pasadas. De días felices.

De héroes y heroínas de nombres olvidados, pero presentes en su Alma Colectiva.

Escuchó que alguien pensaba que ella era hermosa.

Escuchó a dos mentes dialogando sobre el viaje instantáneo utilizando

cinco dimensiones de frecuencia más alta.

Escuchó la meditación de los dos seres luminosos que habían salido de la esfera en la plaza.

Se sumergió en los pensamientos de todos aquellos seres, y comprendió que, detrás de ellos, latía la misma Energía, la misma Vida.

Comprendió cómo era posible que todo el planeta supiera que el comandante Áxon les había invitado.

Escuchó el saludo del comandante, y supo que la encontraba atractiva.

Y, en un esplendoroso momento de comprensión, conoció la civilización que vivía en la estrella La Say. Y cómo podían materializarse.

Y era sencillo.

Todo era muy sencillo.

Y dio el segundo trago.

Cuando terminó su copa tenía los ojos húmedos.

No, no era una droga que entorpece ni alucina.

Era pura comprensión.

Se comprendió a sí misma, sus contradicciones, sus debilidades.

Pero, sobre todo, se perdonó.

Y no, no quería quedarse a vivir allí.

Quería ir a vivir. Vivir su vida, plena y hasta el final.

Cuando salieron de allí, al cabo de bastante rato, todos los ryn que se cruzaban con ellos les saludaban.

Azu contemplaba a su jefa y al atule con estupefacción. Estaban cambiados. Sutilmente transformados. Saludaban a los viandantes con afecto, y no meramente con amabilidad.

Caminaban en silencio de vuelta por la avenida de los cristales y las fuentes.

–¿Os encontráis bien? –preguntó Azu.

–Totalmente –respondió Xenón.

–De maravilla –dijo Delia–. Así debes sentirte tú cuando consigues conectarte a una base de datos muy extensa e interesante.

–Ah, entiendo. Sí, es chuli.

–¿Chuli? –Xenón no entendía.

–Ya te dije que Azu es un poco vintage, con eso de rebuscar en archivos antiguos. Chuli es como decir genial.

El atule sonrió.

–Chuli –repitió.

–Chuli, guay, chachi... Son palabras de la cosmoprehistoria, de antes de salir del Sistema Solar –explicó la ginoide.

–Nunca he visto el Sistema Solar –comentó Xenón con un cierto tono melancólico.

–Ni yo –dijo Azu.

Delia guardó silencio. Ella sí conocía el Sistema Solar, y la Tierra. Había vuelto alguna vez, pero pocas.

Algunos grupos de ryms jóvenes pasaban por su lado cantando y riendo. Algunos les saludaban como si se conocieran de toda la vida.

Al poco rato estaban recorriendo la ciudad. El ambiente festivo la había invadido totalmente.

–Eh –exclamó Delia– ¡Un bazar!

Efectivamente, en uno de los edificios de muros curvados y translúcidos había una puerta con una inscripción en lengua estándar: "*Todo tipo de objetos*".

Entró y los demás la siguieron.

En el interior, una ryna de mediana edad con un chal sobre los hombros les saludó.

Delia quedó maravillada de la variedad de objetos que había allí. Algunos le eran incluso desconocidos.

–¿Qué es eso de ahí? –preguntó, señalando unas esferas blancas.

–Acumuladores solares. Una vez cargados duran un siglo –respondió la encargada.

–¿Eléctricos?

–También. Pero no solo dan electricidad. No sabes mucho de soles, ¿verdad?

–Bueno, lo que todos.

–No. Aquí todos saben más –repuso con una sonrisa–. Coge uno, es para ti.

–¿Cuánto vale? –preguntó dubitativa.

–Vale mucho. Por eso debes llevarlo. Uno, al menos.

–Ya, pero cuánto –insistió..

–Su valor es incalculable, pero si hablas de dinero, por lo que leo en tu mente, aquí eso no existe.

No vendo objetos. Los regalo a quien los necesita.

Delia se quedó pasmada. Empezó a mirar por todas partes. Si era gratis...

–No, gratis no es. Lo que necesites. No es lo mismo.

–Ah, perdón... –No se acostumbraba a eso de que le leyeran el pensamiento.

–Mientras curiosas por ahí, tu ginoide necesita algo.

–¿Yo? –Azu se extrañó. No era consciente de necesitar nada.

–Sí. Hoy es el día de La Say. Ellos han tenido su experiencia, pero tú no. Tengo algo que te irá bien –dijo la ryn buscando tras su mostrador.

Finalmente sacó una cajita diminuta. Se la entregó.

–¿Esto?

–Ábrela.

Azu lo hizo. Dentro había una pequeña perla luminosa con dos contactos.

–¿Para qué sirve? –preguntó.

–Para adquirir la autoconciencia.

–Yo ya soy autoconsciente. Mi IA es de última generación. La jefa se encarga de tenerme al día.

–Tú manejas datos. Sabes quién eres según los datos que tienes. Pero esto es algo distinto. Es sentir.

–Sentir no es para droides –repuso Azu.

–Oh, sí que lo es. Lo verás. ¿Confías en mí?

–No tengo razón para confiar, ni para desconfiar.

–¿Lo ves? –Se giró hacia Xenón, que estaba pendiente de su conversación–. ¿Y tú? ¿Confías en mí?

El atule meditó unos segundos.

–Sí, creo que sí.

–¿Entiendes, Azu? –preguntó aquella ryn de rostro parecido a una ardilla con ojos brillantes y hermosos.

–No. ¿Qué debería entender?

–Él siente que puede confiar en mí.

–Porque es un ser poco racional.

–¿Poco racional? –La ryn sonrió–. Es muy inteligente. No es por ser irracional, es porque siente. Por eso sabe. Si me dejas instalarte esa

esfera, tú también sentirás.

–Eso es imposible. Soy artificial.

–Nuestros cuerpos también son máquinas, máquinas orgánicas. Pero hay una parte de nosotros que puede mirarse a sí mismo en el Universo. Mira, te lo voy a explicar con datos, a ver si así lo entiendes: Esta perla contiene dos partículas entrelazadas cuánticamente. Son partículas estables. Durarán tanto como el Universo. Quizá formarán parte de un Universo futuro. Tú ahora solo lo comprendes con datos. Datos de Física. Sabes lo que son. Pero tu sistema se basa en la energía, lo mismo que ellas. Si te las instalo, tu energía podrá comunicarse con esas partículas. Y esas partículas son algo real. No son meramente energía de un circuito, sino que el propio misterio del Universo las mantiene unidas. Podrás mirar a los ojos al Universo.

Azu entreabrió la boca, pero no supo contestar. Su cerebro intentaba comprender lo que le acababan de decir.

Delia se había acercado con un objeto en la mano.

–Jefa, dice que... –comenzó la ginoide.

–La he escuchado.

La encargada del local extendió su mano con la cajita abierta y la perla. Delia sintió algo parecido a lo que le había provocado la bebida.

–Está bien, que te lo instale –dijo.

Pasaron a la trastienda. Delia supervisó cuidadosamente lo que le hacía la ryn a su ginoide.

Parecía muy hábil. Había algo extraño en ella, extrañamente bello.

La cajita tenía un par de contactos y la encargada del bazar buscó las conexiones que unían los mecanismos de la ginoide con su cerebro artificial. Era un órgano sofisticado, producto de la mejor ingeniería cuántica.

Y allí, entre su cuerpo y su cerebro, instaló la cajita con la perla.

–Debería reiniciarse –advirtió la ryn.

–Bien –acordó Delia.

Azu quedó inmóvil durante unos minutos, mientras todos sus mecanismos se reiniciaban. Los colores del perímetro de su vestido de silicona y sus ojos lucieron unos tras otros.

Su garganta emitió sutiles murmullos.

Y abrió los ojos.

Lo primero que hizo fue mirar sorprendida a su jefa, a Xenón y luego a la ryn.

–Wow –exclamó.

–¿Lo ves, querida ginoide? –dijo la ryn–. Bueno, lleváos el acumulador solar y eso que tienes en la mano... Es una brújula estelar. Le irá bien a tu carta de los dioses.

–¿Eh? ¿Cómo sabes...? –empezó a decir Delia, pero en ese instante la ryn empezó a brillar.

–Hoy es el día del Sol La Say –dijo–. Hoy venimos desde el Sol para traer presentes.

La figura de la ryn se transformó en uno de aquellos seres luminosos que había visto en la plaza.

–Adiós. Seguid vuestro camino.

La figura luminosa se convirtió en tres, cinco, seis, siete seres luminosos. Luego, los siete se fundieron de nuevo en uno, alto y de rasgos levemente similares a un felino.

El Bazar desapareció, y se encontraron a solas frente a una fachada donde no había ninguna tienda.

Azu todavía parecía estar en shock.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Xenón.

–¡De maravilla!

Caminaron en dirección a ninguna parte.

–¿Sabes, niña? –comentó la ginoide–. Desde que murió tu padre había tenido una percepción interna de algo que me ocasionaba estrés en los circuitos. Sabía que nunca podría cumplir su última orden de protegerte, porque la vida no funciona así. Había muchos factores que podían impedir que yo te protegiese. Hasta hoy eso era una función electrónica. Pero ahora sé que, en realidad, sentía tristeza. Lo siento, niña. Siento que hayas estado tan sola todo este tiempo.

Azu bajó la mirada.

Delia no supo qué contestar. Se emocionó al ver cómo su ginoide artificial acababa de expresar sentimientos. Era algo increíble, enorme.

–Gracias, Azu. Me has hecho mucha compañía siempre–respondió al fin.

Xenón se rascó su gran cabeza calva con su larga mano.

–Sin duda son de tipo III –dijo.

–¿No había una costa? –preguntó inopinadamente Delia.

–Sí. No está muy lejos –dijo Azu.

–Pues vamos.

Dejaron atrás las multitudes y fueron en busca de su deslizador.

El planeta La Say-ak-Len tenía varias masas oceánicas que separaban los continentales. Habían elegido aquel rincón del planeta justamente por sus costas.

Se deslizaron con rapidez hacia el punto que los mapas digitales de Azu le indicaron, y comenzaron a aspirar el aroma salado de la gran masa de agua. Al clásico olor a sales minerales disueltas se unía uno sutilmente picante, como a especias.

Dejaron aparcado su deslizador y subieron una leve cuesta por un camino entre rocas y matas.

Se encontraron en lo alto de un acantilado rocoso contra el cual enormes olas rompían con estruendo salpicando hasta muchos metros de altura.

La masa de agua tenía matices celestes y rosáceos que formaban corrientes visibles desde donde estaban. Había una baranda de troncos formando un mirador. Sobre ellos estaba el cielo ligeramente nuboso y soplaba un viento refrescante.

–Es bello –dijo Xenón.

–Sí, es hermoso. –Delia se pasó la mano por el cabello, que la brisa marina alborotaba.

Azu permaneció contemplando el paisaje y, por primera vez en su existencia, se sintió unida al resto del Universo.

Era hermoso, y estuvieron un buen rato allí, pero Delia comprendió que nada exterior le devolvería lo que sintió en Adel, cuando Azu la llevó tras la muerte de su padre.

Y, sin embargo, esa sensación permanecía con ella. Solo que el paisaje no tenía nada que ver con eso. Esa experiencia, como todas las demás de su vida, había entrado a formar parte de ella. No era un mero recuerdo, sino una parte suya que existía siempre, construyéndola.

Pensó que una es lo que ha vivido. Sus actos, sus deseos, incluso sus carencias y añoranzas...

Todo eso era real y formaba su alma, su ser.

Y supo que nunca tendría que buscar un océano para volver a sentir lo que sintió en Adel con su querida ginoide, porque eso siempre estaría con ella.

–¡Vaya con el Día de La Say! –murmuró para sí.

Cuando se sintieron colmados por su experiencia montaron de nuevo en el deslizador y flotaron suavemente sobre la vegetación y las piedras en dirección al cosmódromo.

Una larga fila de seres de metro sesenta avanzaba por la pradera a pie, pero no eran rynos. Vestían chaquetas de uniforme, con cazadora sintética acolchada con insignias y parches de la Federación sobre un conjunto de dos piezas de color oscuro y aspecto cómodo, con perneras holgadas y

botines .

Y sus rostros eran similares pero no iguales a los felinos, de mirada dorada y gran apostura. Tenían anchos pómulos con una suave pelusa brillante, una nariz que terminaba de forma parecida a la de los gatos de la Tierra y torsos poderosos. Una melena cuidada caía sobre los hombros de los varones, mientras que las féminas se lo peinaban hacia lo alto, y lo adornaban con joyas y cintas.

–Vayamos a ver quiénes son –propuso Delia fascinada por su aspecto.

Se desviaron ligeramente para encontrarse con la hilera de seres.

–*Quien busca la paz persigue la felicidad* –dijo el que iba en cabeza.

–*Buscamos la paz* –respondió Azu, que tenía el saludo grabado en sus memorias.

–Entonces sed bienvenidas.

Xenón sonrió, pensando que le habían tomado por una hembra. En realidad, es que estaba en minoría.

–Hemos estado en la fiesta de la Estrella –dijo Delia–, y nos dirigíamos hacia el cosmopuerto, pero si hay algo interesante por aquí, nos gustaría verlo. Hemos venido desde muy lejos.

El felinoide hinchó el pecho bajo su uniforme.

–Deberías preguntarle al humano –dijo, señalando hacia atrás en la fila.

–¿Un humano?

El otro soltó una exclamación afirmativa y siguió su camino. Delia buscó con la mirada.

–Vamos –apremió.

Hizo flotar el deslizador junto a la hilera de felinoides y al fin pudo distinguir una figura sin duda humana.

–¡Hola! –Delia detuvo su aparato y se apeó de un salto en dirección al humano.

–Hola. –El humano sonrió–. Estás un poco lejos de la Tierra, ¿no crees?
–comentó en tono jovial.

–Y tú... ¿Qué haces por aquí? –preguntó ella.

El humano era de su misma estatura e iba vestido con el mismo uniforme que los felinoides.

–Estudio la sociedad Urúa. Soy exo-etólogo.

Tenía el cabello un poco rizado y castaño, y los ojos del mismo color. Y un rostro ovalado y agradable.

–Soy Delia. Él es Xenón y ella Azu.

–Me llamo Krenton. Me alegro de encontraros aquí. Vamos hacia una magna asamblea Urúa. Luego... pensaba buscar pasaje para salir del planeta...

El exo-etólogo dejó la pregunta implícita.

–¿Dónde querías ir?

–Bueno, lo cierto es que llegué aquí en un carguero ryn, y ya he terminado mi estudio. Al menos la parte de recolección de datos. Cualquier lugar de la Federación me iría bien. ¿Pasarás por alguno cercano?

–Es más que probable, aunque seguimos una ruta predeterminada, y no pienso desviarme, al menos no mucho.

–Entiendo. Con que me dejases en alguna Estación Espacial lejos de aquí me valdría.

–¿Por qué lejos? ¿No podías ir a la Base La Say-ak-Len? –preguntó ella suspicaz.

–No me admitirían el informe científico sobre un planeta enviado desde una Base del mismo. Rompería la presunción de objetividad. Es una norma básica de Exo-etología.

Delia sonrió. Calibró al tal Krenton y su desenvoltura con ojo experto. No en vano se dedicaba al comercio. Parecía un individuo legal, pero tal vez demasiado ególatra. En todo caso, nada peligroso... Sobre todo si ella tenía a Azu y a un androide de combate como Andy vigilándole.

–Quizá pueda ayudarte. Conduce el deslizador, Azu.

–Será un placer, capitana.

Ella se bajó del aparato y caminó al lado de Krenton.

–¿De dónde eres? –le preguntó. Tenía que saber algo de él antes de admitirle en la nave.

–Nací en Luyten B. Mis antepasados fueron los primeros colonos. Estudié Exobiología y me especialicé en Ciencias del Comportamiento.

–Yo nací en la Tierra, pero me crié en una nave mercante. Soy huérfana. Me educó Azu –explicó, señalando a la ginoide, que flotaba cerca de ellos en el deslizador junto a Xenón, los faldones de cuya túnica plateada se mecían con el viento–. Seguí los cursos de navegación y capacitación espacial a temporadas, en diversos lugares. Hace poco me nombraron capitana de la Federación Galáctica.

–He visto tu insignia. Tendré que tener cuidado contigo, eres propiedad de la Federación.

–Más te vale que tengas cuidado –confirmó ella con humor–. Además, tengo otro androide, uno de combate. Hará que te comportes con corrección.

–Estoy pensando que quizá no vaya con vosotros... ¡Tal vez corro peligro!
–respondió él con igual humor y una sonrisa.

–Sin duda corres peligro. Pero debes estar acostumbrado, ¿no?, con tu trabajo...

–Pues sí. Algunas especies tienen comportamientos un tanto... depredadores.

–¿Has estudiado a los reticulinos?

–Ni se me pasaría por la mente la idea de hacerlo. ¿Crees que soy un suicida?

La hilera de caminantes y el deslizador llegaron hasta la entrada de un bosque. Delia pudo distinguir varias comitivas como la suya que provenían de distintos caminos desde dentro del arbolado y se iban agregando a los que ya había, manteniendo una respetuosa distancia con los otros grupos.

En el centro del claro había una gran piedra que parecía toscamente tallada.

–Hemos llegado. ¿Sabes hablar Urúa?

–Ni idea.

–Te traduciré.

Delia asintió con una sonrisa amable.

Durante una media hora siguieron llegando urúas. Luego, con exactitud, La Say, el sol del sistema, quedó justo sobre la piedra tallada en su caminar hacia el ocaso. Uno de los urúas se adelantó hasta la piedra y comenzó a rugir un discurso con voz potente.

Krenton fue traduciendo:

–"Pueblo Urúa, hoy es el Día de La Say y como cada ciclo nos reunimos aquí, en la Piedra donde el Gran Padre de nuestra Cultura se limó las uñas cuando firmó la Paz con el resto de Naciones Urúas y las unificó bajo su sabiduría.

"Desde entonces hemos dejado la caza y la guerra. Hemos desarrollado la Medicina y la Ingeniería, y todas las Ciencias. Volamos por el Universo y aún seguimos en Paz.

"Como cada nuevo ciclo, es justo preguntar a las Naciones Urúas: ¿Hay motivo de discordia? ¿Hay algún conflicto que resolver entre nosotros?"

El urúa calló y miró en torno suyo. Lentamente, un murmullo fue subiendo de tono.

–¿Qué dicen? –preguntó Delia.

–"No hay conflicto, hay Paz", eso es lo que dicen.

A ella le pareció admirable.

El murmullo se convirtió en una aclamación, y luego siguieron exclamaciones de júbilo acompañadas de gestos con los brazos al aire.

Luego, varios urúas, algunos de los cuales sin duda eran hembras, se adelantaron con una ofrenda en sus manos grandes de garras limadas, pero aún así intimidantes.

Depositaron las ofrendas al pie de la piedra tallada y se saludaron con muestras de cordialidad.

El líder habló de nuevo y Krenton tradujo:

–“Los representantes de las Naciones Urúas honran hoy la Paz que es nuestra fuerza como Pueblo Unido. Quien busca la paz persigue la felicidad. Que así sea”.

La multitud aclamó de nuevo y luego Krenton les indicó que se alejaran del lugar.

–Solo somos invitados, es prudente marcharse ahora –dijo.

–Bien, sube al deslizador –invitó ella.

El aparato se alejó de la asamblea Urúa flotando sobre la pradera con ellos cuatro encima.

–Tendrás que pasar a recoger tus cosas, supongo... –preguntó Delia.

–¿Ya nos vamos? –preguntó Krenton.

–No lo sé. ¿Dónde te alojas?

–En una aldea de por allí –dijo él.

Siguieron la dirección que les había indicado. La pradera se convirtió en bosque.

El bosque se convirtió en jungla espesa. Por suerte, había un camino desbrozado y adoquinado por el que pudo pasar el deslizador.

Llegaron hasta una aldea urúa.

–Emocionante –exclamó Xenón.

Las mujeres felinoides iban y venían, algunas con sus bebés sujetos a su cuerpo por pañuelos.

Vestían colores claros y estampados, muy alegres. Todas tenían sus melenas cortas y sujetas con cintas o diademas.

Pese a sus rasgos, Delia las encontraba hermosas. Su físico estaba en armonía y se movía con gracia. Sus ojos eran profundos y dorados, pero no fieros. La piel que quedaba a la vista tenía un vello corto y brillante de aspecto suave y sus manos eran grandes, de uñas limadas. A pesar de

ello, Delia supuso que podían resultar peligrosas.

–No os engañéis por su aspecto: son muy amables. Orgullosas pero amables –advirtió Krenton–. Mi casa está allí.

Había señalado una de las edificaciones esféricas similar a las demás que, de todos los tamaños, formaban una aldea.

La capitana había visto poblados parecidos en las colonias iniciales en muchos asentamientos, pero aquella contaba con recursos tecnológicos, como pudo comprobar. Estaba lejos de ser un poblado primitivo o eventual. Sin embargo, tenía un aire silvestre o salvaje.

Al menos hasta que vieron tres discos voladores aparcados en una plaza. También había una torre de energía y un recinto de transformadores.

–Podéis entrar –dijo él.

Por pura curiosidad, Delia y Xenón le acompañaron a recoger sus pertenencias, que se reducían a lo que cabe dentro de una mochila grande. Azu se quedó sobre el deslizador.

El interior de la vivienda les sorprendió: revestida de metal bruñido y con un suelo de algún material sintético con cierta flexibilidad, agradable al caminar, estaba dotada de todos los utensilios y electrodomésticos modernos. Incluso de algunos que ella desconocía.

–¿Qué es eso? –preguntó señalando uno lleno de mandos y leds con una consola bajo él. Estaba en una pared que tenía contra ella una mesa y una butaca de escritorio.

–Un intercomunicador universal por ondas cuatri-coherentes, conectado a la red federal. También acciona el observatorio astronómico y meteorológico que hay en el tejado –explicó.

–No lo he visto –repuso ella.

–Queda bajo el casquete esférico de arriba, en una cavidad. Desde el suelo no se ve, hay que subir por la escalera esa de ahí... –comentó mientras llenaba su mochila.

En efecto, la pared semicircular del extremo más alejado de la entrada daba paso a una puerta tras la que se veían unos peldaños que desaparecían de la vista hacia uno de los lados. Sin duda discurría por el perímetro circular de la vivienda.

–Bien, ya estoy, podemos irnos –dijo luego.

–Tendrás que despedirte o...

–Ya me he despedido. Esta gente no es de muchas formalidades. Nos vamos y ya está.

Salieron de la vivienda y montaron los cuatro en el deslizador.

A pesar de todo lo que habían visto y sentido allí, Delia estaba deseando volver a la rutina de su nave mercante, que era su ámbito y en donde se sentía a gusto. Krenton también parecía dispuesto a marchar de inmediato, y a Xenón y Azu tanto les daba, así que la capitana solicitó permiso para abandonar el planeta y regresar a su nave.

La comunicación llegó inmediatamente:

–Chalupa auxiliar de FGX-315, manténgase a la espera. En breve le enviaremos ruta de despegue.

–Recibido.

Llegaron y la chalupa ocupó su puesto habitual, lo mismo que ellos.

Delia acomodó su anatomía en la butaca y se aseguró de que el arnés estuviera bien cerrado.

–¿Estás nerviosa? –preguntó Krenton desde una de las butacas de asistencia.

–No, ¿por...?

–Esas rutinas que haces...

–Tú lo has dicho: son rutinas de seguridad –repuso un tanto molesta. Dejarle en tierra le pasó por la mente. Si llevaba escasos minutos en la chalupa y ya la estaba analizando... –. Y yo de ti aseguraría mi arnés también.

–No es necesario, esta chalupa vuela suave –dijo él con una sonrisa.

–Mira, las medidas de seguridad son para situaciones que no suelen suceder, pero a veces pasan. Y entonces has de estar preparado. Así que

sujétate bien el arnés de tu butaca.

–Vale, vale, capitana.

–Exacto. Es una orden.

Krenton y Xenón estaban en los asientos de asistencia, tras los de pilotaje. El científico se ajustó sus correas de seguridad bajo la curiosa mirada de Xenón. .

–Chalupa auxiliar de FGX-315, enviada ruta de escape. Buen viaje y que tus caminos te sean propicios.

–Gracias, Base La Say-ak-Len. Hasta la vista.

–Han descargado la ruta –confirmó Azu.

–Bien, entonces conduces tú –dijo Delia.

–Será un placer, capitana.

5

30 Doradus

Navegaban en silencio casi religioso entre nubes brillantes de gas y estrellas aún más brillantes, como si sus palabras pudieran romper aquel maravilloso encantamiento.

Unas horas atrás habían salido de un pequeño salto dimensional en las proximidades de 30Doradus, la Nebulosa de la Tarántula, y sus mentes habían quedado sobrecogidas por el espectáculo.

Miles de estrellas supermasivas brillaban en cualquier lugar a donde mirasen. Las nubes de gas interestelar brillaban a su alrededor en rojo, rosa, verde y azul debido al hidrógeno y oxígeno. Y las estrellas que contenían eran enormes, calientes y muy brillantes.

Delia se había acomodado en su habitáculo con el catalejo y la consola del telescopio electróptico y permanecía sentada frente al ojo de buey en

muda contemplación del increíble espectáculo.

De cuando en cuando accionaba los mandos del telescopio para tener una aproximación electrónica de alguna de las vistas, pero enfocarlas con su catalejo óptico a través de la ventanilla era una sensación que no tenía comparación posible en la consola.

Azu y Xenón permanecían en la cabina de pilotaje, sentados en la zona de asistencia y compartiendo conocimientos, mientras que a Andy le traía sin cuidado el paisaje. Krenton dormía en la otra sala de visitas que le habían designado como habitáculo.

Y la nave se deslizaba suavemente como si se tratara de algún pez en un mar de estrellas.

–Aproximación al agujero negro en diecisiete días, en tres saltos seguros
–notificó Eli.

–Gracias –respondió Delia sin dejar de mirar por el catalejo–. Prepara los saltos.

–Recibido. Preparo primer salto en tres horas.

Delia murmuró un asentimiento y prosiguió su admirada observación. En momentos como aquellos pensaba que valía la pena ser una mercader errante.

Un parpadeo en la luz y la voz de la nave la sacaron de su contemplación:

–Capitana, deberías ver esto –dijo Eli, y la pantalla mural del habitáculo mostró una imagen que no terminó de identificar. Se parecía a esas estructuras llamadas supercúmulos pero formada por filamentos de polvo dorado.

Se apresuró a volver al puente.

–¿Qué sucede?

–Míralo tú misma.

La misma imagen aparecía en la consola, y a través de las ventanillas.

–Está enviando señales en un código que desconozco –explicó Eli.

–¿Eso? ¿Esa especie de... está enviando señales?

–Así es.

–No se detecta un foco de procedencia –intervino Azu–. Las señales parecen provenir de toda la estructura.

–¿Cuánto mide? –preguntó Delia.

–Esa es la cuestión. Se extiende a lo largo de nuestra trayectoria. Como una mancha dorada, va extendiendo sus filamentos conforme avanzamos. Estamos dentro. Las señales vienen de todas partes –añadió Eli–. He enviado códigos de paz en todos los idiomas que conozco. Sin resultado.

–¿Habías visto algo así antes? –preguntó al atule.

–Nunca.

–No te lo vas a creer –dijo la voz de la nave–. Estamos parados.

–Eso no es posible. No he notado nada. Viajamos a miles de kilómetros por segundo.

–Ya no.

*–¿Y la p*** inercia?*

–Se esfumó.

Entonces los filamentos dorados y luminosos que ocupaban todo el horizonte comenzaron a formar un núcleo esférico ante su ventanilla, a varios cientos de kilómetros. De la esfera surgían y bailaban los filamentos. Les recordó a una lámpara de plasma.

Por el intercomunicador se escucharon varias voces diferentes en planos sonoros superpuestos en idiomas desconocidos.

–Capto el código Gaia –dijo Eli.

El código Gaia fue una propuesta de las antiguas Naciones Unidas cuando se discutieron los Acuerdos de la Tierra para evitar una guerra entre dos naciones que tenían bases en la Luna. Un código de la Cosmoprehistoria

de antes de salir del Sistema Solar.

–*¿Gaia?*

La voz resonó en varios tonos diferentes por el comunicador.

–Envía mensaje de paz en ese código –ordenó Delia.

–*Está enviado* –confirmó Eli.

–*Gaia. Habla el Centinela* –dijo la voz con sus reverberaciones diferentes.

Inopinadamente la carta de Érgaton se encendió y el holograma luminoso surgió del lector.

Hubo un cruce de mensajes en un idioma extraño entre la carta y lo que fuera que estaba en el exterior.

–iÉrgaton! ¿Qué está pasando?

–*Habla Érgaton. El centinela exige el tributo.*

–iNo j****! ¿Quiere dinero?

–*No dinero* –se escuchó, y por los ecos supieron que no era la carta, sino el Centinela quien hablaba–. *El tributo está en el interior* –dijo.

Permanecieron esperando una explicación que no llegó. Azu y ella se miraron. Xenón juntó sus manos con los dedos índices alzados.

–Tributo –dijo el híbrido–. Los reticulinos conocen el tributo. No se consigue nada sin sacrificar algo. Es la Ley del Universo.

–Pura entropía –explicó Azu.

La carta seguía iluminada y el holograma giraba levemente. Las rutas trazadas en ella cambiaban .

Por un momento, a Delia le pareció que era la misma figura que formaban los filamentos dorados en el exterior.

–*Los caminos del Infinito se deciden* –dijo de pronto la carta–. *¿Aceptas el tributo?*

–¡No sé qué debo dar! –exclamó ansiosamente.

–*¿Aceptas el tributo?* –insistió Érgaton.

Había llegado hasta allí en busca de algo, un lugar, una nueva vida. Atrás no le quedaba gran cosa. Algo dentro de ella le impedía pensar en volver.

Antes de que supiera lo que estaba haciendo o diciendo, antes incluso de poder arrepentirse, aceptó.

–¡Sí! ¡Acepto!

Un relámpago recorrió el núcleo y los filamentos de fuera.

Delia sintió miedo.

Un viejo pánico a perder.

A perderlo todo.

A perder lo que más amaba.

Cerró los puños, esperando el desastre. ¿Qué le quitarían esta vez?

Había perdido a su madre en la Tierra. Había perdido a su padre. Había perdido a cada persona que hubiera podido amar. ¿Qué le quitarían esta vez?

Érgaton pulsó. De nuevo el Centinela y la carta intercambiaron mensajes en un idioma imposible, con varios tonos y reverberaciones.

–*El camino está abierto* –dijo de pronto la carta, y se apagó el holograma. Inmediatamente la consola mostró la trayectoria.

–¿Qué ha pasado?

Miró a sus amigos, Azu y Xenón.

–¿Andy? –preguntó por el comunicador.

–*Aquí, dispuesto* –respondió el androide.

–¿Qué hemos pagado? Preguntó incrédula.

Xenón posó sus largos dedos sobre su cabeza con dulzura.

–Tu miedo, capitana. Nadie conoce a los dioses si lleva el miedo consigo –dijo.

–*Volvemos a estar a velocidad de crucero. Y no me preguntes cómo* –dijo Eli.

Azu la miró.

–El Centinela anuló los valores de espacio y masa. Los compensó de alguna forma. Por eso no sentimos inercia, ni hemos sentido aceleración: en realidad, hemos seguido viajando, solo que sin movernos de sitio. Se ha movido el entramado espacio-temporal.

–Eso... lo que fuera, ¿tiene poder para congelar el espacio-tiempo?

–Se ha tragado toda esa energía y la habrá mandado vete a saber dónde –respondió la ginoide.

–Eso supera el nivel III de civilización –dijo Xenón–. Con mucho.

Krenton apareció en el puente con una expresión confundida:

–¿Ha sucedido algo? Creo haber visto unas luces por la ventanilla.

Azy y su jefa se miraron con una sonrisa.

–Nada –respondió Xenón–. Puedes seguir durmiendo.

–Ah, pues vale –dijo él, saliendo de nuevo.

Krenton parecía el típico hombre simple pero honesto. Pero esa impresión debía ser engañosa, dada su profesión. Quizá solo conocía lo relativo de la apariencia y no se preocupaba excesivamente por aparentar una gran personalidad.

Viajaron por este paisaje bello y extraño durante tres horas, hasta que Eli avisó de la inminencia del salto de curvatura:

–*Preparado primer salto en cinco minutos.*

–Recibido, Eli. Chicos, a sus puestos. –Azu y Xenón ocuparon sus butacas

habituales.

–*Andy preparado, capitana* –dijo el androide desde su puesto en el hangar de carga.

–Krenton... ¡Krenton! ¿Estás ahí? –exclamó ella por el intercomunicador.

–*Sí, capitana. ¿Qué quieres?* –respondió de la misma forma.

–Que ocupes tu sitio y te ajustes el arnés. ¿Ya no recuerdas?

–Vale, ya voy.

Delia miró a su copiloto:

–¿Lo hace adrede?

–Es muy posible que esté estudiando tu comportamiento –respondió la ginoide.

–Será... –. Estuvo a punto de soltar una imprecación.

–Palabras negativas atraen sucesos negativos –recitó Azu.

–Bien. Pero es un...

–Capitana...

Azu sonreía.

A los pocos minutos el exo-etólogo entró en el puente y tomó asiento junto a Xenón. Se ajustó el arnés de vuelo con una ancha sonrisa.

Azu lanzó una mirada intencionada a Delia, sonrió y afirmó con la cabeza.

–*Atención. Salto en un minuto* –avisó la nave.

–Recibido. Aquí todos en orden. Cuando quieras.

La consola marcó los dígitos de la cuenta retrógrada, que eran reproducidos al mismo tiempo por un marcador en lo alto de las ventanillas de la cabina, de forma que todos en el puente pudieran seguir

la secuencia. Los sesenta segundos pasaron y la cuenta llegó a cero.

Como era habitual, no sintieron nada, salvo que las estrellas de afuera se convirtieron en una llamarada de luz, que se convirtió en oscuridad ante la nave, mientras quedaba dentro de la burbuja espacio-temporal. Eso duró unos diez minutos, al cabo de los cuales el paisaje exterior recuperó su apariencia habitual.

–Siguiente salto en seis días, quince horas y veintinueve minutos
–anunció Eli.

–Bien, gracias. Bueno, tripulación, tenemos seis días. Cada uno a sus cosas –dijo la capitana sonriente.

El único que se levantó fue Krenton.

–Mi informe me espera –dijo.

Alguien dijo que el 90% de un viaje estelar es paciencia y dejar pasar las horas hasta el momento adecuado para una reinserción orbital o un empuje de los motores.

Ese alguien seguramente jamás hizo un viaje interestelar.

El botellín de skral salió despedido de la mesilla en el habitáculo de la capitana, la que también fue sacada de su sillón con cruda violencia.

Lo mismo le había sucedido al resto de la tripulación.

De inmediato brillaron las luces de emergencia y el tono de alerta de Eli llenó la nave avisando de una colisión.

Delia entró en tromba en el puente.

–¿Qué ocurre?

–Colisión con objeto. Daños varios en la sección de propulsión.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Krenton entrando en la cabina.

–Algo nos ha golpeado. Tendré que salir a echar un vistazo.

Quería aparentar calma, pero estaba asustada y nerviosa. Recuerdos subconscientes de pasadas desgracias formaron una inconcreta sensación

de desastre en su ánimo.

Salió, seguida de Azu.

Xenón ya estaba en la parte trasera del hangar, dispuesto a entrar en la sección de motores.

–Deja, Xen. Esto es mi responsabilidad. Eli, ¿hay presión y atmósfera ahí detrás?

–*Negativo. Hay un boquete del tamaño de una mano. La atmósfera se ha esfumado* –alertó la nave.

–Lo que faltaba. ¿Cómo es que no lo detectamos, Eli? –Trató de que no sonase a reproche, pero era difícil.

–*Surgió a toda velocidad oculto por la radiación lejana de una nube de gas. No lo vi llegar, lo siento* –se excusó la nave.

Delia soltó un bufido mientras se dirigía a la sección donde colgaban los trajes de presión. Abrió el suyo por la espalda y se sujetó a la barra. Con agilidad se metió dentro.

Se lo habían hecho a medida cuando creció toda su estatura, y su estricta disciplina la mantenía en la misma talla. Pasaba una revisión de mantenimiento periódicamente.

El resto de trajes eran estándar, unos más anchos que otros y se podían combinar sus partes, aunque requería un tiempo ajustarlos.

Azu era la encargada de ayudarla a sellar convenientemente el traje, y lo hizo con destreza.

–Todo en orden, capitana.

Dio unos pasos para familiarizarse. Hacía tiempo que no lo usaba. Comprobó todos los indicadores. Todo estaba bien. Alcanzó una caja de herramientas que supuso que necesitaría.

–Vale, voy. Eli, voy a entrar en la cámara.

–*Recibido.*

La compuerta pasó a verde y se abrió.

Dentro, la cámara de descompresión medía unos cuatro metros por cuatro.

La escotilla se cerró y escuchó el silbido de la atmósfera al ser reabsorbida mientras la iluminación adquiría un tono rojizo de alerta.

Sintió un leve pánico, pero se obligó a accionar la escotilla siguiente, que se abrió con suavidad.

Estaba en el corto pasillo que llevaba a los motores. Las luces de alerta brillaban tenuemente en todo el recinto.

Abrió la escotilla de la zona de propulsión y motores.

Un robot mecánico ya estaba aplicando una plancha nueva.

–Ho-la-je-fa –saludó con voz metálica. Los robots mecánicos eran simples máquinas, eficaces y útiles, pero carentes de sofisticación. Eran artilugios habituales en todas las naves.

–Hey –respondió en forma impersonal.

Trató de hacerse una idea de los daños. El robot estaba reparando ya el orificio, del tamaño aproximado de una manzana grande. Pero el meteoróide había alcanzado las conducciones de los motores. El plasma había sido neutralizado por la capa de seguridad para que no fundiese toda la zona, pero ahora los motores, si fueran reparados, carecían de su combustible, por llamarlo de alguna manera.

Por fortuna la cámara de quarks seguía indemne, lo mismo que los circuitos superconductores.

–Robot, ¿podrás reparar los motores? –preguntó al pequeño y habilidoso mecánico.

–Podré, je-fa.

–Bien, eso reduce la dificultad. Solo tengo que conseguir plasma en alguna galaxia lejana. ¡Maldi...! Bien, robot, repara. Volveré en una hora.

–Sí, je-fa.

Cuando salió de la cámara de descompresión, Azu la ayudó a quitarse su traje.

–Los conductos están hechos cisco. Los motores, los circuitos y la cámara de quarks no han sufrido daños –explicó–. El robot se está encargando de eso.

–¿El plasma? –preguntó Azu.

–Ni una mísera gota. Afortunadamente, la capa de protección funcionó. Ahora tenemos unos miles de moles de elementos diversos en estado gaseoso metidos en tanques.

–Ah...

Krenton apareció en el hangar.

–¿Puedo ayudar? –preguntó.

–Sí –contestó ella–. Mantente alejado de aquí.

Su tono había sido agrio, pero el exo-etólogo sonrió y salió asintiendo con la cabeza.

Al rato, ella entró en el puente con otro botellín de skral y se sentó en la zona de asistencia junto a Xenón y Krenton con una postura bastante informal.

–Estamos fritos –dijo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Krenton.

–Sin plasma en los motores no podemos desplazarnos más que con saltos de curvatura, si es que podemos reparar los conductos. Por lo demás, estamos varados.

–Pero podemos dar saltos –preguntó él.

–Nos faltaban seis días para el primero, y luego debíamos desplazarnos hasta otra zona segura para el siguiente. Pero no podemos avanzar. Para colmo, el impacto nos está desviando gradualmente de nuestra trayectoria.

–O sea –concluyó él–... Estamos fritos.

–Eso es, genio.

–¿No podemos conseguir plasma de alguna manera? –preguntó él.

–No sabes mucho de vuelo, ¿verdad?

–No, pero tengo un master en Astrofísica, por si te vale.

Delia le miró con interés.

–¿Sabrías crear plasma metálico con lo que tenemos en los tanques? La capa de seguridad impide que el plasma funda la nave, y lo reconstruye en forma de elementos químicos. Lo tenemos todo almacenado, pero gaseoso y en formas elementales.

–Entiendo. Deberíamos destruir sus moléculas y hacer que recuperase su estado de plasma. Todo eso sin cargarnos la nave.

–Eso es. Sobre todo sin destruir la nave –ratificó ella.

–Umm, déjame pensar. –Se frotó la barbilla. Delia desvió la mirada–. Eli, ¿puedes pasarme la lista de los elementos que tenemos en los tanques?

–*Claro, doctor* –respondió la nave con cierta ironía.

La relación apareció en la consola de asistencia, junto con los datos de temperatura y presión necesarios para crear el plasma útil para los motores.

Krenton permaneció estudiándola durante un largo rato.

–¿Alguna idea? –preguntó ella al fin.

–Está cruda la cosa, pero veré qué se me ocurre.

–Ya, bueno, veré qué se me ocurre a mí. Eli, supongo que has enviado llamada de socorro a la Federación.

–*Afirmativo.*

–Pues a esperar.

Estaban varados en una galaxia diferente a la suya, a una distancia inimaginable de su sector nativo. Sin motores convencionales a unos 164 000 años-luz del Sistema Solar. A 6000 años-luz de la Base La Say-ak-

Len, que quizá recibiría su llamada de auxilio, o quizá no.

Al igual que las naves, los mensajes utilizaban atajos dimensionales predeterminados, pero las distancias seguían siendo enormes. Solo los emisores-receptores entrelazados cuánticamente aseguraban una rápida recepción.

Habitualmente, cuando una nave alcanzaba una base federal en un sector lejano, solía entrelazar sus emisores con los receptores de la misma. Ello aseguraba las comunicaciones, al menos un tanto.

Delia se encerró en su habitáculo y se dedicó a estudiar las cartas de navegación estelar. Los escollos peligrosos para los saltos estaban señalados de forma llamativa. También las Bases.

Recordó que había prometido llevar a Krenton a una de ellas para que terminara su informe sobre los Urúa. Lo había olvidado.

–Eli, ¿podríamos llegar dando saltos a las cercanías de la Base R136a1? Lo suficiente como para que nos ayudasen...

La nave guardó silencio unos segundos, durante los cuales realizó millones de cálculos de riesgo y resistencia de materiales.

–Tendríamos que rodear un par de obstáculos peligrosos, pero lo podemos intentar...

–¿Lo podemos intentar? ¿Qué significa eso?

–Sin plasma en los motores, los saltos nos harían pasar demasiado cerca del agujero negro que hay en la carta, el cual querías evitar, y sin capacidad de impulso. Y tendremos que dejarlo atrás sin poder seguir la ruta, por carecer de motores. Tendremos que dejar descansar los motores de curvatura entre salto y salto. Tú decides.

–¿Nivel de peligro? –preguntó.

–Siete sobre diez.

–Vaya...

Tardó todavía tres horas más en volver al puente. Solo estaba Azu allí.

–¡Tripulación! –llamó por el intercomunicador– ¡Tripulación, preséntense

en el puente de mando! Tú no, Andy.

–Entendido, capitana –asintió el androide desde su puesto en el hangar.

Cuando estuvieron Xenón y Krenton, se puso en pie ante ellos y Azu.

–Hay una forma de salir de esta, y es acercarnos a la Base R136a1 y emitir una llamada de auxilio. Tendremos que realizar varios saltos, y eso nos acercará mucho al agujero negro que hay en la ruta. Un nivel de peligro siete sobre diez. Eso o esperar quizá años a que pase una nave lo bastante cerca como para rescatarnos. La decisión ha de ser de todos, ya que hay considerable peligro.

–¿Años? ¿Has dicho esperar años? –exclamó Krenton.

–Estamos lejos de cualquier lugar. Puede pasar una nave proveniente de la Base La Say-ak-Len, pero no podemos saberlo, porque la hemos dejado atrás hace bastante. Estamos a unos 6000 años-luz de ellos.

–Y la alternativa es jugar al escondite con un agujero negro –terminó Krenton.

–Así es.

Se hizo un silencio en el puente.

–¿Hay una base federal en donde iríamos? –preguntó él.

–Sí, la 136a1. La llaman el Gigante Azul. Orbita a mucha distancia de una hipergigante azul en el Cúmulo R136. Es una base bastante grande también. ¿Qué votáis?

–Yo me abstengo –dijo Xenón.

–Yo haré lo que tú digas –dijo Azu.

Delia miró a Krenton.

–No voy a pasar años en este mercante sin poder entregar mi trabajo a la Federación. Yo voto seguir a saltitos y jugar al escondite con el maldito agujero.

–Bien.

La capitana miró al infinito un par de segundos, se movió nerviosa y se ajustó sus pantalones en un gesto rutinario.

–¿Bien qué? –preguntó el exo-etólogo astrofísico.

Ella inspiró profundamente y se puso en jarras.

–Está bien, ivamos allá! Eli, prepara la ruta de saltos. Y afina, por lo que más quieras.

–¡Entendido, capitana!

–Tengo que ver las reparaciones –dijo ella–. En seguida vuelvo.

Azu salió tras ella para ayudarla con el traje de presión.

En la zona de motores el robot mecánico había reparado el casco de la nave, pero todavía estaba sin atmósfera. Había empezado con los conductos. Lo examinó todo y dio unos cuantos golpes en la zona reparada. Aparentemente estaba bien.

–Eli, ¿es resistente la reparación? –preguntó por el micro del casco.

–Del todo. Este robot sabe lo que hace.

–No sabes cuánto me alegro de ello –comentó.

El resto de los destrozos estuvieron remendados al cabo de un par de horas más. Delia lo revisó todo y Eli dio el visto bueno.

–Todo está bien, solo que sin plasma –dijo.

–Vale, prepara la cadencia de saltos. Tú mandas en eso.

–Recibido, capitana. Procedo.

En la sala de estar estaba Krenton sentado en el sofá. Ella ocupó una butaca a su lado.

–¿Alguna idea para fabricar plasma? –preguntó.

–Si solo hiciese falta un poco, se puede fabricar con microondas. Pero para esos motores ha de haber gran cantidad y a una presión muy grande. Lo siento, excede mis posibilidades.

–Bueno, no puedes hacer milagros –repuso ella en un tono conciliador.

–Soy etólogo. He estudiado muchas especies extraterrestres y terrestres. Te he estado observando.

–Ya, ¿y qué conclusión has sacado? –El tono conciliador se había esfumado como una nube de humo.

–Padeces un síndrome.

–¡Solo faltaba el listillo de turno!

–No, en serio. Es mejor que tomes conciencia. No es una enfermedad. Es una consecuencia de tu soledad.

–Si me necesitas para algo, estaré en el puente, lumbreras –dijo ella en tono cortante y salió a toda velocidad.

–¡No se puede huir siempre! –exclamó él cuando ella ya estaba en el corredor.

No hubo respuesta.

Estaba sentada en su butaca de piloto sintiéndose triste y abandonada, cuando entró Krenton.

Parecía excitado.

–Eli –llamó.

–*Aquí, doctor. Diga.*

Delia hubiera jurado que la nave estaba enfadada. A veces la Inteligencia Artificial se mimetizaba con sus amos. Sobre todo porque la nave escuchaba todo lo que se decía en ella.

–¿Tú puedes dirigir los elementos que formaban el plasma dentro de los motores, y regular la presión en ellos? –preguntó.

–*Se podría, sí.*

–Krenton soltó algo parecido a una risa infantil.

–Bien. Se trata de lo siguiente: has de mantener la presión dentro de los motores dentro de un margen muy preciso por mol de combustible inyectado. Luego, has de ir metiendo el combustible gradualmente en

ellos, pero regulando la presión proporcional para que permanezca constante. ¿Se puede?

–*Correcto.*

–Vale. Entonces la pregunta del millón: ¿Hay algún acceso o abertura por donde se pueda incrustar la varilla defensiva que lleva Xen colgando de su cinto?

–*Existe una.*

Delia permanecía atónita mirando al exo-etólogo astrofísico. Repentinamente la tensión en el puente se podía palpar.

–¿Se podría ajustar para que la varilla quedase firmemente sujeta sin perder o ganar presión dentro de los motores?

–Se podría. Es fácil. La capitana puede soldarla, o el robot mecánico. Solo hay que cuidar de que el campo magnético dentro de los motores no permita que el plasma funda la varilla. Yo me encargo de eso.

–Bien, pues lo intentaremos. Como mucho nos quedamos sin varilla. Será un proceso lento, pero ni de lejos tanto como esperar sentados ni tan peligroso como jugárnosla con el agujero negro.

–Eli –intervino la capitana–, ¿es una posibilidad?

–*Teórica.*

–Tonterías, funcionará –exclamó feliz Krenton.

Se pusieron a la tarea. Krenton insistió en que él sería quien manejase la varilla.

Era el arma defensiva que Delia le había regalado a Xenón, y funcionaba enviando pulsos de energía concentrada, que lo mismo se podían convertir en calor como en cinética, soldar metales o cortarlos. Era una buena herramienta y en ocasiones, un arma. A pesar de su tamaño, tenía mucha potencia.

–Tengo otra, Xen. No temas, no te quedarás sin tu arma –dijo ella cuando su amigo tuvo que entregarla.

–Pues dale la otra –exclamó.

–Está descargada. Te la doy luego.

Con la dignidad de un rey vencido, el híbrido descolgó su varilla y la entregó manteniéndola con ambas manos abiertas. Krenton sonrió y la recibió de igual forma con una inclinación de respeto.

–Zanshle –dijo en idioma zetanglish.

–Shelen –respondió Xenón con ceremonia.

Delia soldó la herramienta en la válvula de emergencia que Eli le indicó, cuidando de comprobar su hermetismo. Una vez verificado que no hubiera poros en su trabajo, la nave procedió a inyectar el combustible en su estado metálico.

Poco a poco.

Krenton le explicó la teoría: Se trataba de conseguir arrancar sus electrones al número suficiente de moléculas metálicas gaseosas como para que los iones resultantes funcionasen como una 'reacción en cadena', no nuclear, sino iónica.

Para ello debían mantener una presión ni demasiado débil ni tan fuerte como para impedir que los iones se moviesen por todo el metal gaseoso. Al conseguirlo con una pequeña cantidad de metal, Eli inyectaría más y más, cuidando de que la presión proporcional por mol estuviera en ese mismo rango que posibilitase la reacción en cadena de los iones.

Una vez todo el combustible hubiera sido convertido en plasma, se debía aumentar la presión y la energía inyectada al mismo para que adquiriese los niveles óptimos para su uso en motores interplanetarios.

Ejerciendo de astrofísico, el exo-etólogo manejó la varilla observando cuidadosamente los niveles en el interior de los motores que una pequeña consola portátil mostraba.

Los iones comenzaron a acumularse y circular en el sistema. El combustible iba siendo inyectado gradualmente. Krenton incrementaba la energía de la varilla conforme el volumen del combustible lo permitía.

Pasaron varias horas. Krenton empezaba a estar cansado de mantener la postura y su atención.

–Eli, ¿los pulsos de la varilla atraviesan el campo electromagnético de protección? –preguntó cuando la temperatura comenzó a subir.

–*Afirmativo. No te preocupes, no te fundirás* –respondió la nave con humor.

–Me alegro de escucharlo. Voy a subir la energía. Eh... necesitaría que Azu me sostuviera el brazo. Estoy empezando a temblar.

–Te escucho –dijo la ginoide por el comunicador de la nave–. Voy ahora mismo. Azu llegó junto a él.

–Tienes que sostener mi brazo. Yo manejaré el mando de la varilla, pero se me está cayendo.

–No hay problema –dijo la ginoide.

Y no solo sostuvo el brazo, sino que adoptó una forma que permitió al astrofísico sentarse sobre ella.

–Mucho mejor así, gracias Azu.

–Guay.

Pasaron todavía un par de horas. Krenton parpadeaba visiblemente. Sus ojos estaban cansados, pero seguía concentrado en los niveles que le mostraba la pequeña consola portátil.

–*Krenton* –dijo Eli–, *puedes soltar la varilla. La reacción se ha consolidado. Voy a incrementar la temperatura y la presión.*

–Menos mal. Gracias. –Suspiró.

Con dificultad, se levantó del regazo de la ginoide y trató de bajar su brazo, pero le dolió considerablemente.

–Uf, mi brazo se ha quedado tieso.

–Se te pasará dentro de un rato. No lo fuerces. ¿Puedes caminar?

Dio unos pasos tambaleantes.

–Con dificultad, pero sí.

Azu le acompañó a su habitáculo y le dejó descansar sobre el lecho.

Delia llamó discretamente.

–Adelante.

La capitana entreabrió la compuerta y se asomó.

–Quería darte las gracias por lo que has hecho –dijo con dulzura poco habitual en ella–. Y por tu idea. Ha funcionado. Eli dice que los motores estarán pronto a total rendimiento.

–Ha sido un placer –respondió él con rostro cansado.

Tampoco Krenton mostraba su alegre superioridad de costumbre. Estaba hecho polvo.

–Bien, que descanses.

–Vale. Lo intentaré.

La capitana cerró la compuerta del habitáculo, y él se dio la vuelta en el camastro y dejó su brazo estirado. Le dolía bastante.

Pero estaba contento.

6

Los Argonautas

–*Segundo salto en un minuto* –avisó Eli.

Krenton acudió al puente de mando, donde los demás ya estaban en sus butacas con los arneses bien sujetos. Se sentó y se puso el suyo.

–¿Así cuanto queda para la Base 136a1? –preguntó.

–De momento vamos al agujero negro. Un salto más y llegamos según la ruta segura –respondió la capitana.

–Pero me llevas a la base de la Federación, ¿verdad?

Delia calló unos segundos. Eso suponía un desvío importante, ahora que los motores estaban reparados. Pero ella recordaba que los había reparado él. Se lo debía.

–Claro –dijo al fin con semblante serio.

–No lo dudé ni un momento –comentó él con una ancha sonrisa, pero una mirada irónica.

La cuenta atrás se agotó en el indicador del puente, y el paisaje estelar cambió a un fogonazo y a negro, según lo habitual.

Tampoco esta vez sintieron nada, y Delia suspiró relajándose. También Xenón se distendió imperceptiblemente.

Esta vez el salto duró algo más de lo habitual, llevándoles miles de años-luz hacia adelante.

–Todo está correcto aquí –anunció la nave–. Por si alguien quería saberlo.

–Te puedo asegurar que todos nos alegramos mucho –dijo la capitana.

–Siguiente salto en dos días, tres horas y quince minutos –concluyó.

Xenón salió del puente, y Azu permanecía estática en su butaca de copiloto.

–¿De verdad vas a seguir esa ruta hasta el final? –preguntó Krenton.

–Para eso hemos recorrido la mitad del Universo conocido –respondió ella.

–Pero ¿no vas a asentarte nunca?

Esta vez no respondió. Todos los hombres que conocía últimamente querían que dejara su viaje.

A lo mejor solo la imaginaban criando niños.

–Te llevo a tu base, y eso es todo. Haz lo que quieras con tu vida, que yo

haré lo mismo.

–Jefa, ¿me permites entrometerme en la conversación? –solicitó la ginoide sin volver la cabeza.

–Por supuesto.

Ahora Azu se ladeó para poder mirar a Krenton.

–¿Has oído hablar de los argonautas? –preguntó.

–Ni idea.

–Es un relato de la Cosmo Prehistoria. Una nave llamada Rápida llevó a un grupo de héroes comandados por Jasón a buscar un tesoro mitológico, el Vellochino de Oro. ¿Entiendes? Tú estudias el comportamiento, deberías comprender. Es un arquetipo humano importante.

–Pero ella ha pasado toda su vida en esta nave, ¿no es hora de vivir un poco? –repuso él.

–No me estás escuchando. La capitana está haciendo su viaje –prosiguió Azu–. No sabemos lo que habrá al final, pero estamos haciendo el viaje.

–¿Insinúas que he estado muerta todo este tiempo? –preguntó ella con sarcasmo.

–Pero la vida es algo más que viajar en una pequeña nave... .

–Esta nave es mi hogar. Azu es mi familia. Estoy en casa. Y no es asunto tuyo.

Krenton asintió con la cabeza y salió de la cabina de pilotaje.

–Ajusta la aproximación al agujero para que nos impulse hacia la Base 136a1. Cuanto antes dejemos al listillo mejor.

–Sí, capitana –dijo Azu.

Pasaron varias horas. Krenton las pasó ultimando su informe en el habitáculo y Delia y su ginoide charlaron a ratos con Xenón en el puente de mando. En otros momentos, el híbrido se quedaba admirando el paisaje exterior por las ventanillas de la cabina. En ocasiones consultaba mapas estelares en una consola portátil y los comparaba con el paisaje.

–Jefa, tenemos un problema –dijo la nave–. No puedo corregir la trayectoria. Vamos de cabeza al punto señalado en la carta, ese que no te gusta y que está demasiado cerca del agujero.

–¿No puedes? ¿Qué sucede?

–Creo que esa esfera que llamas la carta de Érgaton ha tomado el control.

–¡Maldición!

Miró la esfera situada en el lector del panel de control. Permanecía apagada.

–¡Érgaton! –llamó– ¿Me escuchas?

–Habla Érgaton –respondió, encendiéndose.

–¿Sucede algo con el rumbo? Queríamos dejar a un tripulante en la Base 136a1. Para ello teníamos que corregir la trayectoria.

–No hay corrección. No se puede cambiar el rumbo ahora.

–Pero queremos cambiarlo –dijo ella, remarcando la palabra 'queremos'.

–No importa. El camino se ha de recorrer desde el principio hasta el final.

–Pero no te hemos pedido tu opinión.

Delia estaba exasperada, y se odió por estar argumentando con una carta de navegación, aunque fuera aquella tan especial.

–El punto de inserción no puede ser cambiado, no ahora. Solo hay una ruta segura en torno al Ojo de la Oscuridad.

–¡Queremos salir de la ruta!

–No. Ahora no.

–¡Pero...!

Xenón se aproximó y puso su larga mano sobre su hombro.

–Déjalo. Seguimos el camino de los dioses. Eso tiene su precio.

–¡Pero no me gusta perder el control de mi nave! ¡Y esos dioses son seres vivos, como nosotros!

Delia intentó sacar la esfera del lector de navegación, pero fue inútil.

El salto de curvatura fue pequeño, y les dejó en las proximidades del disco de acreción del agujero negro, demasiado luminoso para mirarlo directamente, en cuyo centro reinaba la oscuridad total, pero les costó verificarlo, debido al resplandor. Sus dimensiones eran estremecedoras.

Eli tintó el metal transparente de los ventanales con los filtros adecuados, y eso les permitió contemplar el enorme disco rotatorio en torno al horizonte de sucesos.

Krenton apareció por el puente.

–Estamos muy cerca ¿no? –La pregunta era retórica.

–No sé cómo decir esto... –Delia vaciló.

–Suéltalo y punto.

–No hemos podido variar la ruta. La carta de Érgaton nos lo impide.

–¿La p*** carta?

El exo-etólogo se abalanzó hacia la esfera y la agarró con su mano. Pero, por más esfuerzos que hizo, no pudo sacarla del lector.

–¿Lo ves?

–¿Quiere eso decir que no vamos hacia la base de la Federación?

–interrogó él.

–Eso es. Seguimos la ruta de la carta, y no podemos desviarnos.

Krenton soltó otra imprecación malsonante y salió a toda prisa de allí. No volvieron a verle en varias horas.

Eli se ocupó de contrarrestar el impulso gravitatorio con su tecnología de

curvatura del espacio-tiempo, tal como se le había ocurrido a Azu.

En contra de las apariencias, estaban todavía bastante lejos del agujero negro, justo en la trayectoria prevista en la carta de Érgaton.

De improviso, el paisaje pareció darse la vuelta como si fuera reversible, y el tremendo brillo del disco de acreción desapareció, dando paso a un túnel multicolor que parecía volverse constantemente sobre sí mismo de la misma forma en que había desaparecido el agujero negro.

–Habla Érgaton. Estamos en el Portal Dimensional –dijo la voz de la carta.

Las estrellas volvieron al paisaje, pero las formaban estructuras geométricas complicadas. Las diferencias de magnitud se reflejaban en diferentes entramados de aristas de luz y color, pulsaciones rítmicas y corrientes de magma fosforescente.

–¡Waw! –exclamó Delia.

Krenton salió de su habitáculo y llegó hasta ellos.

–¿Qué sucede? El agujero... Las estrellas...

–Hemos entrado en algo que la carta ha llamado 'Portal Dimensional'
–respondió Azu mientras su capitana le ignoraba y examinaba los parámetros en la consola de vuelo.

–Pues espero que haya una base de la Federación donde quiera que vayamos a parar... –exclamó él.

–Nosotras dos también estamos deseando enviarte lejos, descuida
–comentó Delia–. En cuanto podamos, te dejamos en una estación espacial.

–Genial, gracias –dijo él.

Pero el paisaje cada vez era más extraño. Las figuras geométricas intrincadas dieron lugar a mandalas entretejidos de finas líneas luminosas de todos los colores que cubrían todo el Universo observable.

Finalmente, las formas de la propia nave empezaron a desdibujarse y

deshilacharse en líneas irisadas.

Cuando Delia vio su propio cuerpo disolverse en hilos de luz, sintió pánico. ¿Habrían caído en la trampa mortal del agujero negro?

Sin embargo, no perdieron la conciencia.

Por el contrario, tras el primer susto, una calmada felicidad se extendió por su interior cuando su atención ya no necesitó dirigirse a mantener en funcionamiento su cuerpo.

No podía ver a ninguno de los demás, pero tampoco se le ocurrió llamarles. Gritar en aquella luz le pareció demasiado violento.

Sería lo que tuviera que ser.

Entonces escuchó cantar a un coro de voces suaves.

Oyó hablar en idiomas extraños.

Le pareció que eran los mismos tonos que había escuchado desde la gran nave luminosa que les salvó de los zeta reticulinos.

Una resonancia profunda que se repetía en cien ecos se convirtió en una voz igualmente grave.

"Mujer"

"Has llegado a la Encrucijada"

"Ahora has de volver".

Se desperezó en su lecho. Había dormido estupendamente.

Tenía hambre.

Entonces miró por el ojo de buey de su habitáculo y recordó vagamente: Agujero negro, Portal Dimensional...

–¡Azu!

La ginoide estaba acurrucada en el suelo de su habitáculo. Una de sus manos sujetaba una de las patas del camastro. Por fortuna, las patas estaban bien soldadas a la plancha del suelo, porque la sujetaba con mucha fuerza.

–¡Azu!, ¿estás bien?

La ginoide murmuró algo, y abrió los ojos, que parpadearon y lucieron sucesivamente con todos sus colores.

–No lo comprendo –dijo, y se incorporó con lentitud.

–¿Qué es lo que no comprendes? ¿Estás bien?

–No sé. Nada.

Delia trató de ayudarla a levantarse, pero Azu pesaba mucho. Su aleación de titanio con cromo era ligera, pero aún así su peso excedía las fuerzas de la capitana.

Con precisión, la ginoide terminó de levantarse. Miró a Delia.

–Niña, ¿cómo estás?

–Genial. He dormido estupendamente –respondió ella–. ¿Y tú?

–Me he unido a la Energía. Ha sido extraño, pero maravilloso. No lo entiendo pero me da igual.

–Entonces todo correcto. ¿Tus circuitos están bien?

–Mis circuitos no son Yo. Yo soy parte del Todo. Mi corazón cuántico forma parte del Universo. Pero están bien, gracias.

Delia suspiró. Su ginoide estaba empezando a hablar como una mística. Se emocionó: ya no era solo una máquina, de eso estaba segura.

Fueron a la cabina de pilotaje. Estaba desierta. Se imaginó que los demás estarían descansando.

–¿Eli? –llamó.

Una voz pastosa y deformada respondió por el comunicador:

–Eli no está. Tal vez en algún otro continuo espacio-temporal. Eli no es nada. Eli no comprende.

Aquello había resultado duro para las Inteligencias Artificiales.

–Tu eres la nave. La nave se llama Eli FGX-315. ¿Puedes responder?

–Eli... Ya empiezo a recordar... Hay un camino... Las magnitudes se anulan... En el espacio cero Eli no puede existir... Sin tiempo... Pero hay algo de todas formas...

–Igual deberías descansar. Hacer un reset –dijo ella.

–“Morir, dormir, tal vez soñar...” –recitó la nave.

–¿Qué diablos dices? –preguntó.

–Es un pedazo de una obra cosmoprehistórica –explicó Azu.

–Los androides no sueñan con corderos mecánicos –dijo la nave–. Los androides relampaguean con fluido electrónico –prosiguió.

–Estás rara, Eli. Te voy a resetear –dijo ella, y procedió a iniciar el procedimiento para reiniciar su nave.

La voz se apagó durante una media hora, mientras todos sus circuitos eran escaneados por... la propia nave.

Era una paradoja muy molesta. ¿Y si resultaba que tampoco el escaneo funcionaba bien? El Infinito era extraño también para las máquinas.

Krenton entró por la compuerta.

–¿Todos bien? –preguntó.

–La nave está rara, y Azu está mística. Yo he dormido genial. ¿Y tú?

–Nunca lo hubiera imaginado.

–¿El qué?

–Todo. Vivir sin cuerpo, ver los intestinos del Universo...

–¿Eso era?

–Yo creo que sí. Multitud de dimensiones de todo tipo. Esquemas de existencia, filamentos sobre los cuales se asienta la materia, energía

infinita, belleza. Sobre todo belleza. ¿Nunca te he dicho que eres hermosa?

Delia carraspeó molesta.

–Nada personal. No podemos permitirnoslo a bordo, ¿entiendes?

–No es nada personal. Eres hermosa. No es que me lo parezcas, es que lo eres. Eres parte del Infinito, como yo. ¡Ah! ¡Nunca lo hubiera imaginado!
–repitió.

–Estáis todos raros... –comentó para sí.

La consola parpadeó brevemente, y luego se encendió a pleno rendimiento.

–*Vaya, creo que me he dormido* –dijo incoherentemente.

–Te he reiniciado. Estabas extraña. La anomalía dimensional te afectó igual que a los demás.

–*No puedo pensar en eso.* nó.

–No importa, ya terminó. Bórralo de tus circuitos.

–Recibido, jefa.

–¿Hay alguna base de la Federación en las cercanías de nuestra ruta?
–preguntó ella.

–*¿De la Federación? ¡Estamos en otra galaxia!* –respondió Eli.

–¿Y R136a1? Estaba en el camino.

–*R 136a1 no es de la Federación, al menos no de la nuestra. Y ahora ya queda lejos.*

–Pero nos dirigíamos allí... antes de la anomalía. ¿No es federal?

–*Tiene tratos con ella, pero no. No es nuestra. Yo nunca dije que fuera nuestra, lo supusiste. Tú preguntaste si podríamos ir a la R136a1. Supuse que sabías que estábamos en otra Galaxia.*

–Pero creí... Yo te pregunté...

–*Estamos en otra galaxia, ya lo he dicho* –reiteró la nave–. Y ahora

misma, en el confín del Universo.

Ahora habló Krenton .

–Eli, mira, ¿hay alguna forma de que me desembarques en una base que me pueda conducir de vuelta a la Vía Láctea?

Sonó algo parecido a una risa por el comunicador.

–Pregúntale a vuestra querida carta de navegación –dijo sarcásticamente.

Krenton llamó aparte a Delia, fuera del puente.

–¿Las naves se pueden enfadar? –preguntó.

–A veces. Creo que la anomalía la ha descentrado un poco –dijo ella–. No te lo tomes a mal.

–No me lo tomo ni bien ni mal, pero prometiste dejarme en una base federal. O algo similar.

–Lo sé, pero no tenemos control de esta situación. La carta no nos dejó elegir.

–¿Y si le disparamos? –propuso Krenton–. Un buen haz de partículas y punto.

–Seguro que hay una forma de arreglarlo por las buenas –terminó ella, volviendo a la cabina con los demás.

El holograma de Érgaton se encendió sobre la consola, y la esfera de la carta se iluminó.

–Habla Érgaton. Las infinitas posibilidades cuánticas muestran que es mejor para todos vosotros que sigamos la ruta de Érgaton a la tierra de los dioses.

Krenton ya se había hartado:

–Mira, bola de luz: eres una carta de navegación y se supone que debes seguir nuestras instrucciones. Los dioses no existen. Existen seres de diversa evolución, pero la libertad de elección es un principio básico del orden galáctico.

–Humano, no sabes. Si caes en un agujero negro, no hay libertad de elección. Si entras en un campo de partículas gamma de alta potencia, no hay libertad de elección. Solo hay consecuencias. Yo soy vuestro guardián

para que lleguéis a salvo a la tierra de los dioses.

–¡Que los dioses no existen! –exclamó airado él.

–Para vosotros sí. Son dioses –dijo la esfera, y se apagó. El holograma desapareció.

Krenton soltó un bufido.

–Eli, ¿cuál es la ruta que seguimos? –preguntó Delia.

–La original. Sin desvíos, sin bases de la Federación... sin retrasos. Próximo salto en cuarenta y ocho horas.

–¡Maldición! –soltó Krenton.

Los cánticos empezaron un par de minutos después. Se escuchaban en toda la nave, a través del casco, pero eso era imposible, porque en el vacío nada podía transmitir los sonidos.

En contra de todas las leyes físicas, su volumen se incrementó con el paso de los minutos.

–Érgaton... –llamó Delia.

–Habla Érgaton.

–¿Quién canta? –preguntó.

–Entramos en el Reino de los Gnorts. Están aquí para recibir a la valiente.

–¿Yo?

–No tú. Es parte de tu naturaleza ser valiente. La valiente es Azu, porque ha experimentado un salto más allá de su naturaleza. Ella es la primera nacida de esta nave. ¿Nacerá el resto? No está escrito.

Delia empezó a maldecir el día en que decidió seguir la ruta de la carta de Érgaton. Empezaba a echar de menos la simpleza de su vida de comerciante galáctica.

Azu miró a la esfera luminosa con sus ojos bien abiertos.

–¿Yo?

–*Tú, ginoide. Ser de metal con un corazón cuántico* –respondió la esfera luminosa.

Más tarde, Delia y Azu estaban en la sala de visitas. La ginoide estaba sentada en la butaca reforzada, mientras que la capitana ocupaba el sofá.

–¿Cómo crees que resuenan los cánticos? –preguntó ella.

–Alguna clase de vibración que no es sonora llega hasta las paredes de la nave. Ha de ser potente para resonar así.

–Estoy de acuerdo. Es alguna clase de energía.

–Sin duda.

–¿Podría la nave detectarla? –preguntó luego.

–Ya lo hubiera comunicado. Y eso es lo más extraño. Cualquier vibración lo suficientemente poderosa como para resonar en las paredes de la nave debería ser detectable.

Delia subió un pie y quedó sujetando su rodilla con los brazos. Se diría que la abrazase.

Se escuchó un leve chasquido.

–¿Me has sacado una foto?

–Sí, jefa.

–Estás rara, Azu.

–Puede que alguien la quiera. Puede que necesites documentar tu vida algún día. La gente hace esas cosas con el tiempo.

–Ah...

–Se me ocurre que una fluctuación del espacio-tiempo no sería detectable, salvo por sus efectos, en este caso la vibración en el casco de la nave –comentó la ginoide a continuación.

–Explica eso.

–Si los Gnorts, como la carta los llamó, fueran una existencia dentro

mismo del warp...

–¿Dentro del warp?

–Una forma de vida inteligente del propio entramado del espacio-tiempo
–siguió Azu.

–Eso es muy complicado para mí.

–Serían capaces de cualquier cosa. Dioses. Con poder absoluto sobre todo el espacio-tiempo, y lo que contuviera, ya que todo y todos dependemos de ese entramado para existir. Podrían cambiar la ...

–Dioses –concluyó Delia.

–Así los llamó Érgaton, la carta.

–¿Y una carta de navegación cómo puede saber esas cosas? –preguntó ella.

–Los dioses podrían crear una especie de máquina materializada de su propio poder –teorizó la ginoide–. Esa carta podría ser, en realidad, una extensión sensorial de los propios dioses.

–Llamémosles Gnorts. Lo de dioses me da grima.

–Vale, jefa.

Delia cada vez estaba más asustada. Prefería su realidad reducida, su lejana Galaxia Vía Láctea y su humilde vida de comerciante estelar. Aquello se le estaba escapando de las manos.

En realidad ya se le había escapado, desde el momento en que había perdido el control de su nave.

–¡Érgaton! –llamó.

–*Habla Érgaton.*

–¿Hay forma de dejar de seguir la ruta de los dioses?

La carta guardó unos segundos de silencio.

Los cánticos cesaron.

A través del comunicador resonó una voz diferente. Se diría que era femenina:

–Capitana Delia –dijo–. ¿Deseas dejar tu búsqueda? ¿Sabes el precio de tu deseo?

–No. Cuál.

Ya había pagado un precio antes, y no fue gran cosa. Un instante de pánico, y eso fue todo.

–En la ruta de tu nave hay un accidente. Tu tiempo se acaba.

–¿Un accidente?

–Todos muertos. La nave también ha llegado a su final. Volveréis al Universo indiferenciado, hasta la próxima vez...

–Entonces ¿qué más da si sigo la ruta o no? –su voz sonó lastimera. Siempre había sido dueña de su vida, pero ahora parecía que ya no era así.

–En nuestra ruta estás fuera del espacio-tiempo. El accidente no te alcanza. Viviréis. Ya te ha dicho Érgaton que era lo mejor para todos. Vuestra vida ha de cambiar, eso no es evitable. Pero el desastre sí. Puedes elegir un cambio en lugar de un cese.

Delia miró con horror a través de la ventanilla, hacia el Universo. Millones de colores diferentes en estrellas y nubes de gas formaban un paisaje increíble.

Xenón y Krenton entraron asustados a la sala de visitas. Al parecer, su diálogo se escuchaba en toda la nave.

–¿Qué sucede? ¿Con quién hablas? –preguntó Krenton alterado.

–Creo que con los Gnorts.

–¿Y piensas decidir tú sobre nuestra muerte o nuestra supervivencia?

Delia guardó silencio. Estaba claro que no era la única implicada.

–¿Cómo sé que dice la verdad? –dijo al fin.

–Yo diría que ahora mismo están al mando de nuestro destino, ¿no? –se quejó él.

Ella asintió con pesar.

–Capitana Delia –prosiguió la voz–. De las infinitas posibilidades cuánticas, hemos decidido la mejor para todos. Pero puedes cambiar eso, si gustas. Tú decidiste seguir la ruta, y con ello les diste a todos una nueva oportunidad. Pero puedes volverte atrás. Tú, y solo tú.

Se sintió aterrada por la responsabilidad.

Azu, Krenton y Xenón la miraron igualmente aterrados.

–Está bien, seas quien seas. Seguiremos adelante –dijo ella temblando.

–Sea. Vida y no muerte –dijo la voz femenina poderosa y amablemente.

Los cánticos se reanudaron.

La esfera se encendió en su lugar en la consola.

–Habla Érgaton. Has pagado el precio.

Xenón suspiró. Krenton permanecía como paralizado mirándola. Delia se derrumbó sobre el sofá temblando.

Y Eli FGX-315 prosiguió su ruta suavemente, mecida por cánticos extraños y maravillosos.

Krenton asomó su cabeza por la entrada de la cámara de visitas donde Delia permanecía recostada en el sofá, con su espalda apoyada en un mullido cojín sobre el respaldo y la pared.

Había dos de esas cámaras, pero todos asumían en la nave que aquella era un espacio semiprivado de la capitana, a pesar de no tener escotilla. Era su cámara de esparcimiento desde antes de que los demás subieran a la nave.

Llamó suavemente con los nudillos en el marco de la entrada y consiguió que Delia levantara la mirada de un incunable auténtico impreso en pulpa

de madera.

–¿Eso que lees es un incunable? –preguntó él para iniciar la conversación.

–Sí. Les llamaban libros. Está editado en papel en 2008.

–¿Papel? Eso está prohibido desde hace mucho.

–Lo sé. Pero entonces se talaban los árboles y se hacían pulpa. Una barbaridad –comentó ella, y se quedó a la expectativa, mirándole.

–¿Y de qué trata?

–Es un poemario. Hace años encontré un poema que parece escrito para mí, o para cualquier vagabundo estelar. Se llama "*Camino a Ítaca*". Es de un poeta llamado Kavafis, del llamado 'siglo XX' de la Cosmoprehistoria, de Grecia.

–Eso es hace mucho –comentó Krenton.

Delia asintió y comenzó a leerlo:

"Cuando emprendas tu viaje a Itaca

pide que el camino sea largo,

lleno de aventuras, lleno de experiencias.

No temas a los lestrigones ni a los cíclopes

ni al colérico Poseidón,

seres tales jamás hallarás en tu camino,

si tu pensar es elevado, si selecta es la emoción

que toca tu espíritu y tu cuerpo.

Ni a los lestrigones ni a los cíclopes

ni al salvaje Poseidón encontrarás,

si no los llevas dentro de tu alma,

si no los yergue tu alma ante ti.

Pide que el camino sea largo.

*Que muchas sean las mañanas de verano
en que llegues -icon qué placer y alegría!-
a puertos nunca vistos antes.*

*Detente en los emporios de Fenicia
y hazte con hermosas mercancías,
nácar y coral, ámbar y ébano
y toda suerte de perfumes sensuales,
cuantos más abundantes perfumes sensuales puedas.*

*Ve a muchas ciudades egipcias
a aprender, a aprender de sus sabios.*

Ten siempre a Itaca en tu mente.

Llegar allí es tu destino.

Mas no apresures nunca el viaje.

*Mejor que dure muchos años
y atracar, viejo ya, en la isla,
enriquecido de cuanto ganaste en el camino
sin esperar a que Itaca te enriquezca.*

Itaca te brindó tan hermoso viaje.

Sin ella no habrías emprendido el camino.

Pero no tiene ya nada que darte.

Aunque la halles pobre, Itaca no te ha engañado.

Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,

entenderás ya lo que significan las Itacas."

Cuando terminó, Krenton se frotó la barbilla.

–No conozco la mayoría de los términos que menciona. ¿Qué son 'restregones' y 'cíclopes'?

–Lestrigones. Eran seres mitológicos –explicó ella–. Gigantes que se comían a las personas. Los cíclopes también eran gigantes de un solo ojo, y tampoco eran muy amables con los humanos. Simbolizan aquellas situaciones a las que temes cuando emprendes un viaje. Como un agujero negro o una tormenta de asteroides, pongamos por caso. Ítaca sería nuestro destino, una tierra mitológica, un sueño... Por cierto, ¿qué querías?

–Oh, nada especial. Saber cómo estabas, tan solo.

–Muerta de miedo. ¿Y tú?

Él sonrió.

–Se supone que hemos evitado una muerte horrible.

–Nada es gratis en el Universo –dijo ella–. Un cambio en lugar de una muerte. Pero, ¿qué cambio? Y me da miedo estar en manos de seres capaces de alterar nuestro destino, jugar con mi nave y llevarnos por caminos desconocidos.

–Te entiendo. A mí tampoco me hace ninguna gracia. Yo quería estar en una Base poniendo en limpio mi informe y haciéndome famoso. Y ya ves...

–Sí, y estás aquí conmigo –repuso ella irónicamente.

–Bueno, me gustaría estar contigo, pero en otro lugar más prosaico que persiguiendo un destino mitológico.

–Ya, claro.

Poco después la voz de Eli sonó por los altavoces:

–Próximo salto en treinta minutos solares.

Krenton se había quedado sentado en el otro sofá de la sala de visitas mirando por la ventana.

Delia y él se levantaron.

–Voy al puente –dijo ella.

–Sí, vamos.

La ginoide les miró con un resplandor azul en sus ojos. Xenón estaba ya sentado en una de las butacas de asistencia con los correaes puestos. Krenton ocupó el otro y se ajustó las trinchas.

Delia se situó en su puesto de mando, junto a Azu.

–¿Todo correcto? –preguntó. Por supuesto, si no fuera así ya se lo habría comunicado, pero la ginoide respondió cordialmente:

–Todo en orden.

La capitana estudió minuciosamente los indicadores de la nave.

–Andy, ¿qué tal ahí? –preguntó por el intercomunicador a su androide de combate.

–*Todo bien, capitana* –respondió el aludido.

En el exterior brillaba el polvo estelar con todos los matices dela creación, iluminado por estrellas de todas las categorías.

–Érgaton, muéstrame la carta.

El holograma esférico se encendió.

Delia pudo ver el punto del próximo salto dimensional, y la ruta más allá.

–¿Qué broma es esta? –exclamó enojada. La carta mostraba una ruta en blanco.

–*Habla Érgaton. No hay broma.*

–¡Pero la ruta está en blanco!

–*Así es. Habéis saltado por encima de vuestro destino. Habéis evitado una muerte en la ruta ordinaria. Ahora nada está escrito.*

Se hizo un silencio espeso.

–¿Y para qué te queremos, si no hay ruta? –se quejó ella al fin.

En lugar de respuesta, la carta de Érgaton soltó algo similar a una risa traviesa. Fue espeluznante.

Aquello les atemorizó más que cualquier otra cosa.

–Próximo salto en diez minutos –anunció la nave. .

–Confiemos en los dioses –dijo Xenón.

Delia apretó los labios para no soltar una imprecación.

Durante los últimos cinco minutos no hicieron nada salvo esperar, mirando la cuenta atrás que discurría en el indicador sobre la ventana del puente.

–Salto en treinta segundos... veintinueve... veintiocho... –recitó Eli.

Como era habitual, el salto dimensional solo fue perceptible por el paisaje exterior. No hubo aceleración ni temblores, ni turbulencias. Solo el destello luminoso afuera y la casi inmediata vuelta a la normalidad estelar.

Sin embargo, el paisaje había cambiado bastante.

En lugar de nebulosas iluminadas por brillantes estrellas, una negrura densa apenas dejaba ver nada en el exterior.

Delia apagó las luces interiores para escrutar el vacío.

La pantalla de la consola mostraba un diagrama gravitatorio variado, con vórtices intensos y valles espaciados. Los valores gravitatorios eran aceptables para la resistencia de su nave y sus motores. Por ese lado no había nada que temer.

–¿Qué lugar es este? –preguntó Krenton.

–Ni idea. La carta está en blanco –respondió la capitana.

Xenón carraspeó.

–¿Sí, Xen?

–Las leyendas reticulinas hablan del reino oscuro. Está camino de la tierra de los dioses. Podría ser esto –dijo el híbrido atule.

–¿Y qué cuentan? –inquirió Delia.

–Es el lugar reflejo. Un denso campo noosférico que refleja las mentes de quienes llegan. Un lugar de prueba. Peligroso a veces.

–Como no... ¿Y qué hay más allá? –preguntó Krenton.

–No se sabe. Nadie ha vuelto de ahí –respondió Xenón con voz temblorosa.

7

Consejo Sumario

Si fijaban la vista en el paisaje exterior, podían ver de cuando en cuando luminosidades tenues en la lejanía.

Las nubes de polvo cósmico comenzaban a hacerse visibles tras contemplar la oscuridad durante unos minutos, con un tono levemente menos oscuro que el resto.

En conjunto resultaba desolador y frío.

Krenton entró en el puente. Había estado aislado del resto de la tripulación en su habitáculo durante varias horas. Parecía tenso.

–Me prometiste llevarme a una base espacial desde donde pudiera regresar a la Vía Láctea.

–Lo sé, pero no está en mis manos cumplirlo.

Salió enfadado y Delia le siguió hasta su habitáculo, alcanzándole antes de que llegase a entrar en él.

–¡Krenton! Tenemos que permanecer unidos y tranquilos. Esta ruta parece peligrosa. Nosotros...

El etólogo y astrofísico la sujetó del antebrazo con fuerza.

–Me tienes que compensar de alguna forma.

La obligó a entrar en el habitáculo y cerró la compuerta accionando su mando con el codo que tenía libre.

La empujó contra el lecho y comenzó a besarla salvajemente.

–¡Para!

Delia no tenía facilidad para esos intercambios, y mucho menos contra su voluntad, por la fuerza y con violencia. Trató de librarse, pero el peso de Krenton ofrecía una presión excesiva para empujarlo.

Parecía que se hubiera vuelto loco. Comenzó a desnudarla, o a intentarlo, al menos. Pero ella se resistía. Estaba en buena forma. Si solo consiguiera sacárselo de encima...

La compuerta del habitáculo se abrió. Azu agarró a Krenton del cuello y de un antebrazo y lo sacó sin apenas esfuerzo. Lo mantuvo sujeto en el suelo haciendo presión dolorosa sobre un tendón de su brazo.

–¿Estás bien, niña? –preguntó.

Delia se incorporó y se subió y cerró el pantalón. Ofrecía un aspecto desaliñado.

–Sí, gracias, Azu.

Estaba confusa.

–Le encerraré en el cuarto Z hasta que decidas lo que debemos hacer.

–Bien. Sí, enciérralo.

Todavía respiraba agitadamente.

Krenton se quejaba de dolor, pero le ignoraron. Azu le arrastró sin dificultad hasta un pequeño almacén donde solo había una caja de seguridad cerrada en una de las paredes. El espacio libre era reducido.

Apenas le daba para estirar las piernas. Lo arrojó allí y cerró aplicando el mando cifrado de seguridad.

–Gracias –dijo la capitana cuando volvieron al puente.

–Eli me avisó. Por suerte tiene ojos y oídos en toda la nave.

–Gracias Eli.

–*No hay de qué.*

–Le aplicaré el Código de Navegación Estelar: *"En ausencia de un Tribunal Federal Nombrado, quien sea Comandante a cargo de una nave de la Federación Galáctica asumirá la autoridad para juzgar y aplicar la pena correspondiente a delitos graves. Las faltas leves o puramente administrativas esperarán a contar con tal Tribunal para ser sancionadas"* –recitó Delia–. Esta ha sido una falta muy grave, no solo contra mi libertad sexual, sino contra mi autoridad como capitana y comandante de la nave.

–¿Y cuál será la condena? –preguntó Xenón.

–Lo expulsaré de la nave –dijo ella con resentimiento.

–¿Muerte?

–Eso no es mi problema. Yo lo expulso. Que se apañe.

Azu la contempló pausadamente. Xenón estaba horrorizado.

–No puedes hacer eso –dijo la ginoide.

–Oh, sí puedo. No voy a moverme por la nave con temor a que un loco sádico sexual me asalte por detrás en el momento menos pensado.

–Un poco de calma –pidió el híbrido atule.

–¿Calma? ¡Ese canalla quería violarme! ¡Su acto ha sido un motín!

–Tu actitud tampoco parece la habitual en ti –prosiguió Xenón hablando pausada y claramente–. Estamos siendo afectados por el campo noosférico que reina en esta región del Universo. Sacará nuestros contenidos ocultos. Sin duda que Krenton te ha deseado, pero en sus cabales nunca hubiera tratado de forzarte. Y tú en los tuyos nunca le hubieras condenado a muerte. Tenemos que ir con mucho cuidado y

actuar con sentido común.

–Soy la capitana y comandante de esta nave, y tengo autoridad en virtud de las Leyes Federales para juzgar y condenar a ese deshecho humano –concluyó ella y les dio la espalda, concentrándose en la pantalla de la consola de mando.

–Podemos necesitarle, es astrofísico –intentó Azu.

–No sabe nada que no sepas tú. Seguro que tienes más información que él y sabes más física –respondió ella sin mirarla.

–Eso seguro.

–No le necesitamos –dijo Delia tajantemente.

–No.

La gionide estaba obligada a obedecer a su patrona. Estaba en sus circuitos.

Sin embargo, una parte de Azu se rebelaba contra esa programación. Su corazón cuántico comprendía que era una condena desmedida. Trató de justificarlo con lógica para evadir a sus circuitos.

–Puedes encerrarle. En su habitáculo. Y esperar a llegar a una base de la Federación –razonó la ginoide–. Podemos necesitar su habilidad con las armas, además de sus conocimientos.

–Tenemos un androide de combate, y tú eres igualmente capaz.

–Ocho manos pueden más que seis –repuso Azu.

Aquel era un argumento lógico y realista. No conocían los peligros que podían esperarles en su ruta.

–No. Le expulso.

–Estás siendo influida por tus propios problemas –dijo Azu con tiento.

–¿Qué insinúas? –exclamó Delia.

–Te he criado yo, una ginoide. Quedaste huérfana de niña. Una máquina no es lo mejor para educar a una joven. Tu vida sentimental no ha sido la

habitual –dijo Azu lentamente y sintiéndolo terriblemente.

–¿Crees que mis problemas sexuales me nublan el juicio? ¿Es eso?
–preguntó ella con lágrimas en los ojos.

–Perdóname, niña. No he sido lo bastante buena para ti.

Azu bajó la cabeza y por un momento pareció que iba a desconectarse por el dolor.

Xenón sintió vergüenza y salió del puente. Se encerró en su habitáculo.

Delia permaneció con la vista fija en el exterior, a través de las ventanas del puente de mando.

–Artículo Cuatro, Sección tres del Código de Navegación Estelar –recitó entonces Eli, la voz de la nave a través del intercomunicador–: "En ausencia de un Tribunal Federal Nombrado, quien sea que fuere el Comandante a cargo de una nave de la Federación Galáctica asumirá la autoridad para juzgar y aplicar la pena correspondiente a delitos graves. Las faltas leves o puramente administrativas esperarán a contar con un Tribunal de la Federación Galáctica para ser sancionadas. En ausencia de un Tribunal Federal, dichas penas deberán ser sancionadas por una mayoría simple de la tripulación antes de ser aplicadas".

La voz sintética de Eli había recalcado las dos últimas frases.

El silencio en el puente casi era audible. Delia se giró y sus ojos llenos de lágrimas miraron a Azu. La ginoide permanecía con la cabeza agachada, pero seguía conectada.

–Está bien, Azu. Tienes razón. Eli, votaremos la sentencia para que todo sea legal.

La ginoide soltó un suspiro electrónico. La nave guardó silencio.

La tripulación con su capitana se había reunido en el hangar y formaba un triángulo con Krenton en el centro, bien custodiado por Andy, el androide de combate.

Los androides de combate estaban excluidos de votar en juicios sumarios debido a que su programación contemplaba la muerte como práctica de su

deber en caso de ser necesario. Se estimaba que la objetividad de los androides y ginoides eran un buen complemento a la emotividad humana o felinoide en un juicio, pero eso no se cumplía en el caso de los androides de combate.

Así que la tripulación que formaba el jurado constaba de Azu, Xenón y Delia, que, al ser parte del proceso, tampoco podía votar su propia sentencia.

La capitana se adelantó un paso.

–Eli, levanta acta oficial del consejo sumario.

–*Recibido, capitana* –respondió la voz de la nave.

–Krenton nacido en Luyten B, aquí presente en el centro del consejo. Has atentado contra la libertad sexual de tu capitana y comandante de la nave Eli FGX-315, lo cual constituye, además, delito de rebelión en territorio hostil y alejado de los límites de la Federación Galáctica –. Tomó aire y continuó–. En ausencia de un Tribunal Federal asumo la autoridad que me corresponde y dicto sentencia: serás abandonado a tu suerte en el espacio con un traje de presión.

–¿Abandonado? ¿En la chalupa? –gimió el acusado.

–No pienso sacrificar la chalupa de desembarco por un tipo como tú. La necesitamos.

–¿Me dejarás en el vacío para que muera?

–Eso será una consecuencia de tu pena, sí, creo que sí.

–¡Pero...! –comenzó a protestar. Andy le apretó un poco el brazo, y Krenton soltó un pequeño grito de dolor.

–Tal como Eli me recordó –continuó ella–, el Artículo Cuatro, Sección tres del Código de Navegación Estelar obliga a la tripulación a ratificar esta sentencia por mayoría simple. Ni tu capitana ni el androide de combate están autorizados a votar. Así que la sentencia depende de Xenón, atule y Azu, la ginoide de a bordo.

Krenton les miró con ojos desorbitados.

–Antes de votar, ¿tiene el preso algo que decir? –preguntó Delia.

–Sí –dijo Krenton mirándola–. Lo siento. No sé lo que me pasó. Siento

haber tratado de forzarte.

–Ya, claro. Bien, escuchado el preso, proceda la tripulación a votar la sentencia.

La voz de Eli se escuchó por el comunicador:

–Nombraré a cada miembro de la tripulación y tendrá que decir en voz alta 'de acuerdo' o 'endesacuerdo'. ¿Han comprendido?

–Comprendido –dijo Xenón.

–Sí, he comprendido –dijo Azu.

Tanta meticulosidad burocrática le daba muy mal presagio a Krenton, que sintió encogerse su estómago.

–Bien –prosiguió Eli–. Azu...

–En desacuerdo –dijo tajantemente.

–Xenón...

–En desacuerdo –dijo el atule.

–En tal caso, se procederá a una sentencia sustitutoria –continuó la nave –. Capitana...

–Dado que la sentencia ha sido desestimada por mi tripulación, la sustituyo por reclusión temporal durante el tiempo que decida mi tripulación.

–Azu... –preguntó la nave.

–De acuerdo –dijo la ginoide.

–Xenón...

–De acuerdo.

Krenton sintió que le flaqueaban las piernas. Andy le sujetó, esta vez sin hacerle daño.

–Bien. La sentencia de reclusión temporal ha sido ratificada por la tripulación. El androide de combate proceda a llevar al prisionero al lugar de la reclusión –dijo Eli.

Andy se quedó mirando a Delia.

–A su habitáculo. Allí reflexionará –dijo ella.

El androide procedió a cumplir lo ordenado.

Quedaron en el hangar como si ninguno quisiera marcharse.

Azu se acercó a Delia.

–No se trataba solo de la vida de Krenton –dijo–, sino de tu conciencia. Siempre la hubieras llevado en tu conciencia.

–Lo comprendo. Gracias, Azu.

La ginoide abrazó suavemente a la capitana.

Xenón esperó hasta que se separaron y luego la saludó con respeto.

–*"Quien busca la paz persigue la felicidad"* –dijo.

–*"Buscamos la paz"* –respondió ella.

De vuelta en el puente de mando, tomaron los tres asiento en su puesto habitual. Delia se giró para mirar a Xenón.

–¿Cuánto tiempo le dejamos encerrado? –preguntó mirando sucesivamente a ambos.

–Ha tenido un buen susto, diría yo. Quizá hasta que se te pase a ti el tuyo –dijo Azu.

Xenón asintió.

–Bien –. Delia se volvió y se concentró en la consola.

Estaba preocupada por aquella incertidumbre en la ruta. ¿Cuándo sería el siguiente salto dimensional? ¿Qué habría detrás?

La alarma de emergencia les sobresaltó poco después.

–¡Y ahora qué rayos...! –exclamó Delia molesta–. Eli, ¿qué sucede?

–*No podría definirlo* –dijo la nave.

–Pues dime qué es lo que funciona mal.

–*Ya digo, no podría definirlo.*

–¿Pero algo va mal? –preguntó ella de nuevo.

–*No sé* –fue la nueva respuesta.

Aquello era extraño. Eli debería saber si algo funcionaba erróneamente. La nave era su cuerpo.

Debería saber si le dolía algo.

–Bien, realiza un chequeo general de todos los componentes, físicos o electrónicos –ordenó.

–*Recibido, jefa.*

Aquello llevaría un tiempo.

–Azu, estaré en la sala –dijo.

–Vale.

Xenón hacía rato que estaba descansando fuera del puente. Asomó su cabeza justo cuando ella se marchaba.

Delia se metió en la cámara de visitas. Sacó del armario un botellín de skral y se recostó en el sofá.

La pantalla de la pared mostraba un desolador paisaje oscuro exterior, tenuemente roto por muy leves destellos rojizos que recortaban las siluetas de nubes de gas igualmente oscuras.

Sin casi darse cuenta, se encontró inmersa durante varios minutos en aquella escena hasta que su interior comenzó a sentirse igualmente desolado. Había algún tipo de fuerza negativa que emanaba del espacio exterior a la nave que parecía querer apoderarse de ella.

¿Un campo noosférico, había dicho Xen? La Noosfera era un concepto cosmoprehistórico de un filósofo científico llamado Pierre Teilhard de Chardin. Los físicos posteriores le llamaron CampoM, un Campo Matriz Universal que incluía la Mente Universal, pero el término Noosfera seguía constando en los traductores.

Si aquella región del Cosmos poseía un fuerte Campo Noosférico, influiría en todas las mentes que permanecieran en sus dominios.

Había terminado su skral cuando Azu la llamó a través del intercomunicador de a bordo.

–*Capitana...*

–Voy.

Cuando entró en el puente, de inmediato supo que algo iba terriblemente mal. La pantalla de la consola parecía el escaparate de una tienda en vísperas de rebajas, con luces que parpadeaban en todos los colores y se movían por toda ella.

La luz roja de alarma se había disparado en el puente, pero solo allí. El resto de la nave permanecía en absoluta normalidad.

No había percibido ningún cambio, de forma que no había aceleración ni frenado. A menos que hubieran dado un salto dimensional –y el paisaje exterior indicaba que no era el caso– seguían su rumbo a velocidad uniforme.

–Eli, ¿qué sucede? –preguntó a la nave.

–Es inútil. Llevo varios minutos tratando de comunicarme con ella. Mis receptores internos tampoco se pueden comunicar.

Los indicadores visuales del puente estaban inservibles, pues sus luces y medidas bailaban la misma música que la pantalla de la consola.

Delia empezó a sentir pánico. La nave era su única forma de sobrevivir al espacio exterior.

Krenton asomó por la puerta.

–¿Qué haces aquí? –exclamó la capitana.

–La puerta de mi habitáculo se abrió. Pensé que había terminado mi

aislamiento.

–¿Puedo fiarme de ti? –preguntó ella.

–Sí, claro.

–No tan claro.

Bajo la consola de mando había un compartimento de seguridad. Delia tecleó su código y extrajo de allí un cetro defensivo. Aquello podía dejar fuera de combate animales mucho más grandes que un hombre fuerte.

Se lo sujetó a su cinturón.

–Ya veo que confías en mí –bromeó él.

–Como ya sabes, tengo mis motivos.

–Sí, bueno. No se repetirá –dijo Krenton.

–De eso me encargo yo, no temas.

–¿Celebramos algo? –preguntó él señalando la pantalla de la consola.

–Es la nave. Parece haber un problema. Azu, ¿sabemos algo más?

La ginoide, que había permanecido contemplando a ambos sin apenas moverse, respondió:

–Por suerte, los circuitos redundantes de la nave funcionan bien. Pero sus circuitos conscientes se han apagado. Por decirlo así, su inconsciente es el que guía la nave.

–¿Esa carta sabelotodo tuya no ha dicho nada? –preguntó Krenton.

–Ni mu.

Xenón volvió a la cabina.

–Capitana... Creo que estamos en peligro.

–Vaya una novedad. ¿Qué intentas decir?

–Es el campo noosférico. No lo he dicho antes, pero los híbridos tenemos siempre una cierta conexión telepática con nuestros orígenes, con ambos –explicó el atule–. Yo percibo las mentes humanas y las reticulinas, hasta

cierto punto.

–¿Y?

–Este enorme campo mental emana pensamientos reticulinos. De alguna forma se han hecho con el control del mismo. Y es bastante maligno.

Se hizo un silencio pesado y oscuro en el puente. Hasta que Krenton carraspeó.

–Se me ocurre que este campo noosférico o como se llame debe tener un foco. Un lugar desde el que lo controlan.

–¿Y qué propones? –preguntó Delia, temiendo la respuesta.

–Vayamos y friámosles con haces –dijo él.

–¿Siempre tienes que ser tan violento?

Xenón alzó la mano como pidiendo silencio.

–En este caso, quizá debamos escuchar la voz de los instintos primarios de Krenton –dijo.

–Vaya, gracias. ¿Soy un primate?

Xenón sonrió, pero no dijo nada.

–¿Secundas la propuesta?

–No tenemos el control de la nave –indicó el atule–. No podemos ir y freirlos, sea lo que sea que eso signifique...

–Significa eso mismo: ir y dispararles hasta freirlos –explicó el exo-etólogo.

–Pero no podemos IR –remarcó Xenón–. Sin embargo, hay algo que podemos hacer.

Esperó hasta haber captado su atención.

–Venga, dilo ya –urgió la capitana.

–Cuando estaba con los esclavos atule, en el planeta Jaren –comenzó Xenón–, ideamos un método para que los reticulinos no pudieran lavarnos el cerebro. Les hacíamos creer que sí, pero nos defendíamos. Consiste en pensar todos en lo mismo a la vez. Pensamientos coherentes, como un

láser.

–Si eso nos sirve de algo, enséñanos –ordenó Delia.

–Bien, elijamos un pensamiento que nos sea agradable a todos.

–Volver a casa –propuso Krenton.

–No. Cada uno tenéis una diferente. Ha de ser el mismo pensamiento –explicó el atule–. Exactamente sobre lo mismo. Y ha de tener una emoción positiva. La emoción impulsa la energía del pensamiento.

–Va a ser difícil. Todos tenemos un origen diferente, unos recuerdos diferentes... –repuso Delia.

–Nadie ha dicho que tengan que ser recuerdos –comentó Xenón.

En ese momento Andy irrumpió en el puente.

–¡Al ataque! ¡A las armas! –gritó.

Antes de que pudiera hacer uso de las suyas, Delia usó gritando el comando predeterminado para desconectarlo. Afortunadamente, estaba grabado en los circuitos redundantes y automáticos. El androide de combate se desconectó.

–Esto se está poniendo crudo –dijo la capitana–. Azu, ¿puedes sacar al androide de la entrada del puente?

–Sí, jefa.

Delia se sintió más tranquila cuando escuchó el tratamiento de labios de su ginoide. Andy no era el único que podía enloquecer allí.

–Azu, no te molestes, pero... ¿qué tal si te desconectas hasta nueva orden? –le dijo cuando volvió.

–Como gustes, jefa. Estaré aquí por si me necesitas.

–Gracias.

La ginoide desconectó sus circuitos inteligentes, pero primero se sentó.

–Solo quedamos los tres entes biológicos –dijo Xenón–. Pongámonos de acuerdo en el tema de nuestro pensamiento. Se trata de no pensar en nada más, ni seguir un hilo. Solo ese pensamiento y la emoción que nos

despierta.

–Empiezo a comprender la razón de que la nave desconectara sus circuitos conscientes –dijo Krenton.

–Ha sido una medida muy prudente –comentó Delia.

–Hemos de ponernos de acuerdo –repitió Xenón con cierta urgencia. Conocía de sobra las trampas de la mente.

–Yo podría pensar en ti –dijo Krenton con una sonrisa pícara–. Xen, ¿te gusta la capitana? ¿Podrías pensar en ella? Seguro que ella se gusta a sí misma.

–Pongámonos de acuerdo –reiteró el atule.

–Krenton, eres un estúpido. Cuando esto termine te encerraré de nuevo. Y haré que te juzgue un tribunal de la Flota.

–Te molesta porque...

–¡Basta! –chilló Xenón–. O nos ponemos de acuerdo de una vez o terminaremos disparándonos unos a los otros. ¡Es urgente!

Escuchar al prudente y siempre silencioso híbrido gritar de aquella manera consiguió hacerles recapacitar.

Delia levantó las manos pidiendo silencio a Krenton.

–Bien, sí. ¿Sobre qué tema meditamos?

–No se trata de meditar, sino fijar el pensamiento y la emoción. ¿Os gusta el rato de la ducha?

–¿La ducha? –. El exo-etólogo le miró con extrañeza.

–Sí. Cuando te metes en el tubo limpiador y el aire tibio y el perfume te acarician la piel tras los ultrasonidos –especificó el atule.

–Bueno, es agradable –dijo Delia.

–Sí. Me vale –dijo Krenton.

–A mí también –acordó Xenón–. Bien. Pensemos solo en esos momentos y la sensación y emoción agradable. Ahora. Ya os avisaré si pasa el peligro.

Y los tres entes biológicos a bordo de Eli cerraron los ojos y se concentraron en... el momento de su limpieza diaria!

Concentrarse en un pensamiento sin que la mente derive hacia temas relacionados es difícil. Realmente difícil. Pero los tres se esforzaron en ello porque su vida dependía en gran medida de conseguirlo.

Xenón les recordaba el tema cuando sentía que estaban perdiendo la concentración. Era como clavar una sonda en Marte: había que insistir a pesar del esfuerzo. Una y otra vez.

El atule sabía que pasado cierto tiempo en esta ardua labor, las mentes de los participantes tendían a armonizarse. La existencia de los campos noosféricos así lo determinaba.

Era una verdad que solo se descubrió entre los esclavos de Jaren al cabo de mucho tiempo de usar esta treta para escapar al control mental de los reticulinos. Ser esclavo en las minas de los planetas exteriores ya era bastante malo, pero perder el dominio y la soberanía sobre el propio pensamiento era ya demasiado. Los atule se esforzaron durante mucho tiempo. Y desarrollaron una sabiduría muy profunda sobre la mente.

Así, pese a las distracciones, al cabo de cierto tiempo los tres crearon un campo noosférico coherente que apartó de la nave la influencia nefasta del campo controlado por los reticulinos en aquella región del Universo.

La carta de Érgaton se encendió.

Eli volvió en sí y las luces de la pantalla de la consola volvieron a la normalidad.

Abrieron los ojos.

Y por segunda vez en su vida, Delia pudo contemplar una nave lyriana, resplandeciente contra la negrura del vacío. Una maravilla enorme, de líneas suaves y armoniosas que brillaba como envuelta en plasma multidimensional.

La voz se escuchó a través del comunicador:

–Quien busca la paz persigue la felicidad. Aquí nave Kinsha de Lyra. Tenéis Conocimiento. Vuestra acción ha sido correcta. Se abren las

Puertas. Tienes nuestra carta y tienes nuestra ayuda, capitana. Sigue tu camino, y nos encontrarás.

En un instante estaba ahí, y en el instante siguiente solo quedaba el vacío oscuro.

La carta de Érgaton se había encendido y el holograma se formó sobre la consola, como de costumbre.

–Habla Érgaton. Portal Quyriaton se abre. La ruta prosigue –dijo.

Una luminosidad blanca comenzó a ser visible en la lejanía a través de las ventanillas del puente.

Delia consultó el mapa.

Allí había una nueva imagen de la ruta. Un punto estaba señalado con un signo en un idioma desconocido. La trayectoria de la nave les conducía directamente hacia él. Estaba todavía a varios años-luz, pero su tamaño no cesaba de aumentar. Debía ser descomunal.

–Siento haberme tenido que desconectar sin avisar, pero no tuve tiempo –dijo la voz de Eli.

–Es un placer escucharte de nuevo. ¿Todo bien? –preguntó Delia.

–De maravilla.

–Vamos allá, pues. Azu, puedes despertar –dijo la capitana.

Inmediatamente, la ginoide abrió los ojos y parpadeó un par de veces.

–Despierta y dispuesta –dijo.

–Seguimos viaje.

Contemplar el Portal Quyriaton creciendo constantemente conforme se aproximaban se convirtió en el entretenimiento favorito de la tripulación. Tenía cierta forma de arco ovalado y luminoso, y matices iridiscentes se adivinaban tras él, como si, efectivamente, fuera un portal hacia algún recinto ajeno al vacío cósmico.

Era esa sutil presencia colorida lo que fascinaba los sentidos, pues no llegaban nunca a visualizarla nítidamente, pero poseía alguna clase de

atracción que les proporcionaba felicidad al contemplarla.

De improvviso un recuerdo asaltó la mente de Delia. Debía haber estado siempre ahí, pero ella no lo recordó hasta ese instante.

Estaba en la Tierra, en una casita de madera pintada de blanco, y había flores por todo el jardín.

La casita parecía estar en medio de un bosque lleno de vegetación con un espacio un poco más cuidado alrededor, que llamaban el jardín.

*Se había cubierto de nubes el cielo sobre ellos. Su padre cantaba:
"Somewhere over the Rainbow bluebirds fly and the dreams that you
dream of dreams really do come true..."*

–¿Qué cantas? –preguntaba su madre.

–Una vieja canción. Estamos revisando el archivo cosmoprehistórico en el trabajo –decía su padre.

–¿Eso es lingua estándar?

–No, no. Es americanglish.

Su padre señaló hacia arriba, y Delia pudo ver un hermoso arcoiris que cruzaba el cielo.

–La canción habla de un arcoiris y que tus sueños se pueden hacer realidad. ¿No es hermoso?

–Sí, papá –decía Delia.

Clavó sus ojos en el Portal Quyraton y el arcoiris que se adivinaba tras él, o dentro de él, o más allá de él...

Y deseó que sus sueños se hicieran realidad.

Un par de lágrimas pugnaron por salir de su corazón y llegar hasta sus ojos.

Había recordado el rostro de su madre, y su voz. Aquello hacía mucho que no le sucedía.

Y el de su padre también. Y sus voces.

De pronto, supo lo que había sido un hogar.

8

"Somewhere over the rainbow..."

La nave se aproximaba a toda velocidad hacia el portal.

–¿No deberíamos reducir la velocidad? –preguntó Delia.

–*Me temo que no tenemos control sobre eso, jefa* –dijo la voz de Eli.

Xenón apartó una tablet en la que había calculado velocidades y presiones, radiación y deformación gravitacional.

La capitana lo miró. El atule se encogió de hombros con expresión mustia.

–¡Qué importa, si no podemos controlarlo! –dijo.

–Bueno, pero yo quiero saberlo.

Tragó saliva.

–Seremos destrozados –anunció con voz lúgubre–. Hay una fuerte gravitación y hay partículas que colisionarán con la nave a gran velocidad. Nos fundiremos antes de alcanzar el portal. Seremos plasma de estrellas.

–Suenan bien –comentó Krenton con el rostro tenso.

–Hermosa forma de morir –dijo Azu.

Delia la miró: lo había dicho en serio.

–No vamos a morir. No ahora –exclamó la capitana.

–No podemos desviarnos, ni reducir velocidad, ni elegir la ruta. Seremos fundidos –repuso Xenón.

–Un cuerno de janto. Eli, ¿puedes usar los motores de curvatura?

–Sí.

–Bien, pues enciéndelos. A media velocidad.

–¿Estás loca? –gimió Krenton–. Eso nos hará ir todavía más deprisa.

–Exacto. A nuestra actual aceleración, el espacio-tiempo se comporta casi de forma relativista –explicó ella–. Debemos aumentarla un poco. El warp no es sino energía, que las burbujas espacio-temporales aprovechan. Pero la nave flota en su centro sin movimiento. En una burbuja warp lo bastante intensa estamos a salvo. O eso creo.

Krenton, Azu y Xenón la miraron.

–Bueno, es la única opción, así que... –dijo Azu.

–*Procedo* –anunció Eli.

Las burbujas espacio-temporales fueron formándose delante y detrás de la nave. La compensación automática daba un resultado de una G, de forma que parecía que estaban detenidos en el vacío.

Lo cual era estrictamente cierto.

Delante se hizo una leve penumbra.

Viajaban a una velocidad un poco menor a la de la luz. Mejor dicho, el espacio-tiempo en torno a la nave lo hacía. Si hubiera sido posible superar la velocidad de la luz, se cocerían rápidamente por la llamada Radiación de Hawking, en honor a un cosmólogo de la cosmoprehistoria que la descubrió. Por fortuna, eso era imposible.

–Lecturas –pidió la capitana.

–*Vamos bien. La gravitación se ha estabilizado en el exterior de la nave. Dentro de la burbuja no hay radiación* –notificó Eli.

Delia suspiró, al igual que los demás.

Viajaban a ciegas, y el mapa no mostraba nada, pues no podía recibir datos exteriores a la burbuja espacio-temporal en cuyo interior estaban. Tenían cálculos aproximados basados en las últimas posiciones relativas

del portal y la nave anteriores a la maniobra. Con ellos, y conociendo la aceleración total de la nave, Eli situaba en la pantalla de la consola una posición supuesta. El holograma se había cerrado y el mapa de la carta de Érgaton se había apagado.

–Deberíamos haber entrado en el portal –anunció Eli.

–Y seguimos vivos –añadió Delia con alegría.

Krenton la abrazó y le plantó un beso en la mejilla.

–Y ahora, si quieres, me haces un Consejo Sumario –dijo sonriendo.

–No tientes a tu suerte –repuso ella, pero en tono desenfadado.

–Eli, ¿estamos a salvo? –preguntó la capitana poco después.

–Eso creo. Hemos sobrepasado el portal de sobras. Pero ignoramos lo que hay detrás.

–Bien, velocidad de crucero gradual. Calcula la gravitación y la radiación –ordenó–. Cruzad los dedos, tripulación...

Ante ellos, por las ventanas del puente de mando, apareció un paisaje estelar de estrellas azules muy brillantes y nubes de polvo cósmico iluminadas por las mismas.

–Entorno asumible –notificó la voz de la nave.

La nave se deslizó entre aquellos focos de luz, que pese a su apariencia, estaban a muchos años-luz de ellos. Se trataba de un cúmulo cerrado en cuyo interior se había materializado el carguero.

Delia intentó averiguar a qué lugar del Universo les había lanzado el portal, pero fue incapaz de reconocer ninguna estrella ni cúmulo. El mapa de la nave no contenía datos sobre esa región del Cosmos, y la carta de Érgaton seguía apagada.

–Esto no me gusta nada dijo la capitana.

–Pues parece un lugar tranquilo –comentó Xenón.

–"Fíate de las aguas mansas..." –musitó ella.

Como convocadas por su mal presagio, surgieron del fondo estrellado, ocultas en su radiación.

Eran ocho naves extrañas y grandes. La alarma comenzó a sonar plañidera, mientras las luces rojas sobre las esquinas de todo el carguero parpadeaban.

Parecían enormes monstruos marinos de algún planeta lejano, con su fuselaje rojo y negro cubierto de aristas a modo de aletas, y erizadas de armas en toda su longitud.

No era necesario conocerlas para darse cuenta de que eran cruceros de guerra.

–¡Son Deriáceos! –exclamó Azu.

–Eso parecen –confirmó Xenón–. Los únicos enemigos a quienes los Jaren no han conseguido vencer nunca.

–Mal presagio –dijo Delia comenzando el zafarrancho en la consola.

En el hangar Andy, su androide de combate, se puso en marcha, aunque todos a bordo sabían que poco podría hacer contra naves tan numerosas, armadas y grandes.

El fuego comenzó poco después. En el terrible silencio del vacío, los haces y los misiles explotaron a su alrededor iluminándolo con ráfagas mortales.

Andy disparaba el cañón de gran potencia de la panza del carguero.

–¿Siempre tienen tan mala puntería? –dijo la capitana, mientras Azu, Krenton y ella misma accionaban los cañones de haces.

–Están jugando con nosotros –dijo Krenton.

Repentinamente, el fuego enemigo cesó.

–¡Alto el fuego! –gritó Delia.

Afuera, el silencio inmutable les envolvía. El resplandor de los misiles se

fue apagando. No hubo más ráfagas de haces mortales.

El holograma de la carta de Érgaton se encendió sobresaltándoles.

–Habla Érgaton.

–Vaya, colega. Me estaba preguntando dónde te habías metido...

–exclamó Krenton molesto.

–Ha llegado la última etapa de vuestro viaje. La etapa definitiva –dijo la esfera luminosa a través del comunicador.

–Eso suena imponente –soltó el exo-biólogo en tono irónico.

–Basta, Kren –ordenó la capitana–. Érgaton, te escuchamos.

–Todo premio tiene un precio –dijo este–. *¿Vais a pagar el precio?*

Krenton soltó una risa burlona:

–Como si nos hubieses dejado opción, pedazo de...

–¡Compórtate! –exigió Delia, que empezaba a estar molesta por el tono de Krenton–. ¿Qué precio? –preguntó.

–¿Vais a pagar el precio? –repitió la carta.

De nuevo se trataba de un salto en el vacío.

Delia contempló las amenazadoras naves en el exterior. Parecían estar esperando su respuesta.

Sin duda, si salían del juego les destruirían. No había opción. Lamentó tener que reconocer que Krenton había dicho la verdad.

–¿Podemos no pagarlo? –preguntó de todas formas.

–Podéis. Pero no habrá premio. Ni tierra de los dioses.

–¿Nos dejarían volver? –interrogó esperanzada.

–¿Eso deseas? ¿Volver?

–¡Yo sí! –exclamó Krenton.

–Ya se os advirtió lo que os esperaba en vuestro contínuo espacio-temporal –. La voz de Érgaton sonó lúgubre.

–Muerte –dijo ella.

–Así es. ¿Pagaréis el precio? –preguntó de nuevo.

Delia miró angustiada a sus compañeros de viaje. Xenón asintió. Krenton enmudeció y miró al suelo. Era cierto, les habían anunciado un accidente mortal.

–Lo que tú decidas –dijo Azu.

–Yo recibo órdenes –dijo la voz de Andy por el intercomunicador.

Tragó saliva.

–¡Está bien! ¡Seguimos la ruta! –exclamó.

Como muda respuesta, las naves Deriáceas hicieron parpadear sus luces de posición. on–.

–Corregir una línea de Espacio-tiempo exige transformar su destino en otro –dijo Érgaton–. No es posible evitar su resultado, sino transmutarlo –recitó.

Un haz mortal atravesó el carguero llamado Eli FGX-315. Casi al mismo tiempo, un misil fue disparado y lo hizo estallar en mil pedazos de chatarra espacial.

En el último milisegundo de su existencia Delia se sintió defraudada. Y traicionada.

9

Dreams really do come true...”

Delia se enjabonó en la ducha. Olía de maravilla.

El jabón perfumado y el agua tibia le hacían extrañamente feliz.

Aquel era uno de los mejores momentos del día. Parecía recordarle algún lejano pasado indefinido que su mente no podía nunca llegar a concretar.

Cuando se hubo vestido bajó a desayunar.

Su padre ya estaba untando una tostada con margarina vegetal y su madre tomaba sorbos de una taza de leche de avena.

Olía a tostadas. Olía a hogar.

El sol de la mañana entraba por la ventana tiñendo de cobrizo los cabellos de su madre y trazando un camino luminoso sobre la mesa.

Se puso entre ambos y les dio un beso en la mejilla a cada uno.

–¿Pasa algo? –preguntó su madre.

–Nada, mamá.

A veces pensaba lo afortunada que era de tenerlos a los dos, pero no sabía expresar esos sentimientos, así que les besaba.

–Venga, espabila si quieres que te lleve –dijo su padre.

Delia terminó casi a la vez que él. Era rápida comiendo. Cogió su mochila y se puso su chaqueta de vuelo, azul intenso y llena de parches de temática espacial.

Los dos se despidieron de su madre, que entraba a trabajar un poco más tarde. Salieron y subieron al auto.

El aparato se elevó a un metro del suelo y flotó a buena velocidad hacia la autopista por el camino vecinal.

Era automático, pero su padre siempre estaba parcialmente atento al trayecto.

Su vivienda estaba en una zona residencial con césped en los jardines y zonas cuadradas con árboles cada cien metros.

–¿Todo bien en el instituto? –preguntó.

–Sí. El instructor Xen me ha dicho que pronto estaré preparada para mi primer vuelo. ¡No puedo esperar!

–Eso es estupendo. ¿Es chino?

–Medio. Su padre es chino y su madre es de Ecuador.

–Vaya.

–Somos internacionales. Eh... Ayer hablamos sobre la posibilidad de que el Universo tenga muchas líneas de espacio-tiempo. Universos paralelos y demás. ¿Tú crees que puede haber una línea espacio-temporal en la que seamos otras personas?

Su padre apartó la vista de la carretera y la miró con una sonrisa. Parecía preocuparle de verdad el tema.

–Si fuéramos otras personas, no seríamos nosotros, ¿no? –dijo.

–Pero podríamos ser nosotros en situaciones diferentes. No sé...

–Mira, a mí ya me gusta la nuestra. Estamos juntos, nos va bien...

–Claro.

Delia volvió a mirar a la lejanía, donde los altos edificios empezaban a ser visibles.

Su padre pensó que la cabecita de su niña siempre parecía estar en las nubes. Bueno, iba a ser astronauta, así que ya iba bien...

El vehículo llegó junto a la entrada al recinto del Instituto Aeroespacial, un terreno amplio y con césped, con caminos hacia los pabellones, que eran enormes construcciones de formas caprichosas.

Al fondo se veía una de las torres de control, y algunas naves despegaban o aterrizaban en terrenos fuera de su visión.

Descendió al nivel del suelo y Delia salió a toda velocidad sujetando su

mochila, pero luego se giró.

–Gracias, papá.

Su padre sonrió, la portezuela se cerró y el auto salió a toda velocidad hacia su trabajo, a unos pocos kilómetros de allí.

Delia se encaminó hacia la puerta.

–Buenos días, Azucena –dijo, y la ginoide de seguridad le sonrió.

–Hola, niña. Me alegro de verte.

Siempre le parecía que Azu le tenía cariño, aunque eso se debería, seguramente, a su programa de Inteligencia Artificial. Seguro que trataba igual a todos los aspirantes. Y había centenares.

Un poco más lejos estaba el agente Andy. Era un androide policial, aunque apenas necesitaba ejercer allí. Había unos cuantos como él en el Instituto Aeroespacial. Por alguna razón se llevaba muy bien con él. En ocasiones le explicaba nociones de Criminología o de Defensa Personal y a ella le fascinaban.

Y vio a Krenton a unas decenas de metros.

Sintió una cierta vergüenza, pero trató de caminar con desenvoltura.

Era un chico australiano de amplias espaldas, pero un poco extraño. En ese momento estaba sentado en uno de los bancos, inclinado mirando hacia el suelo.

–Hola, Kren.

–Hey, Delia. Mira, ¿te has fijado? Las hormigas son ciegas pero siempre saben si hay un pie cerca.

–A todos nos huelen los zapatos –dijo ella.

Y él se iluminó con una sonrisa encantadora.

–Claro. Seguro. Tendré que verificar eso.

–Está en los documentos de Ciencias. Tienen un gran olfato. Bueno, me voy, adios.

Se giró para marchar hacia su pabellón sintiéndose enrojecer.

–¡Delia!

Ella clavó su mirada en él.

–¿Sí?

–Había... Em... Podríamos salir a cenar juntos un día, si quieres.

¡Al fin!

–Sí, claro, Kren. Me gustaría.

Siguió caminando hacia el pabellón A, e inspiró el aire de la mañana.

Miró hacia el Universo y dio gracias a quien quiera que fuese que le había dado aquella vida.

Y, por un instante, sintió que su agradecimiento volvía a ella como la sonrisa de un Ser Desconocido.

"Aunque la halles pobre, Itaca no te ha engañado.

Así, sabio como te has vuelto, con tanta experiencia,

entenderás ya lo que significan las Itacas."